

JAACÁN, *torcedor*, hijo de Ezer, descendiente de Esaú, 1 Crón. 1:42, antecesor de la tribu Bene-jaacán, cuyo nombre señala una estación del viaje de los Israelitas, Núm. 33:31. Había pozos en esa estación, Deut. 10:6, y parece que fue visitada dos veces.

JAAZANÍAS, o JEZONÍAS, *Jehová oye*, I., capitán asociado a Gedalías y Johanán, 2 Rey. 25:23, y activo en la persecución de Ismael, yendo después a Egipto, Jer. 40:7-10, 13; 41:11, 16; 42:1; 43:5-7.

II. Un Recabita notable, en tiempo de Jeremías, Jer. 35:3.

III. Uno de los setenta ancianos de Israel que profanaron el templo en la visión de Ezequiel, Ezeq. 8:11. Tal vez el hijo de Azur, contra el cual y sus 24 compañeros se denuncia una calamidad, Ezeq. 11:1.

JABAL, *corriente*, hijo de Lamec y de Ada, y descendiente de Caín. Se supone que fue el primero que adoptó un modo nómada de vivir—pues Abel fue pastor con residencia fija—y que inventó las tiendas portátiles hechas tal vez de pieles, Gén. 4:2, 20.

JABÉS, *seco*, I., padre de Salum, décimo quinto rey de Israel, 2 Rey. 15:10, 13, 14.

II. 1 Sam. 11; 31:11-13; 1 Crón. 10:12, Jabés de Galaad, la principal ciudad en el territorio de la media tribu de Manasés, al este del Jordán, situada dentro de la comarca llamado comúnmente Galaad. Eusebio la sitúa a seis millas de Pella, hacia Gerasa. Fue saqueada por los Israelitas por haber rehusado tomar parte en el castigo de los Benjamitas, Jue. 21:8-14. En una época posterior, fue sitiada por los Amonitas, y socorrida por Saúl, y en gratitud por este servicio los hombres de Jabes-Gaiaad rescataron los cadáveres de Saúl y de sus hijos de los insultos de los Filisteos, 2 Sam. 2:5. Sus ruinas se hallan en Wady Yabes, al sud-este de Pella.

JABÉS o JABEZ, triste, descendiente de Judá, cuya alta distinción entre sus hermanos parece haberla debido a lo eficaz de su oración. Esta es un modelo, por cuanto pidió en ella y obtuvo aquellas mercedes que Dios sabía le servirían de bendiciones “ciertamente” tanto espirituales como temporales, 1 Crón. 4:9, 10.

II. Una población de Judá, 1 Cron. 2:55.

JABÍN, *inteligente*, I., un poderoso rey en la época de Josué, en Asor, al norte de Canaán. La liga que organizó para destruir a Josué, le sirvió solamente para hacer su ruina más completa, Jos. 11, 1450 A. C. Josefo piensa que su ejército se componía de 300,000 hombres de a pie, 10,000 de a caballo y 20,000 carros de guerra; véase el vers. 4. La guerra continuó largo tiempo, vers. 18, y Josué “tornóse contra Asor y la quemó,” vers. 10, 13.

II. Otro rey de Asor, siglo y medio más tarde, que afligió en gran manera a Israel por espacio de 20 años, hasta que Débora y Barac se levantaron como sus libertadores, Jue. 4; Sal. 83:9.

JABNEEL, lugar en el límite de Neftalí, Jos. 19:33, quizá Jaauneh, al sud-oeste del lago Merom.

JABOC, *derramando*, ahora el Zerka, corriente perenne que se dirige al Jordán, y después de un curso occidental de unas 60 millas, se le junta en un punto que está, como a las dos terceras partes de la distancia que hay del Mar de Galilea al Mar Muerto. Atraviesa primero una región elevada y desierta, y recibe pequeñas corrientes del norte y del sur. Un brazo meridional de este río separaba a los Amonitas

de Israel. La parte oriental del Jaboc está seca en el verano. Hacia el oeste corre por una profunda barranca. Penuel, en donde Jacob luchó con el Ángel, estaba en un vado del Jaboc, Gén. 32:22, que ahora se le señala en Kalaat Zerka, en el camino real de Damasco que pasa por Galaad. Esta corriente dividía el territorio de Og del de Sehón, Jos. 12:2, 5, y atravesaba la región asignada después a la tribu de Gad.

JABÓN, Mal. 3:2, en hebreo *Borith*, el limpiador. En Jer. 2:22, se distingue del salitre, vocablo con el cual se denota probablemente al natrón. Véase Salitre. Ciertas plantas y sus jugos o sus cenizas, se usaban antiguamente como ahora para limpiar y lavar. Tales son las que crecen cerca del agua salada, y que contienen carbonato de soda, sustancia usada tanto en la manufactura del vidrio como en la del jabón, y las cenizas del álamo, y otras plantas de tierra adentro, que contienen carbonato de potasa. Los antiguos combinaban estos álcalis con aceite, y de ese modo hacían un jabón blando, usado para el lavado de las personas y de la ropa. También lo aplicaban para la depuración de los metales; comp. Job 9:30, segunda clausula, e Isa. 1:25. El jabón duro que ahora se fabrica abundantemente en Palestina, les era desconocido a los Egipcios, y probablemente a los antiguos en general.

JACAN. Véase Jaacán.

JACÉ, *piadoso*, el padre de Agur, Prov. 30:1.

JACINTO, flor de un color oscuro de púrpura y de un azul rojizo. Apoc. 9:17; también piedra preciosa de colores semejantes que se hallaba en el cimientto de la Nueva Jerusalén, Apoc. 21:20.

JADDO. Véase Iddo.

JADÚA, hijo de Johanán, y el último sumo sacerdote del Antiguo Testamento mencionado en Neh. 12:11, 12. Si es que fue el Jadúa de quien refiere la leyenda de Josefo—que a la cabeza de los sacerdotes salió de Jerusalén al encuentro de Alejandro el Grande a ofrecerle el sometimiento de la ciudad—debe haber sido agregado su nombre subsecuentemente a la lista hecha por Esdras.

JADÚA, *conociendo*, el que subscribió el pacto de Nehemías, Neh. 10:21.

JAEL, *cabra montés*, esposa de Heber Cineo, la cual dio muerte a Sisara, general del ejército cananeo, quien había huido a su tienda que estaba entonces cerca de Cedes de Neftalí. (Véase.) Jael aprovechó la oportunidad que se le presentaba, y mientras el general estaba durmiendo, le metió una estaca por las sienes, Jue. 4:17-23, cosa que al parecer fue la violación más alevosa de los derechos de la hospitalidad. Pero Sisara les debía la vida indudablemente a los Israelitas por las costumbres de la guerra y la prescripción de Jehová, y probablemente a la sociedad por sus crímenes. Además de esto, la vida o el honor de Jael bien pudieron haber estado en peligro, o sus sentimientos de hospitalidad pueden haber sido acallados por un repentino impulso que la haya movido hacia los Israelitas oprimidos, con quienes estaba ligada por la sangre. El canto de Débora celebra esa acción como digna de ser honrada por el patriotismo judío, y como un juicio divino que así como la derrota de las huestes de Sisara, fue tanto más bochornosa para él, cuanto que fue ejecutada por una mujer, Jue. 5:1, 24-27, 31.

JAFET, *engrandecimiento*, el menor de los tres hijos de Noé, Gén. 9:24; 10:21, nacido cien años antes del diluvio, y preservado con su mujer en el arca, siendo él y ella dos de las ocho personas que en ella entraron, Gén. 7:7; 1 Ped. 3:20. Él fue quizá el *Japetos* a quien las leyendas griegas representan como progenitor de la raza griega. Sus siete hijos, Gén. 10:2-5; 1 Crón. 1:5, ocuparon con su posteridad el

norte del Asia y la mayor parte de la Europa. La comarca donde es probable que se estableció cada uno de los siete, se describe en su respectivo lugar. En tiempos posteriores, los Griegos y los Romanos subyugaron partes considerables del Asia meridional, en conformidad con la predicción de Noé, Gén. 9:27. El “engrandecimiento” y ensanche de Jafet se ha hecho extensivo en los tiempos modernos a la América y la Australia.

JAFÍA, *esplendido*, I., rey de Laquis, uno de los cinco príncipes amorreos que se unieron a Adonisedec para atacar a Gabaón, pero fueron derrotados cerca de Betorón por Josué, que recibió un auxilio milagroso, y muertos en la cueva de Maceda, Jos. 10:3.

II. Un hijo de David, que nació en Jerusalén, 2 Sam. 5:16, y del cual no se habla en ninguna otra parte.

III. Una ciudad fronteriza de Zabulón, hacia el sur, entre Daberet y Get-hefer, Jos. 19:12; ahora Yafa, una aldehuela de 30 casas, milla y media al sudoeste de Nazaret.

JAH o JAHU, voz empleada en el hebreo antiguo en lugar de Jehová, Sal. 68:4. Ocurre comúnmente en pasajes poéticos, y es a menudo traducida, en algunas versiones, Señor, lo mismo que Jehová. En Isa. 12:2, leemos “mi fortaleza y mi canción es Jah-Jehová.” Isa. 26:4.

JAHAZA, JAHAZ y JAHZA, *hollada*, ciudad en la frontera meridional de Amón y Moab, en donde Moisés derrotó a Sehón, rey de los Amorreos, desalojándolo del oeste del Jordán, lugar de que estaba entonces en posesión, Núm. 21:23, 26. Según parece, estaba situada en la frontera de Amón, (que quedó incluida en el territorio de la tribu de Rubén) y fue asignada a los Levitas hijos de Merari, Jos. 21:36; 1 Crón. 6:78. Los hijos de Amón hicieron valer en tiempo de Jefté, el derecho que a ella tenían, Jue. 11:13-20, pero fueron derrotados, vers. 32. En el periodo de la decadencia de Judá, resulta de nuevo en manos de Moab, Is. 15:4; Jer. 48:21, 34.

JHAZIEL, *mirado por Dios*, un Levita de los hijos de Asaf, cuya certera predicción de la victoria de Josafat sobre las huestes Moabitas, se registra en 2 Crón. 20:14-17. Otros de este nombre se mencionan brevemente en 1 Crón. 12:4; 16:6; 23:19; Esd. 8:5.

JAIR, *él ilustrará*, I., hijo de Segub, de la tribu de Judá, pero reconocido como de la de Manasés. Véase Adopción. Tomó parte en la conquista de la región transjordánica, Galaad y Basán, y tomó 23 ciudades en Argob, a las cuales se les dio su nombre, Núm. 32:41; Deut. 3:14; 1 Rey. 4:13; 1 Crón. 2:22.

II. Un Galaadita de Manasés, octavo juez de Israel por 22 años, 1218-1188 A. C. Tuvo treinta hijos, gobernadores de 30 ciudades, Jue. 10:3-5, incluyendo probablemente en ellas las 23 conquistadas por el Jair anterior, que se supone fue su progenitor. Un descendiente suyo se menciona en 2 Sam. 20:26. Véase Havot-Jair.

III. Padre de Mardoqueo, un Benjamita, Est. 2:5.

IV. Padre de Elhanán, el que dio muerte a Lahmi, hermano de Goliat Heteo, 2 Sam. 21:19; 1 Crón. 20:5.

JANES y JAMBRES, eran dos de los principales magos egipcios que resistieron a Moisés y a Aarón, procurando imitar los milagros que estos hacían, Exod. 7:11, etc. Estos nombres no se hallan en el Antiguo Testamento, pero se mencionan con frecuencia en los libros rabínicos, y en 2 Tim. 3:8, 9.

JANOA, *descanso*, l., ciudad de Neftalí, entre Abel y Cedec, 2 Rey. 15:29.

II. Jos. 16:6, 7, ciudad en la frontera nordeste de Efraín, ahora Yanún, como 8 millas al sudeste de Nablús.

JAQUÍN, *firme*, l., el nombre de la columna de bronce que estaba a mano derecha, esto es al sur, en el pórtico, o entrada del templo de Salomón, 1 Rey. 7:21; 2 Rey. 25:17; 2 Crón. 3:15-17; 4:12; Jer. 52:22. Véase Boaz, Templo.

II. Cuarto hijo de Simeón, Gén. 46:10; Exod. 6:15; llamado Jarib en 1 Crón. 4:24. Sus descendientes se mencionan en Núm. 26:12.

III. Cabeza de una compañía de sacerdotes en el reinado de David. Algunos individuos de su linaje volvieron de la cautividad, 1 Crón. 9:10; 24:17; Neh. 11:10.

JARDINES, se mencionan con frecuencia en la Escritura, aunque en un sentido algo lato; porque en el lenguaje de los Hebreos, a cualquier lugar en que se cultivaban las plantas y los árboles con mayor cuidado que en el campo libre, se le llamaba jardín. Árboles frutales y umbrosos mezclados con arbustos aromáticos, constituían a veces el jardín, si bien las rosas, los lirios, y varias otras flores se cultivaban con frecuencia; y había jardines destinados solamente al cultivo de las legumbres, Gén. 2:8-10, 15; Eccl. 2:5. Véase Huertos. Para los "Jardines Colgantes," véase Babilonia, Nabucodonosor.

JAREB, vengador, Ose. 5:13; 10:6, no el nombre de un rey, sino rey "hostil" que se refiere a Ful, cuyo auxilio buscó Efraín, y halló en él un castigo, 2 Rey. 15:19, 20; comp. 2 Rey. 16:7, 8.

JARED, descendencia, el cuarto en la línea de los patriarcas después de Set, entre Mahalaleel y Enoc, Gén. 5:15-20; 1 Crón. 1:2; Luc. 3:37.

JARHA o JERA, un esclavo egipcio, hecho libre por haberse casado con Alai, hija de su amo Sesán, que no tenía hijos, 1 Crón. 2:31-41.

JARMUT o JARAMOT, l., ciudad levítica de Isacar, Jos. 21:29; llamada Remet y Ramot, Jos. 19:21; 1 Crón. 6:73; al parecer en la frontera oriental de la llanura de Jezreel.

II. JARMUT, *altura*, ciudad de las montañas bajas de Judá, Jos. 15:35. Píram, su rey, era aliado de Adonisedec. Véase Jafia. Fue poblada de nuevo después de la cautividad, Neh. 11:29. Ahora es Yar-muk, 16 millas al sudoeste de Jerusalén.

JASER, el libro de, el libro del recto, del de espíritu noble. Esta obra se menciona en Jos. 10:13 y Sam. 1:18, y parece que fue una colección de cantos nacionales, históricos, triunfales y elegiacos, que existía en tiempo de David, pero de la cual no se sabe nada. El libro publicado bajo este nombre en 1751, es una falsificación escandalosa.

JASOBEAM o JESBAAM, *a quien el pueblo vuelve*, un Corita descendiente de Hacmoní, que se alistó con sus compañeros al mando de David en Sicelea, 1 Crón. 12:6; 27:2, famoso por su gran hazaña de dar muerte a 300 u 800 enemigos, tal vez con el auxilio de sus compañeros. Se conjetura que es el mismo Adino, 2 Sam. 23:8, y que fue uno de los tres valientes que se abrió camino por entre el campo de los Filisteos para ir a Belén a llevarle agua a David, 1 Crón. 11:11, 15-19.

JASÓN, *sanador*, un Judío converso, pariente y huésped de Pablo en Tesalónica. Hizo valer su persona y su hacienda para proteger a Pablo de la plebe en la primera visita que el apóstol hizo allí, 52 A. D., Hech. 17:5-10. Parece que estuvo también con él en Corinto cinco años después, Rom. 16:21.

JASPE, piedra preciosa de varios colores, como verde, púrpura, etc.; en muchos casos tiene sombras de blanco, y hermosas vetas coloradas o amarillas. Era la primera joya del pectoral del Sumo Sacerdote, Exod. 28:20, y la primera piedra del cimiento de la Nueva Jerusalén, llamada "preciosísima" por Juan, Apoc. 4:3; 21:11. Véase también Ezeq. 28:13.

JAVÁN, I., el cuarto hijo de Jafet, Gén. 10:2, 4. Este nombre es el mismo que el griego *ión*, de donde viene Ionia, infiriéndose que Javán fue el progenitor de los Griegos. Sus hijos fueron Elisa, Tarsis, Kittim y Dodanim. El vocablo traducido Grecia en Ezeq. 27:19; Dan. 8:21; Zac. 9:13, es Javán en el original hebreo; pero en Ezeq. 27:19 no denota la Grecia misma, sino una ciudad griega en la Arabia meridional.

JAZER, *auxiliador*, ciudad Amorrea cerca de Galaad, 1 Crón. 26:31, tomada por Israel, situada entre Hesbón y Basán, Num. 21:32, ocupada por Gad, Núm. 32:1, 3, 35; Jos. 13:25; 2 Sam. 24:5, y asignada a los Levitas hijos de Merari, Jos. 21:39. Después fue denunciada como ciudad Moabita, Isa. 16:8, 9; Jer. 48:32. Véase Parra. Sus ruinas se ven en Es-Szer, al oeste de Amón, y 13 millas al norte de Hesbán, sobre un riachuelo que corre al Jordán.

JEARIM (bosques) MONTE, en el límite septentrional de Judá, Jos. 15:10; al parecer una cordillera cuyo extremo septentrional era Chesalón, ahora Kesla, 7 millas al oeste de Jerusalén.

JEBEREQUÍAS, *a quien el Señor bendecirá*, Isa. 8:2, el padre de un tal Zacarías, testigo de Isaías, en el reinado de Acáz.

JEBNEEL, *edificio de Dios*, ciudad en la frontera de Judá, no lejos del Mediterráneo, Jos. 15:11, y muy expuesta a los Filisteos. Estos se posesionaron de ella en tiempo de Uzías, mas éste los arrojó de allí y destruyó sus fortificaciones, 2 Crón. 26:6, en donde se le llama Jabnia. En tiempo de nuestro Salvador era una ciudad grande, y ahora es un pueblo llamado Yebna, 12 millas al sur de Jaffa, y 3 distante del mar.

JEBÚS, *lugar hollado*, antiguo nombre de Jerusalén, Jue. 19:10, 11; 1 Crón. 11:4, 5. "El Jebuseo," siempre en el singular, en hebreo, denota el tercer hijo de Canaán, cuya posteridad moraba en Canaán entre los Heteos y los Amorreos, Gén. 10:16; 1 Crón. 1:14. Véase Cananeos. Se hallaron vestigios de ellos 40 años antes de la conquista, Núm. 13:29, en la época de esta, Jos. 10:1, 5, 26; 11:3, y después, no habiendo sido expulsados enteramente por Judá y Benjamín, Jos. 15:8, 63; Jue. 1:21; 19:11. Véase Arauna. Jerusalén, que entonces era una fortaleza más fuerte y elevada de lo que fue después, fue tomada por David, 2 Sam. 5:6-9; 1 Crón. 11:4-8. Los Jebuseos sirvieron como vasallos bajo Salomón, 1 Rey. 9:20, 21; 2 Crón. 8:7, 8, y algunos de ellos, "siervos de Salomón," volvieron del destierro de Babilonia, Neh. 7:57. Véase también Esd- 9:1, 2; Zac. 9:7.

JEDIDÍAS, *amado de Jehová*, nombre da do a Salomón, en su nacimiento, por Natán el profeta, como prenda especial de que Dios volvía a mirar con favor a su penitente siervo David después de la muerte del primer hijo de Betsabé, 2 Sam. 12:24, 25.

JEDIDA, IDIDA, o IDAIA, amada, esposa del rey Amón, hija de Adaía de Boscat, y madre del rey Josías, 2 Rey. 22:1, y cuya conducta correspondió altamente a lo que se esperaba de su piadosa educación.

JEDUTÚN o IDITÚN, *quien da alabanza*, levita de los hijos de Merari, director de la música del tabernáculo en tiempo de David, con Hernán el Coatita, y Asaf el Gersonita, 1 Crón. 23:6; según parece es el mismo Etán, 1 Crón. 15:17. Véase Etán. Su cargo principal era “alzar la voz con címbalos de metal,” vers. 19. “Los hijos de Jedutún,” “profetizaban con el arpa,” 1 Crón. 25:3,9, etc., y oficiaron como directores de música en la dedicación del templo, 2 Crón. 5:12, en la purificación del templo hecha por Ezequías, 2 Crón. 29:14, en la pascua celebrada por Josías, 2 Crón. 35:15, y después de la cautividad, Neh. 11:17. El nombre de uno de ellos aparece en el título de los Salmos 39, 62 y 77. Véase Asaf.

JEFONE, *que él sea visto*, I., un Cenezeo, padre de Caleb, fiel compañero de Josué, Num. 13:6; 14:6, 30, 38; 32:12; 1 Crón. 6:56. Véase Caleb y Kenaz.

II. Un hijo de Jeter, tribu de Aser, 1 Crón. 7:38.

JEFTÉ, *abridor*, noveno juez de Israel, sucesor de Jair y predecesor de Izbán. Siendo él hijo de una concubina, los otros hijos de Galaad le cerraron las puertas de su casa, y él reunió una banda de hombres en la región oriental de Galaad; cuando llegó el momento oportuno fue llamado por Dios, y se hizo jefe de los Galaaditas para sacudir el yugo de los Amonitas; alcanzó una notable victoria sobre ellos, tomó veinte de sus ciudades, castigó a los envidiosos e invasores Efrainitas, y juzgó a Israel más allá del Jordán por seis años, 1188-1182 A. C. Su historia se refiere en Jue. 11; 12. Un incidente conmovedor en ella, es la consagración que hizo de su hija como un sacrificio a Dios, a consecuencia de un voto temerario.

Los argumentos aducidos en la cuestión de si la hija de Jefté fue de hecho sacrificada o no, no pueden citarse aquí. Que él se propuso hacer realmente un sacrificio, se deduce claramente de lo expuesto en Jue. 11:31; y parece cierto que obró “conforme a su voto,” vers. 39. Sólo la natural repugnancia que la gente más ilustrada siente hacia un voto semejante y su cumplimiento, ha podido conducir a muchos intérpretes a adoptar la menos obvia teoría de que ella fue únicamente condenada a vivir y a morir virgen. No hay indicios en la Escritura de que Dios aprobara su voto, cualquiera que fuera el linaje de este. Pablo enumera a Jefté entre los santos del Antiguo Testamento distinguidos por su fe, Heb. 11:32.

JEGAR-SAHADUTA, *montón de testimonio*, nombre caldeo equivalente a Galeed en Hebreo. Denotan ambos el lugar en donde se celebró una alianza entre Jacob y Labán, Gén. 31:47. Véase Miz-PAH.

JEHOVÁ, el inefable nombre de Dios entre los Hebreos. Nunca lleva el artículo antepuesto, ni se halla en el plural. Los judíos, movidos por un sentimiento de reverencia, nunca pronunciaban este nombre; y en dondequiera que ocurría en las Escrituras Hebreas, lo sustituían en la lectura con la palabra Adonai, Señor, o Elohim, Dios. Véase Dios. En la Biblia hebrea está siempre escrito con las vocales de una u otra de estas palabras. Se cree que su antigua pronunciación fue Yahveh, Él será, pero esto no es seguro. El significado de la palabra Jehová es Él es; la palabra es la misma que significa Yo soy, con sólo el cambio de persona. Denota, por lo tanto, la existencia propia, la independencia, la inmortalidad, y la infinita plenitud del Ser Divino, y es una prenda de que Él cumplirá todas sus promesas. Compárense Éxod. 3:14, “Yo soy el que soy,” cuyo significado véase bajo el artículo Dios. En Exod. 6:3, Dios dice, “Y me apareció a Abraham, a Isaac y a Jacob en el nombre de Dios Omnipotente (El Shaddai); mas con mi nombre Jehová

no me hice conocer de ellos”; con todo, la denominación Jehová parece haberse conocida desde un principio, Gén. 4:1; Exod. 3:16, y su derivación de una raíz *havah* (ser), que se halla solamente en el hebreo más antiguo y ya inusitado en el tiempo de Moisés, manifiesta su grande antigüedad. Tenemos razones para creer que el mismo Dios que llamó Adán al hombre, se llamó a sí mismo Jehová; pero en sus comunicaciones con los patriarcas no se había apropiado ese nombre de un modo peculiar, ni había revelado su profundo significado como lo hizo cuando se apareció a Moisés. Él les había dicho “Yo soy Dios Omnipotente, “El Shaddai, y bajo este nombre y el de Elohim, Dios estaba en el pensamiento y en los labios de su pueblo, como el Creador y Señor del Universo, el Dios de la naturaleza, de la providencia y de la humanidad; pero Jehová, como nombre propio, denotaba con más propiedad y precisión la persona del Dios que había celebrado un pacto con su pueblo redimido, del Dios de gracia. En Juan 8:58, es digno de notarse que se usan dos verbos griegos diferentes para significar que antes de que Abraham fuese, Dios ya existía.

Jehová-nissi, Jehová mi bandera, Exod. 17:15, el nombre que Moisés dio al altar que erigió en memoria del triunfo que alcanzó Israel sobre Amalec. El pueblo de Dios, reuniéndose alrededor de esta bandera, se encamina a una segura victoria, Sal. 60:4; Prov. 18:10; Isa. 11:10.

Jehová proveerá (Heb. Jehová-jire). Reina, Jehová verá, nombre dado por Abraham al lugar en donde estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac, Gén. 22:14. En él alude a la respuesta que dio a la pregunta que le hizo Isaac, a quien dijo que Dios proveería una víctima para el sacrificio, profetizando así, sin saberlo, al Cordero de Dios. Dicha expresión llegó a ser un proverbio común entre los Hebreos. De esa manera Dios proveerá para su pueblo, en cualquiera emergencia.

Jehová-salom, Jehová de paz o prosperidad, nombre dado por Gedeón a un altar que edificó en Ofra o Efra, en donde el Ángel de Jehová se le apareció y le saludó diciéndole: “Paz a tí,” Jue. 6:24.

Jehová-samma, Jehová está allí, nombre dado por Ezeq. 48:35, a una santa ciudad del porvenir.

Jehová, nuestra justicia (Heb. Jehová tsidkenu, nombre dado al Salvador, y por él a su iglesia, Jer. 23:6; 33:16.

JEHÚ, *Jehová es él, o está viviendo*, I., descendiente de Sesan, tribu de Judá, 1 Crón. 2:38.

II. Benjamita belicoso, de Anatot, que se unió a David en Sicelag, 1 Crón. 12:1-3.

III. El hijo de Hanani, profeta enviado con mensajes de Dios a Baasa rey de Israel, y 30 años después a Josafat, rey de Judá, 1 Rey. 16:1-7; 2 Crón. 19:1-3, cuya vida escribió, 2 Crón. 20:34.

IV. El “hijo” de Josafat y nieto de Nitnsi (comp. 1 Rey. 19:16 y 2 Rey. 9:2), general del ejército de Joram, quien mató a su superior y usurpó el trono de Israel, 884 A. C. Reinó 28 años. Véase su historia en 1 Rey. 19:16, 17; 2 Rey. 9; 10. Dio muerte a Jezabel, y cumplió el designio divino extirpando la familia del impío Acab; animado de celo, quitó la vida también a los sacerdotes de Baal, y a otros muchos amigos de Acab. Pero su corazón no era recto para con Dios; el celo que manifestó por el Señor fue realmente un celo por sí mismo; continuó el culto de los becerros de oro, y Jehová comenzó a cercenar a Israel. Los Sirios se posesionaron de la frontera oriental, y su dinastía, la quinta después de Salomón, fue extinguida en la cuarta generación, Ose. 1:4.

V. Distinguido Simeonita en el reinado de Ezequías, 1 Crón. 4:35, 38-41.

JEHÚD, ciudad fronteriza de Dan, Jos. 19:45, ahora Yehudiyeh, ocho millas al este de Jaffa.

JEHUDÍ, Judío, que llevó al profeta Baruc a que leyese a los príncipes el rollo escrito por el profeta Jeremías, y él mismo se lo leyó al rey Joaquín, Jer. 36:14, 21-23.

JEMIMA, *paloma*, hija de Job, la primera de tres que le nacieron después de sus pruebas, Job 42:14.

JERA, *nueva luna*, cuarto hijo de Joctán, fundador de una tribu árabe, Gén 10:26, 30; 1 Crón. 1:20. Su residencia se supone que fue en la Arabia meridional. Véase Jahra.

JERAMEEL, *misericordia de Dios*, I., hijo mayor de Hesrón, y padre de Ram, que vivía en el sur de Judá, en una mesa al sudeste de Arad, 1 Crón. 2:9-42. Véase 1 Sam. 27:10; 50:29.

II. Levita de los hijos de Merari, hijo de Cis, 1 Crón. 24:29.

III. Hijo de Amelec, enviado por Joaquín a aprehender a Jeremías y a Baruc, Jer. 36:26.

JEREMÍAS, *Jehová derriba*, I., hijo de Helcías, el segundo de los cuatro profetas mayores, y uno de los principales videntes del Antiguo Testamento. Profetizó bajo Josías, Joaquín y Sedequías, y también después de la cautividad del último. Nació en Anatot, tierra de Benjamín, de la familia sacerdotal de Abiatar, y fue destinado por Dios para ser profeta, y consagrado a ese objeto antes de su nacimiento, Jer. 1:1, 5. Desde muy joven fue llamado a funcionar como profeta, 628 A. C., en el año décimo tercero del rey Josías, primero en Anatot, en donde sus paisanos y parientes lo persiguieron, Jer. 11:18-21; 12:6, y después en Jerusalén. Permaneció soltero por razones proféticas, Jer. 16:2. El piadoso rey Josías cooperó con él en abolir la idolatría, y en promover una reforma general, 2 Rey. 23:1-25; y su muerte 609 A. C., fue lamentada como una sensible pérdida, 2 Crón. 35:20-25; Jer. 22:10, 15, 16. Después del breve reinado de Joacaz, la escena varió en gran manera: la idolatría revivió, y la subsiguiente vida del profeta estuvo llena de aflicciones y persecuciones. En el cuarto año de Joaquín, escribió él su primer rollo de amonestaciones y predicciones, el cual quemó el rey después de haberlo hecho pedazos, y trató de quitarle la vida al profeta, Jer. 35. Escribió sus predicciones por segunda vez, anunciando entre otras cosas la cercana cautividad de Judá en Babilonia por espacio de 70 años, Jer. 25:8-12, y la caída de Babilonia, vers. 13-38. Pero se hizo muy poco caso de sus amonestaciones. Instruyó a Sedequías con mucha benevolencia, y le advirtió de las castigos que vendrían sobre su culpable pueblo, pero sin ningún resultado. La fidelidad del profeta puso con frecuencia su vida en peligro, y estaba en prisión cuando Jerusalén fue tomada por Nabucodonosor. Este monarca lo puso en libertad, y le ofreció darle casa en Babilonia, pero Jeremías prefirió permanecer con los judíos que allí quedaron, y fue llevado después por ellos a Egipto, 586 A. C., donde siguió aconsejándolos y censurándolos hasta la hora de su muerte. Por espacio de 42 años sostuvo con firmeza la causa de la verdad y de Dios contra su pueblo rebelde.

Aunque naturalmente apacible, sensible y retraído, no había peligro que lo intimidara cuando el deber lo llamaba, no había amenazas que le impusieran silencio, ni ultraje que lo hiciera desistir de su intento. Lleno de tierna compasión hacia sus alucinados compatriotas, participó con ellos de los males que no les pudo hacer prevenir.

El Libro de Jeremías por lo que respecta al orden cronológico de sus varias predicciones y mensajes divinos, es algo difícil de arreglar; pero puede dividirse por un método natural y suficientemente exacto, en cuatro secciones generales, que contengan respectivamente las diversas profecías hechas por él en

los reinados de Josías, Joaquín, Sedequías y Godalías. El último capítulo del libro parece haberle sido agregado después, quizá por Esdras; fue tomado casi al pie de la letra de 2 Rey. 24:18-20, y cap. 25. Véase Jer. 51:64, Hay predicciones mesiánicas en Jer. 23:1-8; 31:31-40; 33:14-26. Las citas que de él se hacen en el Nuevo Testamento, se hallan en Mat. 2:17; 16:14, y en Heb. 8:8-12.

Jeremías escribió también el libro de Lamentaciones, en que expresa los más lastimeros y patéticos sentimientos acerca de las calamidades de su pueblo. Véase Lamentaciones.

Hay una epístola apócrifa de Jeremías que amonesta a sus compatriotas cautivos respecto de la idolatría de Babilonia. Fue escrita en griego, no en hebreo, y nunca fue incluida en el Canon judío, ni fue aceptada por los Padres primitivos de la iglesia cristiana.

Siete personajes más de este nombre se mencionan en los pasajes siguientes: II. 2 Rey. 24:18. III. 1 Crón. 5:24. IV., V., VI. 1 Crón. 12:4, 10, 13. VII. Neh. 10:2; 12:1, 34. VIII. Jer. 35:3.

JERICÓ, lugar de fragancia, ciudad rica y fuerte del valle del Jordán, dentro de los límites asignados a la tribu de Benjamín, 15 millas al este noreste de Jerusalén, y a 5 del Jordán, Jos. 16:7; 18:21, en frente del lugar que dio paso a Israel, Jos. 3:16.

Se menciona primero en la historia de los espías hebreos y de Rahab, Jos. 2:1-21. Fue la primera ciudad de Canaán tomada por Josué, quien ayudado por la caída milagrosa de sus muros, la destruyó totalmente, no perdonando más que a Rahab y a su casa, y pronunció una maldición sobre la persona que alguna vez la reedificara—queriendo tal vez decir, como ciudad amurallada—maldición que fue cumplida más de 500 años después sobre Hiel, Jos. 6:26; 1 Rey. 16:34. Entretanto había sido construida una nueva Jericó en algún sitio de sus cercanías, Jue. 3:13; 2 Sam. 10:5. Jericó fue llamada también “la ciudad de las palmas,” Deut. 34:3; Jue. 1:16; y con el tiempo llegó a estar floreciente y a ser la ciudad más importante de Judea después de Jerusalén. Contenía una escuela de profetas, y era la residencia de Eliseo, 2 Rey. 2:4, 5, 18. En frente de ella, del otro lado del Jordán, ascendió Elías al cielo, vers. 1-22, y en su llanura Sedequías fue capturado por los Caldeos, 2 Rey. 25:5; Jer. 39:9. Algunos hombres de Jericó volvieron de la cautividad, y ayudaron a fortificar a Jerusalén, Esd. 2:34; Neh. 3:2; 7:36. Allí curó Cristo a dos ciegos, Mat. 20:29-34, y perdonó a Zaqueo, Luc. 19:1-10.

El sitio de Jericó se ha fijado generalmente en Er-Riha, insignificante y desaseado caserío árabe, de cosa de 200 habitantes. Los viajeros modernos sin embargo manifiestan que el paraje probable de Jericó se halla dos millas al oeste de Er-Riha, en la boca del arroyo Kelt, y donde el camino de Jerusalén llega a la llanura. La ciudad destruida por Josué puede haber estado cerca de la fuente de Elíseo, que se supone es actualmente Ain es-Sultan, dos millas al noroeste de Er-Riha. Al oeste y al norte de Jericó se levantan altos collados de piedra caliza, uno de los cuales, el triste Quarantana, de 1,200 a 1,500 pies de elevación, debe su nombre a la moderna tradición de que ese fue el lugar en donde el Señor ayunó 40 días, y sufrió la tentación. Entre los collados y el Jordán se extiende la llanura de Jericó, Jos. 4:13, en frente de las llanuras de Moab, que están al este del río. Aquella estaba antiguamente bien regada, y era de una fertilidad sorprendente, y se la podría hacer así de nuevo con mucha facilidad, pero en la actualidad se halla abandonada, debido a lo cual las palmas, el bálsamo y la miel, que en un tiempo la hicieron famosa, han desaparecido.

El camino de Jericó a Jerusalén sube por estrechos y rocallosos desfiladeros, en medio de barrancas y precipicios. Es un camino escabroso y lleno de peligros, y está todavía infestado de ladrones como en el tiempo del buen Samaritano, Lucas 10:30-34.

JEROBAAL, *peleador con Baal*, nombre dado por los hombres de Ofra a Gedeón cuando destruyó este el altar de Baal, Jue. 6:31, 32. Véase Gedeón.

JEROBOAM, *cuyas gentes son muchas*, I., el primer rey de Israel después de su separación de Judá, Efraimita, hijo de Nabat y de Serua, 1 Rey. 11:26. Durante la última parte del reinado de Salomón, y siendo uno de sus oficiales, vers. 28, conspiró contra él, y se vio obligado a huir a Egipto, a Sisac, después de una memorable entrevista con Ahías el profeta, quien le descubrió el porvenir, vers. 29 a 40. A la muerte de Salomón, se le pidió por las diez tribus que volviera y presentase las peticiones de ellas a Roboam; y cuando este rehusó otorgarlas, fue electo rey de las tribus rebeladas, 975 A. C., 1 Rey. 12:1-3, 20. De esta manera fue el ejecutor del juicio divino pronunciado sobre Judá y Salomón, si bien es cierto que movido por una injustificable ambición, prosiguió el mismo impío género de vida que había atraído el castigo sobre Judá. Reinó 22 años. El único hecho notable de su reinado le marca la frente con un sello infamante, como al hombre “que hizo pecar a Israel,” y fue que hizo poner ídolos en Betel y Dan en forma de becerros de oro, para que el pueblo celebrara el culto allí y no en Jerusalén. Sustituyó, además, a los hijos de Aarón con sacerdotes escogidos de entre “lo más bajo del pueblo.” Esta medida, en andar en oposición con la voluntad divina, si bien eficaz a su modo, y en la cual Jeroboam fue seguido por todos los reyes de Israel, fue una confesión de debilidad, así como de depravación. Ni los milagros ni las amonestaciones, ni la prematura muerte de Abías su hijo, pudieron disuadirle. Grandes desastres le acontecieron durante su vida: estuvo en guerra con Judá todo el tiempo que vivió, 1 Reyes 14:1-20, 30; 2 Crón. 13:1-20, y con el breve reinado de Nadab su hijo, se extinguió su maldecida familia, 1 Rey. 15:25, 28.

II. Jeroboam Segundo, el décimo tercero rey de Israel, hijo y sucesor de Joás, 825 A. C. Fue el cuarto de los cinco reyes de la dinastía de Jehú, que fue la cuarta en el reino del norte, y su reinado fue el más próspero de todos; duró 41 años. Alcanzó el mismo buen éxito que su padre sobre los Sirios, tomó a Hamat y a Damasco y toda la región al oriente del Jordán hasta el Mar Muerto, y elevó hasta su más alto grado de prosperidad a ese reino. Con todo, su largo reinado no hizo más que aumentar en gran manera la culpa de Israel, haciendo mayor el sensualismo, la opresión y el vicio. Después de él decayó rápidamente el reino, y su propia dinastía pereció antes de la conclusión de un año, cumpliéndose así la predicción de Jonás, 2 Rey. 14:23-29; 15:8-12. Véanse también los profetas contemporáneos suyos, especialmente Amós y Oseas.

JERUEL, fundado por Dios, pequeño lugar desierto entre el Mar Muerto y Jerusalén, 2 Crón. 20:16, con una atalaya, vers. 24.

JERUSA, *poseída*, hija de Sadoc, mujer de Uzías y madre de Jotam, reyes de Judá, 2 Rey. 15:33; 2 Crón. 27:1; esposa fiel y madre bienaventurada.

JERUSALÉN, *fundamento o posesión de la paz*, la principal ciudad de la Tierra Santa, y para los cristianos la más ilustre del mundo. Está situada a los 31° 46' 35" de latitud norte, y los 35° 18' 30" de longitud oriental, en un terreno elevado al sur del punto céntrico del país, como a 33 millas del Mediterráneo, y como a 19 del Jordán. Su sitio fue santificado desde tiempos muy remotos por la prueba que Dios hizo de la fe de Abraham, Gén. 22; 2 Crón. 3:1. Estaba en los confines de las tribus de Benjamín y de Judá, más bien dentro de los límites de la primera, pero reconocida como perteneciente a la última por haber sido conquistada por ella, Jos. 15:8; 18:16, 28; Jue. 1:1-8. El nombre más antiguo de la ciudad fue Salem. Gén. 14:18; Sal. 76:2; Heb. 7:2; y después fue llamada Jebus, por pertenecer a los Jebuseos, Jue. 19:10, 11. Se le dieron varios otros nombres: Ariel, Isa. 29:1, 2, 7; la Ciudad del gran Rey, Sal. 48:2; Mat. 5:35; la

Ciudad Santa, Neh. 11:1; Mat. 4:5; 27:53; Apoc. 11:2. Siendo una posición muy fuerte, resistió por algún tiempo las tentativas que los Israelitas hicieron para hacerse los dueños absolutos de ella, Jos. 15:63. “La ciudad baja” fue ocupada primero, hasta que al fin su fortaleza fue tomada por David, 2 Sam. 5:6-9. Después de ese acontecimiento, recibió su nombre actual, y fue llamada también “la Ciudad de David.” Entonces vino a ser, por disposición divina, el centro religioso y político del reino, 1 Rey. 11:36, y fue considerablemente ensanchada, hermo세ada y fortificada. Pero su principal gloria consistió en que en su magnífico templo moró y se reveló “el único Dios vivo y verdadero.”

Después de la separación de las diez tribus, Jerusalén siguió siendo la capital del reino de Judá. Como tal fue tomada varias veces y saqueada, y por último fue destruida con motivo de la cautividad de los judíos en Babilonia, 2 Reyes 14:13; 2 Crón. 12:9; 21:16; 24:23; 25:23; 36:3, 10, 17-20. Después de 70 años, 536 A. C., fue reedificada por los judíos, a su regreso de la cautividad, quienes hicieron mucho por restituirle su antiguo esplendor. Allá por el año 332 A. C., la ciudad se rindió a Alejandro de Macedonia, y no mucho después de su muerte, Ptolomeo Soter de Egipto la tomó por asalto un sábado, día en que, según se dice, los judíos tenían escrúpulo de pelear, 320 A. C. En 179 A. C., Jerusalén cayó bajo la tiranía de Antíoco Epífanes, que arrasó sus murallas, levantó una imagen de Júpiter en el templo, y se valió de cuantos medios pudo para obligar al pueblo a que abrazara la idolatría. Empero, bajo el mando de los Macabeos, en 163 A. C., los judíos recobraron su independencia. Cabalmente un siglo después Jerusalén fue conquistada por los Romanos bajo el mando de Pompeyo. En 54 A. C. fue saqueada por Craso, pero Herodes el Grande gastó cuantiosas sumas en embellecerla, siendo su obra más magna la reedificación del templo comenzada en 19 o 20 A. C. A la ciudad y al templo así renovados, fue el siempre bendito Salvador en la plenitud del tiempo e hizo glorioso el sitio de sus pies. Por su repulsa y crucifixión, Jerusalén llenó la copa de sus culpas; la ciudad y el templo fueron tomados por Tito, y totalmente destruidos, 70-71 A. D., y la nación judía dejó de existir en la tierra de sus padres. Jerusalén ha sido tomada y saqueada diez y siete veces.

De todos los edificios de Jerusalén no quedaron en pie más que tres torres y una parte del muro occidental. Con todo, como los judíos comenzaron a volver allí, y manifestaron un espíritu de rebelión, el emperador Adriano estableció allí una colonia romana en 135 A. D., y desterró a los judíos, prohibiéndoles que volvieran bajo pena de muerte. Cambió el nombre de la ciudad en el de Elia Capitolina, la consagró a las deidades del paganismo para profanarla cuanto fuera dable, e hizo lo más que pudo para borrar todos los vestigios del judaísmo y del cristianismo. Desde ese periodo el nombre de Elia llegó a ser tan común, que el de Jerusalén fue conservado solamente entre los judíos y los cristianos que más conocían la historia. En el tiempo de Constantino, sin embargo, volvió a tomar su antiguo nombre, el cual ha conservado hasta el presente día. Helena la madre de Constantino, edificó dos iglesias en Belén y en el monte de los Olivos, por el año 326 A. D., y Julián, que después de su padre heredó el imperio de su tío Constantino, se esforzó en reedificar el templo; pero su designio y el de los judíos a quienes patrocinaba, quedó frustrado, según refieren los historiadores de esa época, por un temblor de tierra, y por bolas de fuego que salían de la tierra entre los operarios, 363 A. D.

La historia subsiguiente de Jerusalén puede referirse en pocas palabras: en 614 fue tomada por Chosroes II rey de Persia, quien se dice que pasó a cuchillo a 90,000 hombres, y demolió hasta donde pudo todo aquello que los cristianos habían venerado; en 627 Heraclio derrotó a Chosroes, y Jerusalén fue recobrada por los Griegos. Poco después comenzó la larga y malhadada era del Mahometismo. Por el año 637 la ciudad fue tomada de manos de los cristianos por el califa Omar, después de un sitio de cuatro meses, y continuó en poder de los califas de Bagdad hasta 868, año en que fue ocupada por Ahmed, turco soberano de Egipto. Durante un espacio de 220 años estuvo sujeta a varios déspotas Turcos y Sarracenos, y en 1099 fue tomada por los Cruzados al mando de Godofredo de Bouillon, quien

fue electo rey. Este fue sucedido por su hermano Balduino, quien murió en 1118. En 1187, Saladino, Sultán del Oriente, se apoderó de la ciudad ayudado por la traición de Raymundo conde de Trípoli, el cual fue hallado muerto en su cama, en la mañana del día en que había de entregar la ciudad. Fue restituida en 1242 a los príncipes latinos por Saleh Ismael, emir de Damasco; estos la perdieron en 1291, habiendo sido atacada por los Sultanes de Egipto, quienes la conservaron hasta 1382. Selim el Sultán turco, subyugó a Egipto y a Siria, incluyendo a Jerusalén, en 1517, y su hijo Solimán edificó o reconstruyó en 1542 las murallas que actualmente tiene dicha ciudad. Desde entonces ha permanecido bajo el dominio de la Turquía, si se exceptúa el corto periodo de 1832 a 1834, en que estuvo en posesión de ella Ibrahím Pasha, hijo de Mahomet Alí de Egipto. Actualmente esta ciudad está incluida en el Bajalato de Damasco; si bien tiene un gobernador turco residente allí.

Jerusalén está situada en la mesa central de Judea, en la línea de la larga cordillera que forma la vertiente que hay entre el Mediterráneo y el Jordán. La parte principal de la ciudad está a 2593 pies sobre el Mediterráneo, y el monte de los Olivos a 2683. La temperatura media por cinco años, fue en Enero, 49°; en Febrero, 54°; en Marzo, 55°; en Abril, 61°; en Mayo, 73°; en Junio, 75°; en Julio, 79°; en Agosto, 79°; en Septiembre, 77°; en Octubre, 74°; en Noviembre, 63°, y en Diciembre, 64° Fahrenheit. Se halla en una pendiente que baja gradualmente hacia el este, y que termina bruscamente por un precipicio desde el borde del cual se domina el valle de Josafat o del Cedrón. Esta pendiente termina en el sur por el profundo y angosto valle de Hinom, que constituía el antiguo límite meridional de la ciudad, y el cual asciende en su lado occidental y llega hasta el terreno elevado que se halla al noroeste. Véase Gihón. Pero en la misma ciudad había también dos cañadas o estrechos valles que dividían la tierra donde estaban los edificios en tres partes o colinas principales. Sion, la más alta de estas, se elevaba en el barrio sudoeste de la ciudad, y estaba limitada al sur y al oeste por el profundo valle de Hinom. En sus lados norte y este estaba el pequeño valle “de los queseros” o Tiropeon, que al sudoeste iba a dar al valle del Cedrón. El Tiropeon se unía también, cerca del pie nordeste de Sion, con un valle que bajaba del norte. A Sion se le llamaba también la ciudad de David; y por Josefo, “la ciudad superior.” Rodeada antiguamente por murallas así como por profundos valles, era la parte más fuerte de la ciudad, y contenía la ciudadela y el palacio del Rey. El Tiropeon separaba esta parte de la ciudad, de Acra por el lado norte, y de Moría por el nordeste. Acra era menos elevada que Sion, o que el terreno que había al noroeste más allá de los muros. Josefo la llama “la ciudad baja.” Moría, la colina o monte sagrado, estaba al nordeste de Sion, con la cual se hallaba antiguamente unida en su ángulo más cercano por medio de un puente construido sobre el Tiropeon. Algunas de las piedras del arco oriental de este puente han sido identificadas por el Dr. Robinson, las cuales sobresalían del muro occidental del área sagrada 39 pies contados desde su ángulo sudoeste; y las piedras del estribo que sostenía la extremidad occidental del puente han sido desenterradas no hace mucho de una profundidad de 60 pies, juntamente con algunas otras del piso del camino que tal vez fueron gastadas por las plantas de nuestro Señor y de sus discípulos. El arco tenía 5154 pies de ancho y más de 300 de largo al través del Tiropeon. Moría era al principio una pequeña eminencia, pero su área fue gradualmente ensanchada para hacerle lugar al templo. Era sólo una parte de la cordillera prolongada por el lado oriental de la ciudad, y que mira al profundo valle del Cedrón. Se levanta en su lado norte, después de una ligera depresión, hasta llegar al cerro Bezeta, la “nueva ciudad” de Josefo, y avanza hacia el sur hasta confundirse con el cerro Ofel. Al este de Jerusalén y extendiéndose de norte a sur, se halla el monte de los Olivos, que está separado de la ciudad por el valle del Cedrón. Desde dicho monte se domina una hermosa perspectiva de la ciudad y la comarca que la rodea. En frente de Moría o un poco más al norte, se ve el jardín de Getsemaní con sus olivos, al pie del monte de los Olivos. Abajo de la ciudad, en el extremo oriental del valle del Cedrón, está la insignificante aldea de Siloa; más abajo este valle se une con el de Hinom, en un hermoso sitio que era antiguamente “las huertas del Rey,” Neh. 3:15; todavía más abajo se halla el pozo de Nehemías, que era el de En-rogel; y desde ese sitio, el valle unido corre por entre las montañas hacia

el sur y este, hasta el Mar Muerto. En la boca del Tiropeon entre Ofel y Sion, está el estanque de Siloe. En el valle que está al oeste y al noroeste de Sion, se hallan los dos estanques de Gehón. El de más abajo está ahora roto y seco. En las rocas que rodean a Jerusalén, y principalmente en los costados del valle del Cedrón y del de Hinom, en frente de la ciudad, hay muchas cuevas y tumbas subterráneas, pues allí fue siempre el cementerio de la misma. Véase Josafat.

De los muros de la antigua Jerusalén, el más antiguo, es decir, el de David y Salomón, rodeaba todo el monte Sion, y se prolongaba al rededor del Moría y del Ofel. La profundidad de los valles al sur y al este de Jerusalén, la hacía comparativamente fácil de ser fortificada y defendida por esos lados. Este muro meridional, en el periodo de los Reyes y de Cristo, atravesaba el borde exterior de esos cerros, incluyendo el estanque de Siloe, el Ofel, y tal vez partes de los valles de Hinom y del Cedrón, 2 Crón. 33:14; Neh. 2:14; 3:15.

Un segundo muro, construido por Jotam, Ezequías y Manasés, alteró algún tanto la línea meridional, y puso intramuros un gran espacio adicional por el lado del norte. Comenzaba un poco al este de la torre de Híppico en la extremidad noroeste de Sion, incluía a Acra y parte de Bezeta, y se unía con el antiguo muro en el este. Este muro, así como el primero fue destruido en la cautividad, pero ambos fueron después reedificados poco más o menos donde antes estaban, y estos eran los muros que circuían la ciudad en tiempo de Cristo. La dirección precisa del segundo muro podrá quizá determinarse con seguridad por las futuras excavaciones que se practiquen, pero ahora está más en duda que cualquiera otro punto de la topografía de Jerusalén. Si se localizara con exactitud la puerta "Gennat," en donde comenzaba dicho muro, y si se descubriera la dirección de la línea circunvaladora de éste hasta Antonia, se podría poner de manifiesto si el sitio tradicional del Calvario que se halla lejos de los actuales límites de la ciudad, estaba dentro o fuera del antiguo muro. Los argumentos basados en la topografía están muy en pugna con la tradición, pues parece que toda esa región, si no se hallaba dentro del muro, debe por lo menos de haber estado ocupada en aquel tiempo por los suburbios de la ciudad; porque la tercera pared, comenzada por Herodes Agripa sólo diez años después de la crucifixión de Cristo, partía de la torre de Híppico y seguía hasta cerca de media milla al noroeste de la torre de Pséfinos, y dando la vuelta a "las tumbas de los Reyes," pasaba por el este de Bezeta, y se unía al antiguo muro oriental.

La circunferencia entera de la ciudad en aquel tiempo medía poco más de cuatro millas. Ahora tiene solamente  $2\frac{3}{4}$  millas, a lo más; existen pruebas de que el gran espacio que hay al norte y que se hallaba dentro del muro de Agripa, estaba poblado en alguna época. Esas pruebas son las numerosas cisternas que allí se han encontrado y los fragmentos de mármol que a menudo saca la reja del arado.

La ciudad tenía en sus varios muros muchas puertas, lo que se comprueba por haberse hallado 18 o 20 nombres de tales, si bien algunos de ellos designaban una misma. Entre otros hay la puerta de Efraín, 2 Crón. 25:23; la puerta del pescado, 33:12; la puerta de las ovejas, Neh. 3:1.

El plano precedente de la antigua Jerusalén enseña los muros, puertas, torres y otros objetos notables de la ciudad y sus alrededores, con toda la exactitud que es asequible hoy día después de que han sufrido los estragos de tantos siglos, después de que ha sido capturada casi veinte veces, y a menudo arrasada hasta los cimientos. Bajo sus respectivos títulos se encontrarán descripciones más extensas de muchas de las localidades a que se hace referencia.

El agua, según parece, siempre ha sido abundante en Jerusalén. En los varios sitios que sostuvo, por atormentados que se vieran sus moradores con el hambre, tenían todo el agua que necesitaban, en tanto que los sitiadores sufrían mucho por alta de ella. Véase Cisternas.

La Jerusalén moderna, llamada por los Árabes Él-Kuds, la sania, ocupa indudablemente el sitio de la Jerusalén de la Biblia. Es todavía hermosa por su posición, y se yergue en sus bien definidas colinas, como una ciudad que “está bien unida,” Sal. 48:2, 12; 122:3, 4; 125:1, 2. La vista que a lo lejos ofrece con sus majestuosos muros y numerosas cúpulas y minaretes, es en extremo imponente. Pero su antigua gloria se ha disipado; las multitudes que allí acudían a millares, no existen ya; la desolación reina en las desnudas montañas que la rodean, y las tribus han dejado de subir a la casa del Señor. Esta ciudad que en otro tiempo se sentaba como reina entre ellas, ahora se halla solitaria, “hollada por los gentiles,” “privada de sus hijos, y desamparada en medio de sus enemigos.” “Sion está arada como un campo” y su suelo está mezclado con los escombros de los siglos, hasta una profundidad, en algunos lugares, de cuarenta pies.

El muro moderno, edificado en 1542, varía de 20 a 60 pies de altura, y tiene como dos millas y media de extensión. En su lado oriental y más corto sigue una dirección casi recta, y coincide en la mitad meridional de este lado con el muro del área sagrada, llamado ahora El-Haram, el sagrado, que forma como una octava parte de la ciudad moderna. Esta área que tiene de 510 a 534 yardas de longitud de norte a sur, y de 307 a 344 de anchura, está rodeada por altos muros cuyas piedras inferiores son en muchas partes muy grandes, y mucho más antiguas que la estructura superior. Está ocupada por la gran mezquita octagonal llamada Kubbet es-Sukhrah o Cúpula de la Roca, y otra mezquita llamada El-Aksa, en el ángulo sudoeste, que miden 270 yardas de largo y 200 de ancho, con el terreno que les corresponde. El Haram cubre el sitio del antiguo templo y de la gran torre Antonia. Véase Templo.

La Cúpula de la Roca llamada también la mezquita de Omar, es con excepción de la de la Meca la más venerada entre los musulmanes, y ocupa probablemente el sitio del templo de Salomón. Cada uno de sus ocho lados tiene 66 pies de largo, y su cúpula, que se eleva a una altura de 170, es el objeto más prominente en Jerusalén, cualquiera que sea el punto de vista. Se dice que la roca sagrada que está bajo la cúpula, y que mide 57 pies de largo y 43 de ancho, señala el sitio en donde estuvo una vez el arca de la alianza. En el ángulo sudoeste del área del Haram, en donde el muro tiene 77 pies de altura, el suelo de su base está a una elevación de 150 pies sobre el lecho seco del Cedrón. Desde este ángulo el muro se dirige irregularmente al sudoeste, cruza el monte Sion, dejando la mayor parte de él a extramuros por el lado del sur, y en su límite occidental vuelve hacia el norte a la puerta Jaffa, en donde existe todavía la parte inferior de una fortaleza muy antigua. La parte superior de esta torre es menos antigua y menos gruesa. Se conoce con el nombre de “la Torre de David,” y se cree generalmente que fue el Híppico de Josefo. Allí da vuelta el muro dirigiéndose irregularmente al ángulo noreste. Está flanqueado a distancias desiguales por torres cuadradas, y en toda su extensión tiene almenas con aberturas para las flechas o los mosquetes. Actualmente hay en uso solo cuatro puertas: la puerta de Jaffa o de Belén al oeste; la puerta de Damasco al norte; la de San Esteban al este, y la de Sion al sur. En el muro oriental del Haram está la puerta de Oro, bloqueada hace largo tiempo; y en la muralla de la ciudad hay dos pequeñas puertas más recientemente cerradas, a saber, la puerta de Herodes al noreste, y la del Estiércol, con el Tiropeon al sur. Véase Cedrón.

Intramuros de la ciudad se ven calles estrechas y a menudo cubiertas, de piso desigual, mal empedradas, y en algunos lugares desaseadas, aunque menos de lo que él están en la mayor parte de las ciudades orientales. Las casas son de piedra de cantera, fabricadas a menudo sobre ruinas que tienen muchos pies de profundidad, Jer. 30:18, con pocas ventanas para la calle. Sus azoteas planas están reforzadas y adornadas con muchas cúpulas pequeñas. La parte más hermosa de la ciudad es el área de la gran mezquita—de la cual han sido excluidos rigurosamente por seis siglos hasta hace poco todos los cristianos —con sus prados y cipreses, y una hermosa cúpula que se eleva sobre el muro. En el monte

Sion, gran parte del espacio comprendido dentro del muro está ocupada por un gran convento Armenio, y otro Sirio, y la iglesia de Santiago. Véase Sion. Más allá del muro y muy al sur, se halla una mezquita mahometana fabricada, según se asegura, sobre la tumba de David. A ella se les impide la entrada a los cristianos más rigurosamente que a la mezquita de Omar. Cerca de allí se encuentra el pequeño cementerio de los misioneros americanos. En el ángulo noroeste de Sion se levanta alta y magnífica, la vieja ciudadela cuadrada a que antes nos referimos. Todavía más al norte se halla el convento latino de San Francisco en la parte más occidental de Jerusalén, y entre él y el centro de la ciudad se ve la iglesia del Santo Sepulcro, sobre el paraje tradicional de la crucifixión, sepultura y resurrección de nuestro Señor. Véase Calvario. En varias partes de la ciudad se levantan los minaretes de once mezquitas, en medio de un conjunto de cosa de 2,000 habitaciones, muchas de las cuales están muy deterioradas. Abajo de la ciudad hay grandes excavaciones irregulares, a las que se baja por una angosta abertura de 20 pulgadas hecha cerca de la puerta de Damasco; siguen la dirección del sudeste 600 pies, y tienen 200 de ancho, con muchas rocas que se han dejado intactas para puntales. De allí fueron sacadas muchas de las piedras empleadas en los edificios de la ciudad, y allí se formaron vastas cisternas para depositar el agua.

La actual población de Jerusalén asciende tal vez a 20,000 habitantes, de los cuales dos quintas partes son judíos, y el resto Musulmanes y Cristianos, casi en el mismo número los unos que los otros. Hay también una guarnición de 800 a 1,000 hombres estacionada allí; y en Abril de cada año muchos miles de peregrinos procedentes de países extranjeros, hacen una corta visita a esos santos lugares. En Jerusalén se habla la lengua árabe. Los musulmanes residen en el centro de la ciudad, y hacia el norte y el este. El barrio de los judíos está en el lado noreste de Sion. Los Cristianos griegos, latinos, armenios, sirios y coptos residen principalmente alrededor de sus respectivos conventos, y sus cementerios están en el monte Sion, así como el de la Misión protestante americana. Los judíos entierran sus muertos en el monte de los Olivos, y los Mahometanos en varios lugares, aunque prefieren el frente oriental del Moría. Jerusalén no es más que una pálida sombra de lo que antes era. Los cristianos de nombre que residen allí, se hallan en un estado de sujeción degradante y ciega a los Mahometanos, y sus pequeñas discordias y supersticiones dan lugar a que sufra un reproche el nombre cristiano. Los judíos, que llegan como a 8,000, están todavía más oprimidos y avasallados. La mayor parte de ellos nacieron en otras tierras, y han ido allí a morir en una ciudad que ya no les pertenece. Descorazonados a causa de las interminables exacciones que sufren, subsisten del socorro que les dan sus hermanos que residen en diversos países. Solo como privilegio que han adquirido con su dinero se les permite acercarse a la base del Monte Sagrado en donde sus padres adoraban al único verdadero Dios. Allí en una pequeña área, cerca de algunas piedras grandes y antiguas en la base del muro occidental del Moría—el Aksa—se reúnen los Viernes y otros días sagrados, y se sientan en el suelo a llorar y a lamentarse, reanudando las conmovedoras lamentaciones de Jeremías; son testigos vivos de la verdad de Dios cumplida en ellos. Véase Muro.

La Nueva Jerusalén es un nombre dado, no a un lugar, sino a una comunidad, es a saber, la Iglesia de Cristo, y se la llama así por sus firmes fundamentos que consisten en el amor, la preferencia, y el pacto de Dios en Cristo, 1 Ped. 2:6; por sus fuertes baluartes, fuentes vivas y hermosos palacios; por sus grandes multitudes, por el Dios que en ella mora, y por su gloria consumada en el cielo, Gál. 2:26; Heb. 12:22; Apoc. 3:12, 21.

JESANA, *vieja*, ciudad tomada a Jeroboam por Abías, con Betel y Efraín, 2 Crón. 13:19.

JESBAAN. Véase Jasobam.

JESBI-BENOB. Véase Isbi-Benob.

JESÚA, forma hebrea posterior del nombre Josué; significa cuya salvación es Jehová, I., un miembro de la novena compañía de sacerdotes, en tiempo de David, 1 Crón. 24:11; Esdr. 2:36.

II. El hijo de Josadec, Sumo sacerdote de los judíos en su vuelta de la cautividad. Resistió los artificios de los Samaritanos, y desempeñó bien la parte que le fue encomendada en la restauración de la ciudad, del templo y del culto divino, Esd. 4:3; 5:2. Su nombre se halla en las profecías de aquella época, Hag. 1:1, 12; 2:2; Zac. 3; 6:11-15.

III. Se mencionan varios de este nombre en Esd. 2:40; 8:33; Neh. 3:19; 7:11, 43; 8:7; 9:4, 5; 10:9; 12:8, 24.

IV. Una ciudad de Judá después de la cautividad, Neh. 11:26, probablemente la moderna Yeshua, cerca del sitio entre Bet-horón y Soco tan memorable en la historia de Josué, Jos. 10:11-14, seis millas al este de Ecron.

JESUCRISTO, el Hijo de Dios, el Mesías y Salvador del mundo, el primero y principal tema de las profecías. Fue prefigurado y prometido en el Antiguo Testamento, y esperado y deseado por los Patriarcas; es también la esperanza y la salvación de los Gentiles, y la gloria, felicidad y consuelo de los Cristianos. El nombre de Jesús, en hebreo *Jehoshuah* o Josué significa Salvador, o Jehová Salva. Nadie ha llevado este nombre con tanta justicia, ni cumplido tan perfectamente su significado, como Jesucristo, quien salva del pecado y del infierno, y nos ha franqueado el cielo al precio de su sangre. Le fue dado este nombre por designio divino, Mat. 1:21, como propio del Salvador tan largo tiempo deseado, y a quien los incontables miles de redimidos adorarán siempre como a su único y glorioso, Redentor. Por lo que toca a las diferentes predicciones del Antiguo Testamento relativas a él, véase Profetas.

JESÚA, un Levita leal en tiempo de Ezequías, 2 Crón. 31:15.

JESURÚN, nombre poético de Israel, probablemente derivado de una raíz que significa ser recto, y aplicado al pueblo de Dios como objeto de su amor justificador, que no ve iniquidad en Jacob, Deut. 32:15; 33:5, 26; Isa. 44:2

JESÚS, era el nombre del Salvador como hombre, en tanto que el de Cristo que significa el ungido, el Mesías, era la designación que se le dio en virtud de su misión o ministerio. Ambos nombres se emplean separadamente, tanto en los Evangelios como en las Epístolas; pero el de Jesús solo se halla por lo general en los Evangelios que son las narraciones de su vida terrenal, en tanto que en las Epístolas en que se trata de su naturaleza divina y de su obra redentora, se le llama Cristo, Cristo Jesús, o el Señor Jesucristo. Véanse Cristo y Títulos de Cristo.

En este lugar, bajo el nombre humano del Redentor, cabe hacer una reseña de los hechos relativos a su naturaleza humana y a la historia de su vida sobre la tierra, lo cual forma con las verdades que de ahí dimanar, el tema de todo el Nuevo Testamento. Como hombre, su naturaleza de tal era completa, pues tanto su alma como su cuerpo eran humanos; y esto se deja ver en toda la historia evangélica. El que es "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos," era un Israelita según la carne, Rom. 9:5, y tomó sobre sí toda nuestra naturaleza para ser un Salvador perfecto. Su título favorito "Hijo del Hombre," usado 81 veces en los Evangelios al hablar de sí mismo, implica su completa y cordial identificación con la especie humana, así como el carácter de jefe que de ella asumió para llevar a cabo sus designios con

respecto a la redención. Como hombre, Jesús fue el rey de los hombres. No hay palabras que puedan describir ese carácter en que se unían formando un conjunto maravillosamente armónico, tanta firmeza y dulzura, tanta dignidad y humildad, tanto entusiasmo y sosiego, tanta sabiduría y sencillez, tanta santidad y caridad, tanta justicia y misericordia, tanta simpatía por el cielo y por la tierra, y tanto amor, en fin, para con Dios y para con el hombre. Nada en él sobraba, nada tampoco le faltaba. El mundo nunca había producido, ni aun concebido, un carácter semejante, y la pintura que de él hacen los Evangelios es una prueba de su divino origen que los infieles no pueden invalidar. Si pudiera juntarse toda la especie humana, de todos los siglos, de todas las razas y lenguas, para ver al Redentor crucificado tal cual es, y comparar con él a los más nobles bienhechores de la tierra, no habría más que una sola voz entre toda esa inmensa muchedumbre.

Toda corona de gloria, y todo tributo de alabanza se le darían a Él como al único ser digno de tales honores por la perfección de su carácter, por su amor a la humanidad, por los sacrificios que hizo, y por los beneficios que ha derramado. Su gloria será por siempre celebrada por cuanto Él ha sido el Amigo del hombre, y el Cordero sacrificado por nosotros.

Pero la perfección absoluta de su naturaleza divina ha sido tan clara y plenamente aseverada y comprobada como la de su naturaleza humana, y esto por sus propias y repetidas declaraciones, sus incontables y estupendos milagros, el testimonio de toda la naturaleza que en el instante obedecía sus mandatos dados en su propio nombre, el de los hombres y demonios que sentían su poder, el de los ángeles que le servían, y el del Padre mismo.

La visita de Jesucristo a la tierra ha hecho a esta por siempre gloriosa entre los mundos menos favorecidos, y forma el más notable acontecimiento que pueda registrarse en sus anales. El tiempo de su nacimiento se conmemora por la era cristiana, cuyo primer año corresponde aproximadamente al 754 de la fundación de Roma. Se concede generalmente, sin embargo, que el Salvador nació cuatro años antes del comienzo de su era, y 4,000 después de la creación de Adán. Fue de la tribu de Judá, tanto por parte de José como de María, y del linaje real de David. Su nacimiento precedió a la muerte de Herodes sólo unos cuantos meses. José, según parece, vivió en medianas circunstancias, era carpintero, y Jesús mismo siguió ese humilde oficio. Nuestro Señor comenzó su ministerio público cuando tenía 30 años de edad, y continuó en él según la opinión más admitida, cosa de tres años y medio. Respecto de sus antepasados y familia, véanse las palabras Genealogía y Hermano.

De su aspecto personal él ha preferido no dar descripción alguna; tampoco existe retrato suyo que sea fidedigno. De las indicaciones del evangelio inferimos que, a semejanza de los sacrificios prescritos en el ritual mosaico como tipos de él, el gran Antitipo no tenía ningún defecto corporal, así como tampoco tenía la menor mancha de pecado. Se cree que no tenía ningunas señales particulares en su exterior, que era de una salud vigorosa, puesto que se hallaba exento de los pecados que ocasionan la mayor parte de las enfermedades, y que podía soportar los viajes y trabajos que de él se refieren; y aunque ocultaba sus glorias divinas, excepto cuando de tiempo en tiempo hacía de ellas alguna manifestación parcial, debe de haber habido siempre, sin embargo, algo de divino en ese aspecto tan lleno de nobleza, de sabiduría, de pureza y de benignidad.

La vida del Redentor debe ser estudiada en los cuatro Evangelios, en donde fue relatada bajo la guía de la sabiduría suprema. Se han hecho muchos esfuerzos, con buen éxito por fortuna, para arreglar las narraciones de los evangelistas en el verdadero orden de tiempo. Pero como ninguno de los Evangelios sigue con exactitud el curso cronológico de los acontecimientos, muchos incidentes tienen lugar indefinido, han sido arreglados de diversos modos por los diferentes autores que se han ocupado de la

armonística. Ninguno sin embargo ha tenido mejor éxito que el Dr. Robinson, y tomamos de su valiosa "Armonística de los Evangelios," la siguiente tabla formada con el mayor esmero, y que presenta en una forma compendiada los diversos acontecimientos de la vida de Nuestro Señor, y los lugares y periodos en que se verificaron.

## **PARTE PRIMERA**

### **ACONTECIMIENTOS RELACIONADOS CON EL NACIMIENTO Y PERIODO DE LA NIÑEZ DE NUESTRO SEÑOR.**

Tiempo como trece años y medio.

Un ángel se le aparece a Zacarías— Jerusalén.

Un ángel se le aparece a María— Nazaret.

María visita a Elizabet— Jutta.

Nacimiento de Juan el Bautista— Jutta.

Un ángel se le aparece a José— Nazaret.

Nacimiento de Jesús— Belén.

Un ángel se le aparece a los pastores— Cerca de Belén.

La circuncisión de Jesús y su presentación en el templo— Belén; Jerusalén.

Los Magos— Jerusalén; Belén.

La huida a Egipto. La crueldad de Herodes y el regreso— Belén; Egipto; Nazaret.

A los doce años de edad Jesús va a la pascua— Jerusalén.

Regresa a su casa— Nazaret.

## **PARTE SEGUNDA**

Anuncio y comienzo del ministerio público de nuestro Señor

Tiempo: cerca de un año.

El ministerio de Juan el Bautista— El desierto; El Jordán.

El bautismo de Jesús— El Jordán.

El ayuno y la tentación— Desierto de Judea.

Prefacio del Evangelio de Juan.

Testimonio de Juan el Bautista tocante a Jesús— Betábara, de la otra parte del Jordán.

Jesús adquiere dos discípulos— El Jordán; Galilea.

Las bodas en Caná de Galilea.

### **PARTE TERCERA**

PRIMERA PASCUA DE NUESTRO SEÑOR, Y LOS ACONTECIMIENTOS SUBSIGUIENTES HASTA LA SEGUNDA.

Tiempo: un año.

En la Pascua Jesús arroja del templo a los traficantes— Jerusalén.

Diálogo de nuestro Señor con Nicodemo— Jerusalén.

Jesús permanece en Judea y bautiza. Nuevo testimonio dado por Juan el Bautista.

Jesús se dirige a Galilea después de la prisión de Juan.

Plática de Jesús con la Samaritana. Muchos Samaritanos creen en él— Siquem.

Jesús enseña públicamente en Galilea.

Jesús va de nuevo a Cana, en donde sana al hijo de un cortesano que yacía enfermo en Capernaum— Cana de Galilea.

Jesús va a Nazaret: allí es rechazado, y fija su residencia en Capernaum.

El llamamiento de Simón Pedro y de Andrés, de Santiago y de Juan, con la milagrosa pesca que estos hicieron— Cerca de Capernaum.

La curación de un endemoniado en la sinagoga—Capernaum

La curación de la suegra de Pedro y de otros muchos— Capernaum.

Jesús con sus discípulos sale de Capernaúm y recorre a Galilea.

La curación de un leproso— Galilea.

La curación de un paralítico— Capernaum.

El llamamiento de Mateo— Capernaum.

### **PARTE CUARTA**

## SEGUNDA PASCUA DE NUESTRO SEÑOR, Y LOS SUCESOS SUBSIGUIENTES HASTA LA TERCERA.

Tiempo: un año.

El estanque de Betesda; la curación del enfermo, y discurso que en seguida pronunció nuestro Señor— Jerusalén.

Los discípulos recogen espigas de trigo en día Sábado— En el camino para Galilea.

La curación en día Sábado, de un hombre que tenía una mano seca— Galilea.

Jesús llega al mar de Tiberias, y es seguido de multitud de gente— Lago de Galilea.

Jesús se retira a un monte, y elige a los doce; las multitudes le siguen— Cerca de Capernaum.

El sermón en el monte— Cerca de Capernaum.

Resucita al hijo de una viuda— Nain.

Juan el Bautista, hallándose en la prisión, envía algunos de sus discípulos a Jesús— Galilea — ¿Capernaum?

Reflexiones de Jesús al apelar a sus poderosas obras— ¿Capernaum?

Estando en la mesa con un Fariseo, Jesús es ungido por una mujer que había sido gran pecadora— ¿Capernaum?

Jesús con los doce, anda segunda vez por Galilea.

Cura a un endemoniado. Blasfemias de los Escribas y Fariseos— Galilea.

Los Escribas y Fariseos piden señal del cielo. Reflexiones de nuestro Señor— Galilea.

Jesús considera a sus verdaderos discípulos como sus parientes más cercanos— Galilea.

Estando Jesús en la mesa de un Fariseo, anuncia las calamidades que sobrevendrían a los Fariseos y a otros— Galilea.

Discurso de Jesús dirigido a sus discípulos y a la muchedumbre— Galilea.

Matanza de algunos Galileos por Pilato. Parábola de la higuera estéril— Galilea.

Parábola del sembrador— Lago de Galilea— ¿Cerca de Capernaum?

Parábola de la cizaña. Otras parábolas— Cerca de Capernaum.

Jesús atraviesa el lago. Sucesos. La tempestad se calma— Lago de Galilea.

Los dos endemoniados Gadarenos— En la costa sudoeste del Lago de Galilea.

Leví hace una fiesta en su casa— Capernaum.

Resucita Jesús a la hija de Jairo. La mujer que padecía de flujo de sangre— Capernaum.

Curación de dos ciegos y de un endemoniado mudo— ¿Capernaum?

Vá otra vez a Nazaret, y es también rechazado.

Recorre la Galilea por tercera vez. Instruye a los doce y los envía a predicar— Galilea.

Toma Herodes a Jesús por Juan el Bautista, a quien acababa de hacer decapitar— ¿Galilea? Perea.

Vuelta de los doce discípulos. Jesús se retira con ellos al otro lado del lago. Dá de comer a cinco mil personas— Capernaum; costa noroeste del lago de Galilea.

Anda Jesús sobre las aguas— Lago de Galilea — Genezaret.

Discurso de nuestro Señor a la muchedumbre en la sinagoga— Capernaum.

## **PARTE QUINTA**

DESDE LA TERCERA PASCUA DE NUESTRO SEÑOR HASTA SU ULTIMA PARTIDA DE GALILEA PARA IR A LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

Tiempo: seis meses.

Nuestro Señor justifica a sus discípulos de que comieran pan sin lavarse las manos. Tradiciones de los Fariseos— Capernaum.

Curación de la hija de una mujer Sirofenisa— Región de Tiro y de Sidón.

Curación de un sordo mudo y de varios otros enfermos. Da de comer milagrosamente a cuatro mil personas— Decápolis.

Los Fariseos y Saduceos piden nuevamente una señal— Cerca de Magdala, en el lado occidental del Lago.

Precave a sus discípulos con respecto a la levadura de los Fariseos, etc.— Costa nordeste del lago de Galilea.

Cura a un ciego— Betsaida (Julias).

Pedro y los demás hacen de nuevo su profesión de fe en Cristo— Región de Cesárea de Filipos.

Nuestro Señor declara a sus discípulos su muerte y resurrección, y los trabajos de sus discípulos— Región de Cesárea de Filipos.

La transfiguración y subsiguiente coloquio de nuestro Señor con tres de sus discípulos— Región de Cesárea de Filipos.

Cura a un endemoniado a quién no pudieron curar sus discípulos— Región de Cesárea de Filipos.

Jesús anuncia de nuevo su muerte y resurrección— Galilea.

Paga el tributo con una moneda milagrosamente provista— Capernaum.

Disputa de los discípulos sobre la supremacía. Jesús los exhorta a la humildad, la indulgencia y el amor fraternal— Capernaum.

Instruye y envía a setenta de sus discípulos— Capernaum.

Jesús va a la fiesta de los Tabernáculos. Su última partida de Galilea. Acontecimientos en Samaria.

Curación de diez leprosos— Samaria.

## **PARTE SEXTA**

LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS Y LOS SUCESOS SUBSIGUIENTES HASTA LA LLEGADA DE NUESTRO SEÑOR A BETANIA, SEIS DÍAS ANTES DE LA CUARTA PASCUA.

Tiempo: seis meses menos una semana.

Jesús en la fiesta de los Tabernáculos. Sus enseñanzas públicas— Jerusalén.

La mujer sorprendida en adulterio— Jerusalén.

Ulterior enseñanza pública de nuestro Señor. Reprueba la incredulidad de los judíos y se escapa de sus manos— Jerusalén.

Instruye a un Doctor de la ley. Explica el amor al prójimo. Parábola del buen Samaritano— Cerca de Jerusalén.

Jesús en casa de Marta y de María— Betania.

Enseña otra vez a sus discípulos cómo han de orar— Cerca de Jerusalén.

Vuelta de los setenta discípulos— Jerusalén.

Cura en Sábado a un ciego de nacimiento. Los discursos posteriores de nuestro Señor— Jerusalén.

Jesús en Jerusalén en la fiesta de la dedicación. Se retira al otro lado del Jordán— Jerusalén; Betania más allá del Jordán.

Resucita a Lázaro— Betania.

El consejo de Caifás tocante a Jesús. Jesús se retira de Jerusalén— Jerusalén; Efraín.

Jesús, estando del otro lado del Jordán, es seguido de las muchedumbres. Sana en Sábado a una mujer enferma— Valle del Jordán, Perea.

Pasa por varios lugares enseñando y dirigiéndose a Jerusalén. Lo previenen contra Herodes. — Perea.

Nuestro Señor come en Sábado en casa de un Fariseo. Otros sucesos— Perea.

Lo que se requiere de un verdadero discípulo— Perea.

Parábola de la oveja perdida, etc. Parábola del lujo pródigo— Perea.

Parábola del mayordomo injusto— Perea.

Reprende a los Fariseos. Parábola del rico y Lázaro— Perea.

Jesús inculca la tolerancia, la fe y la humildad— Perea.

La venida de Cristo será repentina— Perea.

Parábolas: la viuda importuna. El Fariseo y el publicano— Perea.

Preceptos con respecto al divorcio— Perca.

Jesús recibe a los niños y los bendice— Perea.

El joven rico. Parábola de los trabajadores en la viña— Perea.

Por tercera vez anuncia Jesús su muerte y resurrección— Perea.

Pretensión ambiciosa de Santiago y Juan— Perea.

Curación de dos ciegos cerca de Jericó.

Visita a Zaqueo. Parábola de los diez talentos— Jericó.

Jesús llega a Betania seis días antes de la Pascua— Betania.

## **PARTE SÉPTIMA**

**ENTRADA PUBLICA DE NUESTRO SEÑOR A JERUSALÉN, Y SUCESOS SUBSIGUIENTES HASTA LA CUARTA PASCUA**

Tiempo: cinco días

Entrada pública de nuestro Señor a Jerusalén— Betania, Jerusalén.

La higuera estéril. Purificación del templo— Betania, Jerusalén.

La higuera estéril se marchita— Entre Betania y Jerusalén.

Autoridad de Cristo disputada por los Fariseos. Parábola de los dos hijos— Jerusalén.

Parábola de los labradores malvados— Jerusalén.

Parábola de las bodas del hijo del rey —Jerusalén.

Pregunta capciosa de los Fariseos; tributo al César— Jerusalén.

Pregunta capciosa de los Saduceos: la resurrección de los muertos— Jerusalén.

Un doctor de la ley hace preguntas a Jesús. Los dos grandes mandamientos— Jerusalén.

¿Cómo es Cristo el hijo de David?— Jerusalén.

Advertencias con respecto al mal ejemplo de los Escribas y Fariseos— Jerusalén.

Prosigue clamando contra los mismos. Lamenta la suerte futura de Jerusalén— Jerusalén.

Ofrenda de la pobre viuda— Jerusalén.

Ciertos Griegos desean ver a Jesús— Jerusalén.

Reflexiones sobre la incredulidad de los judíos— Jerusalén.

Jesús, al dejar por última vez el templo, anuncia la destrucción de este y la persecución de sus discípulos— Jerusalén; monte de los Olivos.

Las señales de la venida de Cristo para destruir a Jerusalén y poner fin al estado y a la dispensación de los judíos— Monte de los Olivos.

Transición a la última venida de Cristo, el día del Juicio. Exhortación a la vigilancia. Parábolas - las diez vírgenes; los cinco talentos— Monte de los Olivos.

Descripciones del Juicio final— Monte de los Olivos.

Conspiración de los sacerdotes y príncipes. La cena en Betania. Traición de Judas— Jerusalén; Betania.

Preparación para la Pascua— Betania; Jerusalén.

## **PARTE OCTAVA**

LA CUARTA PASCUA Y PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR Y LOS ACONTECIMIENTOS CON ELLA RELACIONADOS,  
HASTA EL FIN DEL SABADO JUDAICO.

Tiempo: dos días.

La cena de la pascua. Disputa entre los doce— Jerusalén.

Jesús les lava los pies a sus discípulos— Jerusalén.

Jesús indica al traidor. Judas se retira— Jerusalén.

Jesús anuncia la caída de Pedro y la dispersión de los doce— Jerusalén.

El Señor instituye la Santa Cena— Jerusalén.

Jesús consuela a sus discípulos. Promesa del Espíritu Santo —Jerusalén.

Cristo es la verdadera vid. Sus discípulos serán odiados por el mundo— Jerusalén.

Persecución predicha. Nueva promesa del Espíritu Santo. Debe orarse en el nombre de Cristo—  
Jerusalén.

Última oración de Cristo con sus discípulos— Jerusalén.

Agonía de nuestro Señor en Getsemaní— Monte de los Olivos.

Jesús es entregado y hecho prisionero— Monte de los Olivos.

Jesús delante de Caifás. Pedro le niega tres veces— Jerusalén.

Jesús Ante Caifás y el Sanedrín. Declara que es el Cristo y es condenado y burlado— Jerusalén.

El Sanedrín conduce a Jesús ante Pilato —Jerusalén.

Jesús en la presencia de Herodes— Jerusalén.

Trata Pilato de librar a Jesús. Los judíos piden a Barrabás— Jerusalén.

Pilato entrega a Jesús a la muerte. Jesús es azotado y burlado— Jerusalén.

Pilato trata otra vez de soltar a Jesús— Jerusalén.

Judas siente remordimiento y se ahorca— Jerusalén.

Jesús es conducido para ser crucificado— Jerusalén.

La crucifixión— Jerusalén.

Los judíos se mofan de Jesús en la cruz. Perdona al ladrón arrepentido. Encomienda su madre a Juan— Jerusalén.

Sobrevienen las tinieblas. Cristo expira en la cruz— Jerusalén.

El velo del templo se rompe, y los sepulcros se abren. Dictamen del Centurión. Las mujeres en la cruz— Jerusalén.

El descendimiento de la cruz. La sepultura— Jerusalén.

Se pone una guardia en el sepulcro— Jerusalén.

## **PARTE NOVENA**

LA RESURRECCIÓN DE NUESTRO SEÑOR, SUS APARICIONES POSTERIORES A ELLA Y SU ASCENSIÓN.

Tiempo: cuarenta días.

La mañana de la resurrección— Jerusalén.

Visita de las mujeres al sepulcro. Vuelta de María Magdalena— Jerusalén.

Visión de los ángeles en el sepulcro— Jerusalén.

Las mujeres vuelven a la ciudad. Jesús les sale al encuentro— Jerusalén.

Pedro y Juan se apresuran a ir al sepulcro— Jerusalén.

Nuestro Señor se le aparece a María Magdalena en el sepulcro— Jerusalén.

Relación que hace la guardia— Jerusalén.

Nuestro Señor se le aparece a Pedro. Después es visto por dos discípulos en el camino de Emaús— Jerusalén; Emaús.

Jesús se presenta en medio de los apóstoles, estando ausente Tomás— Jerusalén.

Nueva aparición de Jesús entre los apóstoles, estando Tomás presente— Jerusalén.

Los apóstoles se dirigen a Galilea. Jesús se les manifiesta a siete de ellos en el mar de Tiberias— Galilea.

Jesús se les presenta a los apóstoles y a más de 500 hermanos en una montaña de Galilea— Galilea.

Jesús es visto por Santiago, y después por todos los apóstoles— Jerusalén.

Ascensión de Jesús al cielo— Cerca de Betania.

Si se estudian los Evangelios con el auxilio de la reseña anterior, se puede rastrear con buen grado de exactitud el radiante camino recorrido por nuestro Señor desde su cuna hasta su sepulcro; y se le puede seguir con el pensamiento por los viajes que hizo a pie, asociando con todos los lugares que visitó, las palabras de la verdad divina que se le oyeron en ellos, y las maravillas de eficaz misericordia que allí ejecutó. También servirá de auxilio en este estudio lo que se enseña bajo las epígrafes de Milagros y Parábolas. La sabiduría se pone de manifiesto no sólo en lo que se nos ha enseñado respecto de la vida de Jesús, sino en lo que se ha tenido por conveniente callar. La curiosidad por una parte, y por otra el móvil más alto de un afecto entrañable, suscitan numerosas preguntas a las que los Evangelios no dan contestación; y a medida que el hombre recurre a tradiciones dudosas, va perdiendo el poderoso influjo de un evangelio puro y espiritual. Pueden verse también relativamente a Cristo, las palabras Mesías, Redentor, etc.

Jesús era un nombre que no dejaba de usarse entre los judíos. Fue el nombre del padre de Elymas el hechicero, Hech. 13:6, y de Justo, colaborador y amigo de Pablo, Col. 4:11. Es la forma griega del nombre hebreo Josué, llevado por el Sumo sacerdote en tiempo de Esdras, y por el bien conocido jefe de los judíos que los guio a la tierra prometida, Hech. 7:45; Heb. 4:8.

JETER, *abundancia*, I., hijo de Judá, 1 Crón. 2:32.

II. Hijo de Ezra de la tribu de Judá, 1 Crón. 4:17.

III. Hijo mayor de Gedeón, que por temor se resistió a matar a los reyes madianitas que habían sido capturados, Zeba y Zalmuna, Jue. 8:20; muerto después por Abimelec con sus 68 hermanos, Jue. 9:5.

IV. Padre de Amasa, general de David, y marido de Abigail, hermana de este rey, 1 Crón. 2:17. En este pasaje la llama Ismaelita, quizá por haber vivido en la tierra de Ismael. En 2 Sam. 17:25, se le llama "Jetra, varón de Israel."

V. Un descendiente de Aser, 1 Crón. 7:38; quizás Jetrán, vers. 37.

JETRO, *excelencia*, pastor, príncipe o sacerdote de Madián, que recibió hospitalariamente a Moisés cuando éste andaba fugitivo, le encargó el cuidado de sus rebaños, y le dio en matrimonio a su hija Séfora, Exod. 2:16-22; 3:1; 4:18. Tenía también el nombre de Ragüel, y fue el padre de Hobab. Véanse estos nombres. Se hizo adorador del verdadero Dios, y le ofreció sacrificios cuando visitó a Moisés en el Desierto del Sinaí para restituirle a su mujer y a sus hijos. Dio a Moisés juiciosos consejos en cuanto a la administración de justicia, y volvió en paz a su casa, Exod. 18.

JETUR, *cercado o campo*, hijo de Ismael, Gén. 25:15; 1 Crón. 2:31, padre de los Itureanos, 1 Crón. 5:19; Luc. 3:1.

JEUEL, *protegido por Dios*, 1 Crón. 9:6, hijo de Zera.

JEZABEL, *intacta*, hija de Et-baal, rey de Tiro y Sidón, y esposa de Acab rey de Israel, 1 Rey. 16:31. Hizo grandes esfuerzos, primero en connivencia con su esposo, y más tarde con su eficaz cooperación, para establecer la idolatría en Samaria, y exterminar el culto de Dios y la vida de sus siervos. Abdías salvó a cien de éstos con riesgo de su propia vida. Jezabel misma sostenía cuatrocientos sacerdotes de Astarte. Cuando por mandato de Elías perecieron en el Carmelo los 450 profetas de Baal que tenía Acab, ella trató de vengarse de aquel. Después le consiguió a su marido la viña de Nabot, valiéndose para ello de

perjurios y del asesinato; y la trágica muerte que sufrió por orden de Jehú, como fin merecido de una vida sanguinaria, tuvo lugar como lo había predicho Elías, cerca del teatro de su crimen, 1 Rey. 18; 19; 21; 2 Rey. 9. La mala influencia que ejerció por medio de Atalía su hija, difundió el contagio de la idolatría en Judá, y por medio de su hijo Joram, en Israel. Sobrevivió a Acab 14 años. Su nombre se hizo proverbial, y fue dado por Juan, probablemente como epíteto descriptivo, a una persona de Tiatira, que en su época se distinguía a semejanza de ella, en estragamiento de costumbres, en malevolencia y perversidad, Apoc. 2:20.

JEZREEL, JEZRAEL o IZREEL, *sembrado por Dios*, l., célebre ciudad de Isacar, diez millas al sur de Nazaret, Jos. 19:18, once millas al noroeste de Bet-san, 2 Sam. 4:4. Acab tenía allí un palacio, 2 Rey. 18:45; 22:39; y esta ciudad se hizo famosa por haber estado en ella la viña de que este despojó a Nabot, 1 Rey. 21, y por la venganza ejecutada en él mismo, 2 Rey. 9:10, 14-37; 10:1-11. El palacio parece haber formado parte del muro oriental que daba hacia la faja de terreno abierto llamada "la heredad de Jezreel;" y el sitio de la atalaya, 2 Rey. 9:17, debe de ser el mismo donde ahora está la gran torre de Zerín. A Jezreel se le llamaba Esdraela en el tiempo de los Macabeos, y ahora la reemplaza una pequeña población árabe en ruinas, llamada Zerín, en el punto noroeste del monte Gilboa. Desde su sitio elevado se obtiene una hermosa vista de la gran llanura de Esdraelón al oeste, y de los cerros que la rodean; y hacia el este domina el extenso y fértil "valle de Jezreel," Jos. 17:16; Jue. 6:33; Ose. 1:5, que corre al este sudeste desde la gran llanura hasta el Jordán, entre Gilboa y el Pequeño Hermón. La "fuente" de Jezreel es un hermoso manantial perenne, que fluye de la base rocallosa de Gilboa a 20 minutos de camino al este de Zerín, y que forma un gran estanque. Allí formó Saúl su campamento antes de la batalla de Gilboa, 1 Sam. 29:1; 31:1-10, y Gedeón antes de la batalla con los Madianitas, Jue. 7:1, 4. Véase Harod.

II. La gran llanura que se halla entre Jezreel y Acre, se llamaba con motivo de las dos ciudades que hay en sus confines, en una parte, "el valle de Megido," 1 Crón. 35:22, y en la parte o rama occidental," el valle de Jezreel," después Esdraelón, Judit 1:8; ahora Merj Ibn'Amir. La parte principal de esta hermosa llanura forma un triángulo que se eleva gradualmente desde el Mediterráneo hasta una altura de 400 pies, y que tiene como 13 o 14 millas de extensión en el lado norte, 17 en el del este, y 20 en el del sudoeste. En la parte occidental es plano, en el este forma algunas ondulaciones, y por último, el monte Gilboa y el Pequeño Hermon lo dividen en tres valles que tienen dos o tres millas de anchura, y van a confundirse con el valle del Jordán. De éstos, el valle de en medio antes descrito es propiamente el valle de Jezreel. El río Kishon lo recorre en su parte noreste. Antiguamente estaba este valle bien regado, y era de una asombrosa fertilidad; pero ahora, a causa de la tiranía y la falta de seguridad que reinan en aquellas regiones, está comparativamente abandonado y desierto. Los caminos reales no se transitan, y las aldeas han cesado en Israel, Jue. 5:6. Hay unas cuantas caseríos, particularmente en los terrenos elevados que lo limitan; y las abundantes cosechas que produce, aun con poco cultivo, manifiestan que podría llegar a ser de nuevo el granero de la Siria. A través de este llano, desde el Carmelo hasta Jezreel, Elías corrió delante del carro de Acab, 1 Rey. 18:46. Ha sido escogido como campo de batalla por muchos ejércitos, así de los Madianitas como de los Amalecitas, Jue. 6:33; 7:1, etc., de los Filisteos en Gilboa, 1 Sam. 29; 31; de los Sirios, 1 Rey. 20:26-30. Allí fueron desbaratadas las huestes de Sisara, Jue. 4; y allí cayó Josías combatiendo contra Faraón Neco, 2 Rey. 23:29. Allí se libraron batallas en las postreras épocas de los Romanos y de los cruzados; y en nuestro siglo cerca del monte Tabor, 1,500 Franceses al mando del general Kleber, sostuvieron el asalto de 25,000 Turcos durante medio día, y fueron auxiliados por Napoleón.

III. Ciudad de Judá, al sudoeste de Hebrón, tal vez la Surtut de nuestras días, lugar del nacimiento de Ahinoam, esposa de David, Jos. 15:56, 1 Sam. 25:43; 27:3.

IV. Descendiente de Judá, 1 Crón. 4:3, probablemente el fundador de la ciudad antedicha III.

V. Nombre dado por Oseas a su hijito, para simbolizar la gran matanza que estaba prediciendo. “La sangre de Jezreel” trae a la memoria las batallas dadas antiguamente en aquella llanura, Ose. 1:4, 5. Lo significativo de su nombre se deja ver claramente en la promesa hecha al pueblo de Dios con respecto a su siembra y cosecha en tiempos posteriores, 2:21-23. Compare Jer. 31:27; Ezeq. 36:9, 10; Zac. 10:9.

JIFTAEL o JEFTAEL, *Dios abre*, un valle al norte de Zabulón, que lo separa de Aser y Neftalí. El nombre aparece en el moderno Jefat, antiguamente Jotápata, famosa altura que mira al valle, nueve millas al norte de Jerusalén, fortificada y defendida largo tiempo contra los Romanos por Josefo.

JOA o JOHA, *Jehová su hermano*, I., canciller de Ezequías, hijo de Asaf, uno de los tres comisionados a Rabsaces, 2 Rey. 18:18, 26, 37; Isa. 36:3, 11, 12. 712 A. C.

II. Tercer hijo de Obed-edom, portero Corita, 1 Crón. 26:4.

III. Llamado también Etán, 1 Crón. 6:21, 42, un Levita de los hijos de Gersón. 726 A. C. Véase también 2 Crón. 29:12.

IV. Hijo de Joacaz y canciller del rey Josías. Ayudó en la reparación del templo, 2 Crón. 34:8. 623 A. C.

JOAB, *Jehová su padre*, I., hijo de Sarvia hermana de David, y hermano de Abisai y Asael, jefe del ejército de David durante casi todo el reinado de este, 2 Sam. 2:13, 28; 10:7; 1 Rey. 11:15; 1 Crón. 27:34. Fue valiente guerrero y hábil general, y estadista sagaz, y su grande influencia en los negocios públicos fue a menudo ejercida en bien de la nación, como en la rebelión de Absalón, y en el censo que se mandó formar de Israel, 2 Sam. 18; 19; 24. Pero como hombre, era altanero, vengativo, y sin miramientos, lo cual lo comprueba la muerte que traidoramente dio a su rival Abner y a su primo Amasa, 2 Sam. 3:27; 20:9, 10, su conducta para con David. 2 Sam. 3:39; 19:5, y su connivencia con este en el asunto de Urías; el haber dado muerte a Absalón, y conspirado con Adonías contra el heredero designado por Dios para el trono; motivos por los cuales fue al fin condenado a muerte por Salomón, y ejecutado al lado del altar, 1 Rey. 2. 1013 A. C.

II. Hijo de Seraías, cuyos descendientes fueron artífices, en hebreo *charashim*, en un valle al norte de Jerusalén, 1 Crón. 4:14; Neh. 11:34.

III. Cabeza de una familia que regresó después de la cautividad, Esd. 2:6; 8:9; Neh. 7:11.

JOACAZ, *Jehová sostiene*, I., hijo y sucesor de Jehú rey de Israel, 856-840 A. C, reinó 17 años. En castigo de sus pecados y los de su pueblo, Israel fue invadido y acosado por los Sirios bajo el mando de Hazael y Batiadad. El rey se humilló ante Dios, y obtuvo socorro por mano de Joás, su hijo, 2 Rey. 13:1-9, 24, 25.

II. Llamado también Salum, 1 Crón. 3:15. tercer hijo y sucesor de Josías rey de Judá, 609 A. C., reinó como tres meses en Jerusalén, y con motivo de su arbitrariedad frustró las esperanzas populares, Ezeq. 19:3. Fue depuesto por Faraón Neco, y murió en Egipto, 2 Rey. 23:30-34; 2 Crón. 36:2-4. Véase también Jer. 22:10-13. Véase Sallum.

III. Nombre dado una vez, 2 Crón. 21:17, a Ocozías. Véase éste.

JOANNA, *gracioso don de Dios*, antecesor de nuestro Señor, probablemente Hananías, 1 Crón. 3:19; Luc. 3:27.

JOACIM, *a quien Jehová levantó*, llamado primero Eliacim, segundo hijo de Josías, hermano y sucesor de Joacaz o Salum, rey de Judá, de quien, con su nuevo nombre, fue puesto de sustituto por él rey de Egipto. Pasó en la molición, la extorsión y la idolatría los once años que estuvo de rey. Asesinó al fiel Urías y ultrajó su cadáver. En el tercer año de su reinado, Nabucodonosor se llevó a Babilonia parte de sus príncipes y tesoros. Un año después, sus aliados los Egipcios fueron derrotados en el Éufrates; con todo, despreció las amonestaciones de Jeremías, y echó su libro al fuego. Por último, se rebeló contra Nabucodonosor, pero fue derrotado, muerto ignominiosamente y enterrado como un asno, 599 A. C., 2 Rey. 23:34, 36; 24:6; 2 Crón. 36:4-8; Jer. 22; 26; 36.

JOAQUÍN, *establecerá Jehová*, hijo y sucesor de Joacim, rey de Judá. 509 A. C., reinó tres meses, y fue entonces deportado a Babilonia por Nabucodonosor en persona, para vengar la alianza que su padre había hecho con Egipto contra Babilonia; con él se llevó a toda su familia, a la flor del pueblo, y los tesoros sagrados y reales. En Babilonia Joaquín estuvo prisionero durante 36 años, pasados los cuales fue puesto en libertad y favorecido por Evil-merodac, 2 Rey. 24:6-16; 25:27; 2 Crón. 36:9, 10. En este último pasaje se dice que tenía ocho años de edad cuando comenzó a reinar. Si en el texto no se ha cometido alguna equivocación apuntando ocho en voz de diez y ocho, como está en el primer pasaje, se puede colegir que reinó diez años en unión de su padre. Se le llama también Conías y Jeconías, 1 Crón. 3:16; Jer. 27:20; 37:1. La predicción hecha en Jer. 22:30 significaba que ningún hijo suyo ocuparía el trono, 1 Cron. 3:17, 18; Mat. 1:12. Fue el último del linaje real de Salomón, y fue sucedido por Salatiel, descendiente de David por el lado de Natan, hermano de Salomón. Véase también Jer. 29:2; Ezeq. 17:12; 19:9.

JOÁS, *otorgado por Jehová*, I., el padre de Gedeón, de la familia de Abiezer en Manasés. Por largo tiempo fue adorador de Baal; pero cuando su hijo atacó con tanto valor la idolatría, él también se puso al lado del Señor, Jue. 6:11, 25-32. 1249 A. C.

II. Descendiente de Sela, gobernante antiguo de Moab, 1 Crón. 4:22.

III. Bravo Benjamita que se reunió a David en Siclag, 1 Cron. 12:3.

IV. Hijo de Acab, nombrado custodio del profeta Miqueas, durante la desastrosa guerra de Acab con Siria, 1 Rey. 22:26; 2 Crón. 18.

V. El séptimo rey de Judá, 878-838 A. C. Fue el único hijo de Ocozías que no fue muerto por la usurpadora Atalía, su abuela. Habiendo sido librado por Josaba su tía, y habiendo sido escondido por seis años en el templo, fue elevado al trono cuando tenía 7 años de edad, por el fiel cuidado de Joiada; y en vida de este hombre venerable, es decir, por el espacio de 23 años, Joás sirvió a Dios y prosperó. Los ídolos fueron extirpados, y el templo fue reparado. Pero después siguió malos consejos; la idolatría revivió, y cuando Zacarías el sumo sacerdote reprendió al culpable pueblo, el ingrato rey hizo que este siervo de Dios, hijo de su bienhechor, fuese muerto a pedradas, Mat. 23:35. En breve acumuló desgracias sobre su cabeza; fue humillado repetidas veces por los Sirios bajo Hazael, y les dio los tesoros del templo como rescate; una molesta enfermedad le amargó la vida que muy pronto le quitaron sus siervos en una conspiración, y no fue sepultado en el sepulcro de los reyes, 2 Rey. 11; 12; 2 Crón. 23; 24.

VI. Hijo y sucesor de Joacaz, rey de Israel, 840-825 A. C. Hubo mucho en su conducta digno de aplauso. Tuvo grandes miramientos hacia el profeta Elíseo, y le visitó en su lecho de muerte, en donde por un oráculo divino se le aseguró que alcanzaría tres victorias sobre los Sirios. Salió también victorioso cuando se vio obligado a librar una batalla a Amasías rey de Judá, y entonces derribó la muralla septentrional de Jerusalén, y despojó el templo. Murió en el año décimo quinto del reinado de Amarías, y fue uno de los mejores reyes de Israel. El culto de los becerros de oro continuó sin embargo, durante su reinado, 2 Rey. 13:9-25; 14:1-8; 2 Crón. 25.

VII. Jefe de una familia benjamita en el reinado de David, 1 Crón. 7:8.

VIII. Oficial de David, 1 Crón. 27:28.

JOB, un afligido, patriarca distinguido por su integridad, su piedad, su riqueza, sus honores, y su felicidad doméstica, a quien Dios permitió, para probar su fe, que fuese privado de sus amigos, de sus bienes y su salud, y sumergido, en suma, en la más profunda aflicción. Vivía en la tierra de Uz, que según se cree generalmente, estaba en la parte oriental de Edom, probablemente no lejos de Bosra.

El Libro de Job ha dado origen a muchas críticas, y todavía sobre muchos puntos con él relacionados existen opiniones muy diversas. Los escépticos han negado que haya sido inspirado, y lo han llamado un simple romance filosófico; pero ninguno que acate la revelación puede aceptar esta opinión, o dudar de que Job fuese una persona real y verdadera. Los escritores inspirados dan testimonio de ambas cosas. Véase Ezeq. 14:14, 16-20; Santiago 5:11, y compárese 1 Cor. 3:19 con Job 5:13. El libro mismo especifica personas, lugares y circunstancias, del mismo modo que una historia verdadera. Además la historia de Job se halla difundida por todo el Oriente; los escritores árabes lo mencionan, y muchas familias mahometanas perpetúan su nombre. Cinco diferentes lugares pretenden estar en posesión de su sepulcro.

No puede decirse a punto fijo en qué época vivió Job; con todo, no puede existir duda en cuanto a su antigüedad patriarcal. El libro parece aludir al diluvio, Job 22:15-17, pero no a los Israelitas como nación, ni tampoco a la destrucción de Sodoma, al éxodo de Egipto y a la promulgación de la ley. No se hace referencia a ninguna orden sacerdotal, y Job mismo era el sacerdote de su casa a semejanza de Noé y Abraham. Se hace alusión en dicho libro a la forma más antigua de idolatría— el culto de los astros— 31:26-28, y al modo más antiguo de escribir, 19:24. La longevidad de Job le coloca también entre los patriarcas. Después de las pruebas a que fue sometido, vivió 140 años y tenía probablemente 60 u 80 años antes de que comenzase a sufrirlas, porque sus hijos estaban ya establecidos, teniendo cada uno de ellos casa aparte, Job 1:4; 42:16. Debió de haber tenido 200 o 220 años cuando murió, mientras que Abraham llegó sólo a la edad de 175 años, siendo “un anciano lleno de días.” La época de grande longevidad por parte de los hombres no había pasado aun enteramente, 15:10. El cronologista Hales coloca la probación de Job antes del nacimiento de Abraham, y Usher cosa de 30 años antes del éxodo, 1521 A. C.

En cuanto al autor del libro, se han emitido muchas opiniones. Este tiene toda la naturalidad de una composición original, no hallándose en sus páginas señales algunas que indiquen que es una traducción; y siendo esto así, su autor debe de haber sido hebreo, puesto que está escrito en el hebreo más puro. El escritor deja comprender además, que estaba bien familiarizado, tanto con las costumbres egipcias como con las árabes, y su estilo es el más elevado de la poesía oriental. Todas estas circunstancias concuerdan con el parecer de los que consideran el libro como escrito por Moisés en Madián. Sin embargo, hay quienes lo atribuyen al mismo Job y a varias otras personas. Presenta un hermoso

bosquejo de la religión patriarcal. Enseña la existencia y las perfecciones de Dios, la creación por él de todas las cosas, y su gobierno universal; la apostasía y culpabilidad de los espíritus malos y de la humanidad; la soberanía de la providencia divina; la misericordia de Dios sobre la base de un sacrificio, y a condición del arrepentimiento y de la fe, 33:27-30; 42:6, 8; la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo, 14:7-15; 19:25-27.

El libro es un poema esmeradamente trabajado sobre una base histórica verdadera. Su tema es la prueba severa que sufrió la religiosidad de Job. He aquí la cuestión: ¿Será esto acaso solamente un cendrado egoísmo? y él fue probado, primero, con la pérdida de sus grandes bienes, y con la de sus siervos y de sus hijos; después con la de la salud, con la censura de su mujer y de sus amigos, y con la aparente privación del favor de Dios. Él implora amargamente que se le dé un refugio en el sepulcro, y una vindicación después de la resurrección y del juicio, cap. 14:13, 15. Nótese especialmente lo que dice después de los cargos enormes que por segunda vez le hacen sus tres amigos, cap. 16:18, 19; 17:8, 9; 19:25-27. El principal problema que se discute en el libro, es el de la justicia de Dios que tolera que el justo sea afligido mientras que el malvado prospera. Se resuelve ese problema haciendo ver que a la vez que la mano de la Providencia se manifiesta en el gobierno de los asuntos humanos, Dios como soberano tiene derecho de elegir su propio tiempo y modo de retribuir tanto por lo malo como por lo bueno, y de someter las virtudes de su pueblo a todas las pruebas que él tenga por conveniente. La solución del problema por medio de las recompensas de la vida futura solamente se insinúa, trayéndose más claramente a luz en el evangelio la inmortalidad y el camino de la vida.

La conferencia de Job y de sus amigos puede dividirse en tres partes: en la primera, Elifaz se dirige a Job, y este le contesta; en seguida Bildad y Job, y Zofar y Job, hablan alternativamente. En la segunda parte, se observa el mismo orden y en la tercera también, con excepción de que después de la respuesta que Job da a Bildad, los tres amigos no tienen ya que alegar, y en lugar de Zofar, un cuarto amigo llamado Elihu toma la palabra, dándose fin a todo con la decisión de Jehová mismo. Los amigos de Job alegan que sus notables penalidades deben haberle sido enviadas en castigo de culpas enormes en extremo, y le exhortan a que confiese sus maldades y se arrepienta. El piadoso patriarca teniendo conciencia de su propia integridad y amor a Dios, y estando por una parte abatido y aturdido por sus terribles castigos, vindica calurosamente su inocencia y manifiesta que los mejores hombres son a veces afligidos con más intensidad; pero olvida que sus pecados internos merecen castigos aún mayores, y si bien repele los asaltos de Satanás, y conserva su fe en Dios, lanza necias acusaciones contra su Creador. Después confiesa humildemente su falta, y es consolado por la sonrisa que nuevamente le concede Dios, mientras que sus amigos son reprendidos por su falta de caridad. Todo el libro está escrito en el estilo más elevado de la poesía hebrea, salvo los dos capítulos introductorios, y una parte del último, que están en prosa. Como poema, está lleno de sentimientos sublimes y valientes, y de expresivas imágenes.

La enfermedad de Job fue, según se cree, la elefantiasis o lepra negra, pues ninguna otra enfermedad conocida corresponde mejor a la descripción, hecha en Job 2:7, 8; 7:5, 13, 14; 19:17; 30:17 - Véase Lepra.

JOCABED, *cuya gloria es Jehová*, esposa de Amram, y madre de Moisés, de Aarón y de María, Núm. 26:59. Fue hija de Leví y tía de su propio marido, Exod. 6:20, aunque tales matrimonios fueron después prohibidos, Lev. 18:12.

JOCMEAM, reunida por el pueblo, ciudad de los Levitas del linaje de Coat, en Efraín, 1 Crón. 6:68, llamada Kibsaím o Cisaím en Jos. 21:22 y Jecmaen en 1 Rey. 4:12.

JOCNEAM, o JECONAM, *poseída por el pueblo*, ciudad de Zabulón, asignada a los Levitas de los hijos de Merari, Jos. 19:11; 21:34. Véase también Jos. 12:22. Ahora es Tell Kaimon, una altura cerca de la extremidad oriental del monte Carmelo.

JOCSÁN, *cazador de aves*, el segundo hijo de Abraham y de Cetura, antepasado de los Sabeanos y Dedanitas de la Arabia meridional, Gén. 25:1-3.

JOCTÁN, *disminuido*, hijo de Heber, y relacionado por medio de él con los Hebreos y otras familias semitas, Gén. 10:25-30; 1 Crón. 1:19-23. Tuvo 13 hijos, y se cree que es Kahtan o Yektan, hasta quien los escritores árabes remontan sus más puras y antiguas genealogías en Arabia Feliz.

JOCTEEL, *sometida por Dios*, l., ciudad en el Shefelah o tierra baja de Judá, ahora Keitulaneh, no lejos de Laquis, Jos. 15:38.

II. Nombre dado a Sela por Amasías, el cual subyugó a Edom por 80 años, 2 Rey. 14:7; 16:6; 2 Crón. 28:17. Véase Sela.

JOEL, *Jehová es Dios*, l., hijo del profeta Samuel. En unión de su hermano menor Abías fue hecho juez por su padre, en la ancianidad de este; pero ambos abusaron vergonzosamente de su cargo, 1 Sam. 8:2-5. Hernán el cantor fue su hijo, 1 Crón. 6:33; 15:17. En 1 Crón. 6:28, aparece Vasni, que significa segundo, y pertenece a Abías, habiéndose dejado de usar el nombre de Joel.

II. Uno de los doce profetas menores, del cual nada se sabe fuera de las pocas indicaciones que él mismo hace en su corta pero valiosa profecía. Vivió en el reino de Judá, y en un tiempo en que el templo, y el culto que en él se rendía, existían todavía, Joel 1:14; 2:1, 15, 32; 3:1. Diferentes autores atribuyen a su profecía diversas fechas; pero la opinión más general es que fue el primero, de los profetas canónicos, excepto Jonás, y que profetizó en el reinado de Uzías, cerca de 800 años A.C.

El Libro de Joel comienza con una gráfica y valiente descripción de la devastación causada por enjambres de diversas langostas, acompañada de una terrible sequía. La plaga de las langostas, uno de los más espantosos azotes del Oriente, (véase Langostas) sugiere a la mente una invasión de legiones hostiles, tales como las que tan a menudo han assolado a Judea; y muchos han entendido que las langostas de que habla Joel eran los Asirios y otros invasores del norte, cap. 1:6; 2:17, 20. El profeta, sin embargo, no se aparta de su metáfora, si acaso lo es; pinta la tierra como privada de su verdor y tostada por la sequía; exhorta al castigado pueblo al ayuno y a la penitencia, y lo anima con la promesa de que se retirarían de él los juicios divinos, y se le devolvería la fertilidad de su suelo. Al describir la restauración de la abundancia y la prosperidad, el profeta fija su vista hacia adelante en un futuro mucho más remoto, y predice la efusión del Espíritu Santo, y las señales y maravillas, y la prosperidad espiritual del reino del Mesías, Joel 2:28. Este pasaje se cita por el apóstol Pedro en Hech. 2:16, en la época en que comenzó su cumplimiento, el cual ha de completarse y cumplirse más tarde. El estilo de Joel es sumamente poético y elegante; sus descripciones son vivas y sublimes, y su profecía se halla colocada entre las joyas de la poesía hebrea. Es a propósito para infundir ánimo a la iglesia militante de todos los siglos.

Otros diez u once individuos de este nombre se mencionan en 1 Crón. 4:35, 41-43; 5:4, 8, 11, 12; 7:3, 4; 11:38; 15:7, 11; 23:8 y 26:22; 27:20; 2 Crón. 29:12, 15; Esd. 10:19, 43; Neh. 11:3, 4, 9.

JOHANÁN, *don de Jehová*, lo mismo que el moderno Juan. I., un Levita de los hijos de Coré, portero del tabernáculo en tiempo de David, 1 Crón. 26:3.

II. Un jefe bajo el gobierno de Josafat, 2 Crón. 17:15; al mando de 280,000 hombres en los alrededores de Jerusalén, vers. 13, 19. Probablemente aliado de Joiada para elevar al trono a Joás, descendiente de David, 2 Crón. 23:1. Se mencionan otros en Esd. 10:28; Neh. 12:13, 42.

III. Hijo de Azarías, de la línea de Sadoc, sumo sacerdote, probablemente en el reinado de Roboam, 1 Rey. 4:2; 1 Crón. 6:9, 10.

IV. Hijo de Carea, uno de los jefes de los judíos que buscaron refugio más allá del Jordán, después de que Jerusalén fue destruida por los Caldeos, 588 A. C., y regresando después de la retirada de estos, reconoció la autoridad de Gedalías, amonestó a este en vano respecto de la trama de Ismael, y vengó su asesinato; pero después llevó al resto del pueblo a Egipto contra las advertencias de Jeremías, quien no pudiendo reprimir su procedimiento rebelde e idolátrico, predijo los juicios divinos que en su debido tiempo se cumplieron, 2 Rey. 25:23-26; Jer. 40-44.

Otros de este nombre se mencionan en 1 Crón. 3:15, 24; 12:4, 12; 2 Crón. 28:12; Esd. 8:12; Neh. 12:22, 23.

JOIADA, *Jehová sabe*, I., el padre de Benaía que fue uno de los valientes de David, 2 Sam. 8:18; 1 Rey. 1; 2. Parece haberse unido a David en Hebrón, como príncipe de los sacerdotes, a la cabeza de 3,700 Aaronitas armados, 1 Crón. 12:27. En 1 Crón. 27:34, parece que los nombres han sido transpuestos.

II. Un Sumo sacerdote durante la usurpación de Atalía, el cual con su esposa Josaba impidió que se cumpliera la amenaza de extinguir la línea de David, salvando al príncipe niño Joás, y ocultándolo en el templo por seis años. Joiada entonces secretamente se aseguró del auxilio de los amigos de David y de Dios, reunió a los Levitas en Jerusalén, los armó con las picas y los escudos que habían sido de David y que estaban en el templo, y en plena reunión del pueblo sacó al joven príncipe, lo coronó, lo ungió de rey, y le dio el libro de la ley que debía ser su guía, Deut. 17:18-20, e hizo que dieran muerte a Atalía fuera de las puertas del templo. En seguida pactó con el pueblo el abandono del culto de Baal, y el completo restablecimiento del que era debido a Dios. Siguió siendo por largo tiempo el consejero del joven rey, y su sabiduría y su piedad contribuyeron en gran manera a la bendición y prosperidad de la nación, hasta que murió 834 A. C., a la edad de 130 años. Fue sepultado con honores reales; pero en breve tanto el rey como el pueblo se desviaron del camino que les había trazado. Véase Joás, Zacarías.

III. Un *sagan* o segundo sacerdote, ayudante del Sumo Sacerdote bajo el reinado de Sedequías, Jer. 29:25-29, depuesto por haberse adherido a Jeremías.

IV. Uno que dio auxilio en la reconstrucción de los muros de Jerusalén después de la cautividad, Neh. 3:6.

JOIARIB, *Dios un defensor*, 1 Cró. 9:10. Cabeza de la primera de las 24 compañías de sacerdotes de David. Algunos de los hijos de Joiarib volvieron después de la cautividad, Neh. 11:10.

JONADAB, *con quien Dios es liberal*, I., Hijo de Simea, el astuto y malvado sobrino de David, y falso amigo de Amnón, 2 Sam. 13:3-5. Parece que hacía tiempo conocía el designio de Absalón de vengar en Amnón la deshonra de su hermana, y excusó muy fríamente el asesinato de su amigo, ver. 32-35.

II. Un Cineo, hijo de Recab, descendiente de Hobab, cuñado de Moisés. Estaba a la cabeza de los Recabitas en tiempo de Jehú, y les mandó, según parece, que se abstuvieran del vino y de morar en tiendas, 1 Crón. 2:55; Jer.35:6-19. Véase Recabitas. Jehú lo invitó como hombre de influencia, a que presenciara su “celo por el Señor” en la matanza que hizo de los adoradores de Baal, 2 Rey. 10:15-23.

JONÁN, *dado por Dios*, un antepasado de Cristo, Luc. 3:30.

JONÁS, *paloma*, I., el hijo de Amitai, y el quinto de los profetas menores, era natural de Gat-hefer en Zabulón, 2 Reyes 14:25. Habiéndole mandado Dios que profetizase en contra de Nínive, probablemente en el reinado de Jeroboam segundo, o poco antes, el cual comenzó en 825 A. C., procuró evadir este mandato embarcándose en Jope para Tarsis, con el objeto de huir tan lejos como le fuera posible en la dirección opuesta; compare Gén. 3:8-10; Sal. 139:7-12; Jer. 23:24. Pero siendo alcanzado por una borrasca, a petición suya lo arrojaron al mar; mas siendo tragado por un pez de gran tamaño, se salvó milagrosamente. Véase Ballena. Varias leyendas griegas y romanas han tomado por tema este suceso. Después de tres días, lo cual es tipo de la permanencia de nuestro Señor en el sepulcro, Lucas 11:29-32; 1 Cor. 15:4, el pescado arrojó a Jonás sobre la playa, tal vez cerca de Zidón; el Señor mandó por segunda vez que se dirigiera a Nínive, y él obedeció. Las alusiones que hace en su narración acerca del gran tamaño y población de esta ciudad, se confirman por otras relaciones antiguas, y por investigaciones modernas. Véase Nínive.

La liberación milagrosa de Jonás debió de saberse en Nínive y de haberle preparado el camino para el desempeño de su misión, Luc. 11:30. A la palabra amonestadora del profeta, el rey proclamó un ayuno rígido, los Ninivitas se arrepintieron y la destrucción con que se les amenazó fue diferida; pero con motivo de los sentimientos que expresó Jonás al ver que sus predicciones no se cumplían y que los enemigos del pueblo de Dios eran perdonados por algún tiempo, Dios hubo de ejercer nuevamente su tolerancia para con él. Véase Calabaza. La opinión general de los comentaristas es que, en cuanto a tiempo, Jonás fue el primero de los profetas canónicos, y que había profetizado en Israel muchos años antes de haber sido enviado a Nínive.

Que los sucesos tuvieron lugar tal cual han sido narrados es punto bien comprobado por las repetidas citas que nuestro Señor hace de aquella historia, Mat. 12:39-41; 16:4; Luc. 11:29-32. Ella es muy instructiva, por cuanto manifiesta que el gobierno providencial de Dios se extiende a todas las naciones paganas, y que su gracia nunca se ha circunscrito al pueblo del pacto.

II. El padre de Simón Pedro, Mat. 16:17.

JONATÁN, *don de Jehová*, I., un Levita, hijo de Gersón, quien después de la muerte de Josué sirvió impíamente como sacerdote, primero a Micás, y después a los Danitas en Lais o Dan, en donde su posteridad le sucedió por un largo periodo, Jue. 17:18.

II. El mayor de los cuatro hijos de Saúl, 1 Crón. 8:33, y uno de los personajes más amables que se hallan en la historia del Antiguo Testamento. La narración de su brillante hazaña en Micmás, 1 Sam. 13 y 14, pone de manifiesto su piadosa fe, su valentía (véase también 1 Sam. 13:3, cuando tenía como 30 años de edad), y el favor que gozaba del pueblo, el cual no permitió que se le condenase a muerte a consecuencia del necio voto de Saúl. Este valiente y generoso príncipe “fuerte como un león y ligero como una águila,” 2 Sam. 1:23, amaba a David como a su propia alma, 1 Sam. 18:1-4; 19:2; 20; y estando convencido de que su amigo había sido elegido por Dios para el trono, renunció noblemente a sus

propios derechos, y concilio la fidelidad que debía a su padre con la más pura y desinteresada amistad por David, 1 Sam. 23:16-18. Fue tipo de los fieles amigos de Dios, observadores de su pacto, mientras que Saúl lo fue del falso y del apóstata Israel. Pereció con su padre en la batalla dada a los Filisteos en el monte Gilboa, y nada puede sobrepujar la belleza y ternura de la elegía en que David lamenta a su amigo, 2 Sam. 1, a cuyo único hijo Mefiboset buscó y protegió después, 2 Sam. 9.

III. Sobrino de David, hijo de Soma, 2 Sam. 21:21; 1 Crón. 20:7. Tal vez el tío de David, esto es, pariente—aquel a que se hace referencia en 1 Crón. 27:32.

IV. Hijo de Abiatar el sumo sacerdote, veloz y fiel mensajero, 2 Sam. 13:27, 36; 17:15-21; 1 Rey. 1:41-49.

V. Hijo y sucesor de Joíada el sumo sacerdote, Neh. 12:11.

Otros ocho del mismo nombre se mencionan en 2 Sam. 23:32 con 1 Crón. 11:34; 1 Crón. 2:32, 33; Esd. 8:6; 10:15; Neh. 12:14, 35; Jer. 37:15, 20; 40:8. Compárese 2 Rey. 25:23.

JOPE, Hebreo *Japho*, belleza, es uno de los más antiguos puertos del mundo. Era una ciudad fronteriza de la tribu de Dan, Jos. 19:46; Jue. 5:17, en la costa del Mediterráneo, 30 millas al sur de Cesárea, y como 35 al noroeste de Jerusalén. Es un puerto de poco fondo y no bien protegido de los vientos; pero a causa de su proximidad a Jerusalén, llegó a ser el principal de Judea, y es todavía el gran desembarcadero de los peregrinos, Allí se desembarcaron los materiales para la construcción del primero y del segundo templo, enviados del Líbano y de Tiro, 2 Crón. 2:16; Esd. 3:7; allí se embarcó Jonás para Tarsis. Allí también resucitó Pedro a Dorcas, y en la casa de Simón el curtidor, junto a la orilla del mar, se le enseñó por medio de una visión celestial, que la salvación era para los Gentiles del mismo modo que para los judíos, Hech. 9-11. Jope fue dos veces destruida por los Romanos bajo el gobierno de Cestio y Vespasiano, habiendo llegado a ser una guarida de piratas. Fue el asiento de una iglesia cristiana por algunos siglos después de Constantino. Durante las cruzadas, cambió varias veces de dueños; y en los tiempos modernos, 1799, fue atacada y saqueada por los Franceses, y 1,200 prisioneros turcos, que se dice faltaron a su palabra, fueron condenados a muerte.

La actual ciudad de Jafifa o Yafa está situada en un promontorio que se avanza en el mar. Se eleva a la altura de cosa de 150 pies, está coronada de una fortaleza, y ofrece por todos lados una perspectiva pintoresca y variada. Hacia el oeste se extiende el mar abierto, y hacia el sur la llanura de Filistia que llega hasta Gaza; por el lado del norte, hasta el Carmelo, se presentan los floridos prados del Sarón; y por el este, los cerros de Efraín y de Judá levantan sus encumbradas cimas. La ciudad está amurallada por la parte del sur y del este hacia la tierra, y parcialmente también por el lado del norte y del oeste hacia el mar. Sus alrededores, más allá de las lomas arenosas de la playa, están llenos de jardines y huertos. Desde el mar la ciudad se ve como un montón de edificios tan apiñados como es dable hacerlo dentro de un espacio dado; y a causa de lo empinado del terreno aquellos en algunos lugares parecen contruidos unos sobre otros. Las calles son muy angostas, disparejas y desaseadas, y más bien podrían llamarse callejuelas. Calcúlase que los habitantes ascienden a 13,000. Más de la mitad de estos son Turcos y Árabes. Hay varias mezquitas, y una iglesia latina, otra griega y otra armenia, cada cual con su pequeño convento para la recepción de peregrinos.

JORAM, *exaltado por Jehová*, I., hijo de Acab rey de Israel y de Jezabel, sucedió a su hermano mayor Ocozías en el trono, 896 A. C., y reinó 12 años. Suspendió el culto de Baal, pero siguió el “pecado de Jeroboam,” 2 Rey. 3:2, 3. Durante su reinado, los Moabitas se rebelaron. Joram consiguió el auxilio de Josafat rey de Judá; y después de haber sido librado milagrosamente de una sequía, en obsequio a sus

aliados, derrotó a los Moabitas y les causó considerables estragos, 2 Rey. 3:4-27, si bien es cierto que se retiró sin efectuar una conquista permanente. No mucho después se vio empeñado en una guerra con Benadad, rey de Siria, y Hazael su sucesor; y por ese tiempo tuvo lugar la liberación milagrosa de Samaria del sitio y del hambre, así como varios milagros de Elíseo, incluyendo la curación de Naamán, 2 Rey. 4-8. Joram fue herido en una batalla con Hazael, 2 Rey. 8:28, 29, y halló la muerte en los suburbios de Ramot de Galaad, a manos de Jehú su general. Su cuerpo fue arrojado en el campo de Nabot, en Jezreel, y con él pereció la raza de Acab, 2 Rey. 9:14-26. Compare 1 Rey. 21:18-29.

II. El hijo y sucesor de Josafat, rey de Judá. Reinó con su padre cuatro años, desde 889 A. C. y otros cuatro él solo, ocho por todo. Desgraciadamente se casó con Atalía, hija de Acab y Jezabel, cuya mala influencia contribuyó mucho a que su reino fuese una maldición para su país. Dio muerte a sus propios hermanos, que eran cinco, y se apoderó de sus bienes. Además introdujo en Judá los ídolos fenicios y su culto. La ira divina anunciada por Elías se manifestó en dejarlo sin auxilio en una rebelión de los Idumeos, y en las repetidas invasiones que le hicieron los Filisteos y los Árabes. Su país, su ciudad y su propia casa fueron saqueados; y su cuerpo fue afligido de una espantosa disentería; murió sin dejar de sí deseo, y le sepultaron en la ciudad de David, mas no en los sepulcros de los reyes, 2 Rey. 8:16-24; 2 Crón. 21.

JORDÁN, *el que desciende*, en hebreo siempre se le llama “el Jordán” excepto en Job 42:23; Sal. 42:6, el río principal de Palestina, que corre de norte a sur, y dividía la Tierra Santa en dos partes, de las cuales la mayor y más importante se hallaba al oeste. Hay dos pequeñas corrientes, cada una de las cuales se tiene como origen de este río. Una de ellas, cerca de Banias, antiguamente Cesárea de Filipos, nace de una gran cueva que se halla en el costado rocalloso de una montaña, y corre por distancia de varias millas hacia el sudoeste, en donde se le reúne la otra corriente que es mayor y que proviene de un manantial que brota en Tell-el-Kady, tres millas al oeste de Banias. Pero además de éstas, hay varios arroyos en las montañas del oeste, y especialmente una tercera corriente más considerable, la Hasbany, que dimana de más allá del límite septentrional de Palestina, cerca de Has-beiya, en el costado occidental del monte Hermón, a una elevación de 1,700 pies sobre el Mediterráneo, que corre 24 millas al sur, y se une con las otras corrientes, antes de que entren a “las aguas de Merom,” llamado ahora Lago Huleh. Este lago, o más bien ciénaga, cuando está lleno, tiene como siete millas de largo, y recibe otras varias pero pequeñas corrientes, principalmente del oeste. Véase Merom. Saliendo del lago Huleh, el Jordán corre como nueve millas hacia el sur, y desciende 690 pies, hasta llegar al Mar de Tiberias, dentro del cual puede notarse su corriente por 12 millas, hasta llegar a la extremidad más baja de dicho mar. De allí prosigue su sinuoso curso hacia el sur, en un trecho de 65 millas en línea recta, hasta que sus aguas puras se pierden en el amargo Mar de Sodoma: tránsito admirable, en un espacio de 140 millas en línea recta, desde las nieves del Hermón hasta el valle de Jericó, uno de los lugares más cálidos del globo, con un descenso de cerca de 3,000 pies.

Entre los dos mares, el de Tiberias y el Muerto, se extiende el gran valle o llanura del Jordán, 2 Rey. 25:4; 2 Crón. 4:17, llamada por los Árabes el-Ghor, la hondonada. Su anchura media es de cosa de 5 millas; pero cerca de Jericó es de 12. Está limitado en ambos lados, en casi toda su longitud, por cerros que bruscamente se levantan en la extremidad occidental, elevándose a una altura de mil o mil doscientos pies, y más gradualmente por el este, pero con una altura dos veces mayor. Este valle es excesivamente cálido, y excepto donde está regado por manantiales o riachuelos, es arenoso y está destituido de vegetación. Se halla cubierto en muchas partes por innumerables moles en figura de conos, y algunas veces contiene terrados más bajos y angostos, de carácter semejante, y quizá de una octava de milla de anchura. A través de este valle inferior el río emprende su tortuoso curso por un cauce de un nivel de 15 a 50 pies más bajo que el de los terrenos adyacentes. Los bordes de sus márgenes están cubiertos de

espesas arboledas y matorrales en que se notan los sauces, los tamariscos y las adelfas; y en muchos lugares retroceden y dejan así mayor espacio a la vegetación. En su parte superior es fértil y está cultivado, mientras que el bajo Jordán está cubierto de numerosos cañaverales. Los bosques adyacentes al río servían antiguamente de retiro a las fieras, las cuales por supuesto eran arrojadas de allí por las inundaciones, dando esto lugar a la figura de: “He aquí que como león subirá de la creciente del Jordán,” Jer. 49:19; 50:44. Puede ser que el cauce del río sea hoy día más profundo de lo que era en otros tiempos; pero aun ahora se inundan en la primavera no solo los espacios que hay entre los bordes de sus márgenes, sino en muchos lugares también las márgenes mismas, 1 Crón. 12:15. El Teniente Lynch de la marina de los Estados Unidos, que atravesó el Jordán en 1848, asegura que aunque la distancia del Mar de Galilea al Mar Muerto es sólo de 65 millas en línea recta, el río mide doscientas en ese espacio, a causa de sus innumerables curvas. Su anchura varía en diferentes puntos de 75 a 200 pies, y su profundidad de tres a doce.

Su volumen de agua difiere extraordinariamente en diferentes estaciones, y de año en año. Su corriente es por lo general veloz e impetuosa; y tiene numerosas caídas y cataratas de las cuales no menos que 27 se mencionan por el Teniente Lynch como peligrosas aun para sus botes metálicos. El Mar de Tiberias se halla 682 pies bajo el nivel del Mediterráneo, y el Muerto a 1,292 pies; por lo tanto el descenso del Jordán entre los dos mares es de 610 pies. Las aguas del Jordán son frescas y suaves, y aunque turbias, abundan como las del Mar de Galilea en peces. Está atravesado por un antiguo puente de piedra abajo del lago Huleh, y existen todavía fragmentos de otro, a corta distancia de la parte meridional del Mar de Tiberias. Varios vados, que podían usarse en las estaciones ordinarias, se mencionan en la Escritura, Jue. 3:28; 12:5; 2 Sam. 17:22-24; uno de ellos estaba en frente de Jericó; otro un poco arriba de la desembocadura del Jabbok, y otro entre Succot y Jerás. Se usaban también barcas de transporte, 2 Sam. 19:17, 18, 39. Véase Mar, IV.

Fue durante “la crecida anual del Jordán,” cuando Josué y los Israelitas lo pasaron, Jos. 3:15. Con todo, la corriente veloz y caudalosa detuvo su curso en frente de Jericó, y mientras las aguas que quedaban abajo de la ciudad corrieron al mar, las de la parte de arriba cesaron milagrosamente de correr y dejaron en el lecho del río un paso amplio para las huestes de Israel. Más tarde Elías y Eliseo pasaron milagrosamente el Jordán, 2 Rey. 2:8, 14. En las aguas de ese río fue curada la lepra de Naamán, y el hierro de una hacha que se había perdido, flotó en ellos por mandato de Eliseo, 2 Rey. 5:14; 6:6. Fue también en el Jordán donde nuestro Señor fue bautizado. Mat. 3:13; y este acontecimiento se conmemora a mediados de Abril de cada año, por miles de peregrinos de varias sectas denominadas cristianas, quienes en un día dado, y bajo la protección de una fuerte escolta turca, visitan el río sagrado, beben de sus aguas y se bañan en ellas, y después de una hora o dos vuelven a Jerusalén. Véase Arabah.

Los principales brazos del Jordán son el Yermak, antiguamente Hieromax, que es muy grande, y el Jabbok en el este. Hay varios riachuelos y muchos arroyos que bajan de las montañas y que se secan más o menos pronto en el verano. La frase “del otro lado del Jordán,” generalmente indica el lado oriental del río; pero antes de la conquista de Josué, significaba por el contrario el lado occidental.

En la actualidad, el Jordán se pierde en el Mar Muerto; pero muchos han supuesto que en tiempos muy antiguos, antes de la destrucción de las ciudades del valle de Sodoma, el Jordán pasaba por el Mar Muerto y la llanura de Sidim, y continuaba su curso hacia el sur al golfo elanítico del Mar Rojo. Se ha descubierto que la extremidad meridional del Mar Muerto está unida con el golfo elanítico o de Akaba, por el gran valle llamado el Arabah, el cual no es sino una continuación de el-Ghor, el valle del Jordán. Véase el mapa en Éxodo. Este valle sigue su curso entre el sur y el sur-sudoeste. Su longitud desde el Mar Muerto hasta Akaba tiene como cien millas en línea recta. Desde la extremidad del Mar Muerto, se

extiende una llanura arenosa hacia el sur entre los cerros, y al mismo nivel del mar, por espacio de ocho o diez millas, en donde queda interrumpida por una cadena de peñascos gredosos, de 60 a 80 pies de altura, que corre casi al través del valle, pero en su extremidad meridional le deja la entrada a un llano de casi media milla de ancho, que corre por muchas millas hacia el sur, en dirección del ancho y desierto valle el-Arabah; va al fin a salir a éste y conduce sus aguas al Mar Muerto. Los peñascos a que antes nos referimos, tal vez el Akra-bim de la Biblia, demarcan el término de el-Ghor, y el principio de el-Arabah, que desde allí se prolonga sin interrupción hasta Akaba. El Arabah está limitado en uno y otro lado por una cadena de montañas; pero en el verano las corrientes que descienden de éstas se pierden en sus lechos cascajosos antes de llegar al valle de abajo; de manera que esta planicie inferior está en el verano enteramente sin agua, que es la única cosa que puede producir verdura en los desiertos árabes y hacerlos habitables. No hay el menor indicio de caminos o de alguna obra del arte humano en ninguna parte de este valle. La opinión de que el Jordán lo atravesaba antiguamente se ha demostrado ser insostenible por el hecho de que el Mar Muerto se halla casi 1,300 pies más bajo que el golfo de Akaba, y de que la mayor parte de la región intermedia derrama ahora sus corrientes hacia el norte, en el Mar Muerto. Por supuesto que el Jordán debe también haberse detenido allí desde los tiempos más antiguos, como lo hace ahora, a no ser que, según los sorprendentes teorías del Teniente Lynch y de otros, el Mar Muerto, y con él—aunque menos profundamente—todo el valle tanto hacia el norte como hacia el sur, se hayan sumergido desde un nivel más alto hasta la profundidad en que ahora se hallan, tal vez mucho tiempo antes de aquella espantosa catástrofe de que Lot escapó hallando refugio en el “monte,” Gén. 19:17-28,30. Véase Mar, III.

JORNAL, era pagado en género y en plata, Exód. 2:9. Durante la época de Cristo, un jornalero de labranza ganaba un “denario,” como 16 cts., al día, Mat. 20:2-13. Tanto la ley como el evangelio, prescribían el pago oportuno y completo, o su justo equivalente, por todos los servicios rendidos en conformidad con un arreglo, Lev. 19:13; Deut. 24:14, 15; Jer. 22:13; Mal. 3:5. La retención de jornales devengados es denunciada como cruel injusticia, Sant. 5:4. La muerte eterna es la paga o justa recompensa del pecado; mientras que por otra parte, la vida eterna no es un premio ganado por la obediencia, sino la dádiva soberana de Dios, Rom. 6:22, 23.

JORNALERO, un obrero empleado por tiempo limitado, Job 14:6, y cuyo salario debía ser pagado prontamente, Lev. 19:13; Sant. 5:4. “Los años de un mozo de soldada,” es una expresión que significa un tiempo medido con exactitud, Isa. 16:14; 21:16. En tiempo de nuestro Señor, el jornal de un obrero era un denario, Mat. 20:1-14. El jornalero tenía menos interés en el trabajo que el propietario, Juan 10:12, 13.

JOSABA, *juramento de Jehová*, hija de Joram y tía de Joás rey de Judá, y la que le salvó la vida en la niñez, pesar de los designios de Atalía, 2 Rey. 11:1-3. Su marido fue Joíada, el noble sumo sacerdote, el único de su clase que se sabe que haya sido casado con una mujer de la familia real. Véase Joíada.

JOSACAR, *recordado por Dios*, Moabita, uno de los asesinos de Joás, que fue muerto por manos extranjeras, por haber dado culto a dioses extranjeros, 2 Reyes 12:21.

JOSADAC, *justificado por Dios*, hijo de Seraías, sumo sacerdote bajo Sedequías, 1 Crón 6:14, 15. Sucedió a su padre, que fue muerto en Ribla, 2 Rey. 25:18-21, pero fue inmediatamente llevado cautivo y murió en el destierro. Véase Josué IV.

JOSADAC, I., sumo sacerdote, padre de Josué, Hag. 1:1.

II. Esdras 3:2, 8; 5:2; 10:18; Neh. 12:26.

JOSAFAT, *Dios juzga*, I., el cuarto rey de Judá después de Salomón, el piadoso hijo y sucesor de Asa. Comenzó a reinar a la edad de 35 años, por el año 914 A. C., y reinó 25 años. Su historia se halla en 1 Rey. 15:24; 22; 2 Crón. 17-20. Se distinguió por su celo por la verdadera religión, y su firme confianza en Dios. Él limpió el país enteramente de la idolatría, restableció las ordenanzas divinas, hizo ocupar los puestos más elevados de la iglesia y del estado por los mejores hombres, y fomentó la instrucción religiosa del pueblo. Su gobierno fue sumamente próspero, tanto interior como exteriormente. El mayor error de su vida consistió en haber formado alianza con el impío Acab, cuya infame hija Atalía comenzó desde un principio a afligir el reino de Judá, del cual fue reina mediante su casamiento con Joram, el hijo mayor de Josafat. Josafat fue comprometido por Acab en una guerra infortunada con los Asirios, pero en breve volvió a emprender sus trabajos en favor de la religión y la justicia. Habiendo fracasado en una empresa comercial con Ocozías, rehusó hacer una segunda tentativa, 1 Rey. 22:48, 49; pero se unió a Joram, su sucesor, en una guerra con Moab. Esto parece que dio lugar a que fuera atacado por numerosas huestes de Moabitas, Amonitas, Idumeos y Sirios; pero salió de nuevo victorioso a causa de su fe en Dios, con la que dio ánimo a su pueblo después de un memorable ayuno y de haber orado en el templo. Murió a la edad de 60 años.

II. Otros cuatro individuos de este nombre se mencionan en 2 Sam. 8:16; 1 Rey. 4:3, 17; 2 Rey. 9:2, 14.

III. Josafat, valle de, o valle del Juicio de Dios, nombre metafórico dado al lugar en donde Dios juzgará a los enemigos y opresores de su pueblo, Joel 3:2, 12. No hay fundamento para aplicarlo a ninguna localidad conocida, o para relacionarlo, si no es por vía de ejemplificación, con la que fue teatro de la gran batalla de Josafat, descrita en 2 Crón. 20. Desde el tercer siglo, sin embargo, se ha aplicado este nombre al profundo y angosto valle que está al este de Jerusalén, y que corre de norte a sur entre la ciudad y el monte de los Olivos, llamado en la Biblia el arroyo Cedrón. Véase Jerusalén.

JOSÉ o JOSÉF, I., *remoción* y *aumento*, implicándose ambos significados en Gén. 30:23, 24, es decir, la cesación de un reproche y la esperanza de otro hijo, Gén. 35:17. Fue hijo de la ancianidad de Jacob y el mayor de los dos que tuvo de su amada Raquel, 37:3, y por estas razones, así como por su admirable índole, era especialmente amado de su padre, quien tal vez se propuso, al hacerle el presente de la túnica nueva, otorgarle los derechos de la primogenitura, como el hijo de su primera mujer, en lugar de Rubén que los había perdido, Gén. 35:22; 1 Crón. 5:1. Nació en Mesopotamia, Gén. 39:22-24, 1747 A. C. Hizo de su vida digna de recordación por la maravillosa providencia de Dios que lo levantó desde la prisión hasta el puesto de gran visir de Egipto, y que lo honró haciéndolo el agente por medio del cual se salvaron innumerables vidas humanas. La historia de la predilección que por él manifestó su padre; de su protesta contra los pecados de sus hermanos; de la envidia y hostilidad de estos; de sus sueños proféticos; de la venta que de él hicieron sus hermanos a los Madianitas, y estos a Potifar en Egipto; del favor divino que disfrutó por su vida pura y prudente; de la prisión que sufrió de tres a doce años a causa de su virtud; de su maravillosa elevación al poder, y del uso sabio que de él hizo en bien de la nación; del tierno y reverente cuidado que tuvo de su padre; de su magnanimidad para con sus hermanos, y de su fe en el porvenir del pueblo escogido de Dios, es una de las más bellas e instructivas de la Biblia, y está referida de un modo inimitable por su naturalidad y sencillez. Es demasiado hermosa para poderse abreviar, y demasiado conocida para su íntegra repetición. Arroja mucha luz sobre el asunto de la vigilante providencia de Dios, que lo abarca todo, así lo grande como lo pequeño, en el perpetuo desenvolvimiento de su plan universal.

No hay narración en la Biblia que ejemplifique de una manera más notable cuánto protege y eleva el temor de Dios, y qué valor tiene especialmente para la juventud. La contemplación de este ser amable, de piedad filial y de inquebrantable fe, de dominio sobre sí mismo en la juventud y de paciencia en la adversidad, de discreción y de fidelidad en todas las circunstancias de la vida, que andaba serenamente con Dios a todo trance, y que en la muerte puso en sus manos tanto el alma como el cuerpo, Heb. 11:12, puede muy bien inducir al joven lector a exclamar, “¡Oh, que el Dios de José fuera mi Dios!” Gén. 37:39-50. Hay varios puntos de semejanza notable en la historia de José con la de Cristo: José fue especialmente amado de su padre, rechazado por sus hermanos, y se hizo siervo en beneficio de estos; vivió en obediencia a la ley, fue dotado de sabiduría celestial, y tentado por el mundo, el demonio y la carne, pero salió victorioso; fue aprisionado por algún tiempo, como lo fue Cristo en el sepulcro, y sin embargo, fue después ensalzado para proveer el pan de la vida y de la salvación a su pueblo. Tenía 17 años de edad cuando fue vendido, 30 cuando llegó a ser Señor de Egipto, 39 cuando su padre y sus hermanos fueron a morar en Gesem. Murió a la edad de 110, 1637 A. C., y cuando los Israelitas, siglo y medio después, salieron de Egipto, llevaron con ellos sus restos, y por último, lo sepultaron en Siquem, Exod. 13:19; Jos. 24:32. Una tumba mahometana cubre el sitio considerado generalmente, y tal vez con razón, como el lugar de su sepultura. Es un cercado bajo de piedra, y se halla en sosegado aislamiento entre altos árboles, en la entrada oriental del valle de Siquem, a la derecha de la vereda transitada por los viajeros y más cerca del monte Ebal que del monte Garizim.

La historia de José se confirma de una manera notable por los monumentos egipcios, que nos han conservado muchísimos rasgos de la vida nacional de aquella época antigua, tal como se mencionan de paso en la Biblia. José se casó con la princesa Asenat, hija de Potifar, sacerdote de On; y sus dos hijos, Manasés y Efraín, Gén. 41:50, a quienes adoptó Jacob, 48:5, llegaron a ser cabezas de dos de las doce tribus de Israel.

II. Hijo de Helí (véase Luc. 3:23) y marido de María la madre de Cristo. Su genealogía se halla trazada en Mat. 1:1-15, hasta David, Judá y Abraham, y era reconocido como del linaje de David, Mat. 1:20, Luc. 2:4; Juan 1:45. Véase Genealogía. Tenía su residencia en Nazaret en Galilea, en donde seguía el oficio de carpintero, el cual Cristo practicaba también, Mar. 6:3. Fue hombre piadoso y honorable como aparece de la conducta que observó siempre con María y el hijo de esta, Mat. 1:18-25. Tuvo cuatro manifestaciones distintas de la voluntad de Dios con respecto a él, Mat. 1:20; 2:13, 19, 22, y todas las obedeció con prontitud. Tanto él como María asistieron a la pascua, en Jerusalén, cuando Cristo tenía doce años de edad, Luc. 2:41-51; y como no se dice nada más de él en la narración sagrada, y como Cristo encomendó a María al cuidado de uno de sus discípulos, se supone generalmente que murió antes de que Cristo comenzase su ministerio público. Parece haber sido bien conocido entre los judíos. Mar. 6:3; Juan 6:42.

III. Natural de Arimatea, pero en la época de la crucifixión de Cristo residía en Jerusalén. Creía sin duda en el Mesías, y “esperaba el reino de Dios.” Era miembro del Sanedrín judío, y se opuso en vano al acto por el cual condenaron al Salvador, Luc. 23:51. Cuando todo concluyó, se dirigió atrevidamente a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús.

IV. Justo, un discípulo de Cristo, llamado también Barsabas. Véase Barsabas.

V. Uno de los hermanos de nuestro Señor, Mat. 13:35; Mar. 6:3. Los hermanos de Cristo no creyeron en él al principio, pero después de su resurrección fueron contados entre sus discípulos, Juan 2:12; 7:5; Heb. 1:14.

VI. Hijo de Cleofas y de María, identificado por algunos con el que queda mencionado, Mat. 27:56. Véase Santiago II y III.

Varios otros de este nombre se mencionan en Núm. 13:7; Esd. 10:42; Neh. 12:14; Luc. 3:24, 26, 30.

JOSÍAS, *a quien Jehová sana*, I., hijo de Amón que tuvo corta vida, y de la piadosa Tedida, y bisnieto de Ezequías; fue el 14<sup>o</sup> rey después de Salomón, y uno de los más nobles de su descendencia. Comenzó a reinar 641 A. C., a la edad de 8 años, y reinó 31, durante los cuales llevó a cabo grandes reformas en el culto del templo, y en el carácter religioso de la nación en general. Ningún rey se dedicó con más empeño a destruir todos los vestigios de la idolatría en la tierra de Judá. Comenzó esta obra cuando tenía sólo 16 años de edad, 2 Crón. 34:3, y a los 20 tomó las medidas más enérgicas, extendiendo su celo iconoclasta aun al reino de Israel, en dirección al norte hasta Neftalí, 2 Reyes 23:15-20; 2 Crón. 34:6, profanando los altares de los ídolos de Betel, quemando en ellos los huesos sacados de las tumbas de sus difuntos sacerdotes, según había sido predicho más de tres siglos antes, 1 Rey. 13:2. Desde esta época data Jeremías algunas de sus predicciones, Jer. 25:3. En el año 18 de su reinado Helcías, el Sumo Sacerdote, en tanto que purificaba y mejoraba el templo por mandato suyo, halló allí un ejemplar de los cinco libros de la ley, tal vez el original escrito por la mano misma de Moisés. 2 Crón. 34:14. El libro sagrado estaba descuidado en aquellos días de decadencia, y aun el piadoso Josías parece haberse impresionado con las palabras de los últimos capítulos del Deuteronomio, como si nunca los hubiera leído hasta entonces. Para evitar los juicios con que allí se amenazaba, se humilló ante Dios, y procuró conducir al pueblo al arrepentimiento. Al efecto lo reunió, le leyó parte del libro de la ley, hizo que renovase su pacto con Jehová, y celebró la pascua con una solemnidad semejante a la de su primera institución. Pero el arrepentimiento del pueblo fue superficial, y no apartó de este los juicios divinos. A Josías, sin embargo, se le libró del mal que, según la predicción de Huida, había de sobrevenir, 2 Crón. 34:22-28. Encontró él la muerte en una batalla que tuvo con Faraón Neco rey de Egipto, cuyo paso a través de su territorio para ir a atacar al rey de Asiria, Josías se creyó obligado a resistir sin consultar a Jehová, ni el prudente consejo de Salomón, Prov. 17:14; 26:17. Faraón Neco fue por mar a Acco, y lo amonestó con palabras que procedían “de la boca de Dios;” con todo, Josías le salió al encuentro en el gran campo de batalla de Esdraelón, recibió una herida mortal cerca de Megido, y murió poco después estando en camino para Jerusalén. La muerte del sabio y piadoso rey fue profundamente lamentada por el profeta Jeremías y por todo el pueblo. Jeremías compuso una elegía para el uso del pueblo, 2 Crón. 35:25, y el duelo que se observó por él se menciona en Zac. 12:10, 11, como tipo del duelo que Israel penitente observó por el Mesías. Su historia se refiere en 2 Rey. 22; 23; 2 Crón. 34 y 35, y probablemente en Jer. 1-12. Su desdichado término, puede servirnos de escarmiento con respecto a la presunción y a la prosecución de cualquier fin, aun los más santos, por medios carnales. Durante su reinado, una horda de Escitas invadió el Asia occidental, dejando sus huellas en la ciudad de Bet-Shan, llamada por esa razón Schytopolis. Además, a mediados de su reinado, Nínive fue destruida, y Asiria dividida por los Babilonios y los Medas.

II. Hijo de Sofonías, Zac. 6:9-15. En la casa que él tenía en Jerusalén, Josué el sumo sacerdote fue coronado como tipo del Mesías.

JOSUÉ, I., hijo de Nun, distinguido caudillo de los Hebreos, y sucesor de Moisés. Su nombre era al principio Oseas, *él salva*, Núm. 13:8, y en seguida, vers. 16, Josué, *Jehová salva*. En Hech. 7:45 se le llama Jesús, [ciertas traducciones en inglés] como en el Griego. Véase Jesús. Josué tenía como 44 años de edad en el Éxodo, y fue poco después mirado como el especial amigo y ayudante de Moisés, y el sucesor que le estaba designado. Aparece por primera vez como jefe del ejército en la batalla dada a los Amalecitas en Refidim, Exod. 17:8-16. Acompañó a Moisés al monte ardiente, cuidó fielmente el tabernáculo

cuando Moisés hubo de trasladarlo, y nunca se contaminó con la idolatría del becerro de oro, Exod. 24:9, 13-15; 32:17; 33:11. Prestando sus servicios con fidelidad, aprendió a mandar. Entre los 12 exploradores, solamente él y Caleb aconsejaron a los Hebreos a que desde luego entraran a la tierra prometida, Núm. 14:6-10, 30, 38; 32:11, 12. Compare Jos. 14:6-9. Escogido por Dios para asumir el cargo que Moisés perdió en Meriba, Núm. 20:11, 12; 27:15-23, fue investido de él solemnemente por Moisés, Deut. 34:9, 10, y también por Jehová, Jos. 1:1-9.

Josué condujo al pueblo al otro lado del Jordán, y en seis años subyugó a Canaán desde Cades-barnea y Gaza, al sur, hasta Sidón y el Monte Líbano, al norte, si bien tal cual comarca quedó todavía en poder de los Cananeos. Con todo, habiendo recorrido el país como conquistador, él y Eleazar lo dividieron casi todo entre las doce tribus, dando a los Levitas 48 ciudades, y designando 6 como lugares de refugio. Cuando pasó el Jordán tenía 84 años de edad; y después empleó como 26 años en el desempeño de la obra que se le había encomendado, y en juzgar a Israel, en su posesión de Timnat-sera; murió en 1426 A. C. Durante la vida de este caudillo, los Hebreos llegaron a ser en un sentido muy elevado el pueblo de Dios, Jos. 11:15; 24:31. La última convocación que hizo de todo Israel en Siquem, y los solemnes discursos que le dirigió al pueblo, amonestándolo con respecto a los ídolos del corazón, y mandándole que hiciese un nuevo pacto con Dios, forman el digno término de una vida que no tiene mancha alguna en los anales sagrados. Parece haber servido a Dios con fidelidad singular. No ha habido nadie que haya presenciado milagros más numerosos o mayores que él; y en su vida pueden hallarse muchos puntos de semejanza con la del gran Capitán de las huestes del Señor que establece a su pueblo en la verdadera tierra prometida, Heb. 4:8. Moisés el legislador condujo a los Israelitas apenas a la frontera; Josué, el prototipo de Jesús, pasando de allí, los llevó al interior misma de la tierra deseada, y los estableció en ella.

El libro de Josué contiene la narración de todos esos sucesos, y fue escrito por Josué mismo o bajo su dirección, 1427 A. C. Los primeros doce capítulos refieren la conquista de Canaán; los diez siguientes describen la repartición de la tierra; los dos últimos contienen las exhortaciones que Josué hizo al pueblo por vía de despedida. Lo contenido desde el capítulo 24:27 en adelante, fue añadido, por supuesto, posteriormente por otra mano, pero todo fue hecho por inspiración del Espíritu Santo, 2 Tim. 3:16. A los acontecimientos que relató se hacen frecuentes alusiones, tanto en las Escrituras del Antiguo Testamento, Sal. 44:2-4; 68:13-15; 78:54, 55; 114:1-8; Hab. 3:8, 13, como en las del Nuevo, Hech. 7:45; Heb. 4:8; 11:30-32; Sant. 2:25. Se mencionan otros tres de este nombre en 1 Sam. 6:14; 2 Rey. 23:8; Luc. 3:29.

JOTA, una palabra que viene del nombre de la letra griega ι y de la hebrea yod י. Es la letra más pequeña de estos alfabetos, y equivale por tanto a la cosa o partícula más pequeña, Mat. 5:18. Véase Tilde.

JOTAM, I., el hijo y sucesor de Uzías o Azarías, y el décimo rey de Judá, 758 A. C. Según parece fue por algunos años regente antes de la muerte de Uzías, su leproso padre, pero ascendió al trono a la edad de 25 años, y reinó 16 años en el temor de Dios. La historia de su sabio y próspero reinado, la subyugación que volvió a hacer de los Amonitas, y sus útiles obras públicas, se halla en 2 Rey. 15:5, 7, 32-38; 2 Crón. 26:21-23; 27:1-9.

II. Hijo de Jahdai, de la tribu de Judá, 1 Crón. 2:47.

III. *Jehová es recto*, el hijo menor de Jerobaal, que escapó de la matanza de sus 69 hermanos hecha por Abimelec, y después amenazó osadamente a los Siqueinitas desde el monte Gerizim, en la hermosa

parábola profética del escaramujo y los otros árboles. Se escapó a Beer, y probablemente vivió lo bastante para ver sus amenazas cumplidas, Jue. 9. Véase Abimelec, III.

JOTBA, *bondad*, 2 Rey. 21:19, residencia de la madre del rey Amón, probablemente et-Taiyibeh, en Benjamín, cuatro millas al este noreste de Betel.

JOTBATA, *bondad*, “tierra de arroyos de aguas” Deut. 10:7, la 34ª y 41ª estación de los Hebreos en el desierto, Núm. 33:33, 34. Probablemente el ancho Wady el-Adhbeh, al noroeste de Elat.

JOYAS, bajo este nombre pudieran incluirse las cosas designadas por cuatro palabras hebreas, y que denotan (1) anillos, zarcillos o joyeles de las narices, como en Prov. 11:22; Isa. 3:21; Ezeq. 16:12; pendientes para las orejas, como en Gén. 24:22, 30, 47; 35:4; Exod. 32:2, 3, etc.; (2) collares o dijes usados por adorno, Cant. 7:1; (3) vasijas de plata, etc., como en Gén. 24:53; Exod. 3:22; 11:2; 1 Sam. 6:8, 15, o costosos artículos de ropa, como en Isa. 61:10; Ezeq. 16:7, 39; 23:26; y (4) tesoro, como en Exod. 19:5; Mal. 3:17.

JOZABAD, *dado por Dios*, contracción de Jehozabad. Ocho de este nombre se mencionan en los siguientes pasajes: 1 Crón. 12:4; 12:20, dos; 2 Crón. 31:13; 35:9; Esd. 8:33; 10:22; 10:23; con Neh. 8:7.

JUAN, en hebreo *Johanan*, en griego *Iōánnēs*, *gracioso don de Dios*, I., El Bautista, es decir, el que bautiza, noble de carácter y preeminente por su gran misión como precursor de Nuestro Señor Jesucristo. Fue hijo de Zacarías y de Elisabet, ambos del linaje sacerdotal, Luc. 1:5. Fue Juan notablemente piadoso y devoto, y nació como seis meses antes de Cristo, en Juta, según suponen Reland y Robinson, Jos. 21:16; Luc. 1:39, ciudad como cinco millas al sur de Hebrón; pero según una tradición, como cuatro millas al oeste de Jerusalén. Varias predicciones del Antiguo Testamento hallan su cumplimiento en él. Véase Isa. 40:3, y Mat. 3:3; también Mal. 3:1; 4:5, y Mat. 11:14. Su nacimiento, nombre y cargo, fueron también predichos por el ángel Gabriel a su padre Zacarías, cuando estaba desempeñando sus funciones sacerdotales en el altar del templo. Varios otros sucesos sobrenaturales acompañaron la visita de María a Elisabet, su prima, y el nacimiento, circuncisión y nombre que se le dio, Luc. 1. Pasó los primeros años de su vida entre los riscos de la parte oriental de Judea, y cuando ya tenía cerca de 30 años de edad, apareció como un profeta del Señor. Siendo también sacerdote por nacimiento, y austero Nazareo en su aspecto, en su vestido, alimento, Mat. 3:4, y su modo de vivir; fue como una reproducción del Elías de otros tiempos. Compare 11:22; 2 Rey. 1:8; Sal. 81:16. Multitud de gente acudía de todas partes a oír la palabra de Dios de labios de Juan, que denunciaba los pecados del mundo, y a recibir el bautismo de arrepentimiento por vía de preparación para la plena revelación de la gracia en Cristo. Entre otros, el Salvador se le presentó al fin, y fue bautizado para dar un ejemplo de obediencia a todos los preceptos divinos. Juan conoció en el momento que Jesús era el Mesías, pero no lo supo por indicación de Dios hasta que vio la señal convenida, el descendimiento del Espíritu Santo, Juan 1:31. Entonces se presentó como representante de “toda la ley y los profetas,” y llamó la atención del mundo hacia Cristo, no como a un sabio maestro, no como a un perfecto modelo de santidad, sino como a un Salvador expiatorio, y le introdujo así a su ministerio público: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo,” Juan 1:29; Gál. 3:24. Como el Elías del Antiguo Testamento, de quien era trasunto, Juan obraba sin temor y con fidelidad al exhortar a sus compatriotas al arrepentimiento, culpando a cada uno respectivamente por aquellos pecados hacia los cuales tenía mayor inclinación, Luc. 3:12-14, y reprendiendo a los jefes con especial severidad, Mat. 3:7. Con todo, disfrutaba en ese tiempo de popular veneración, Mar. 1:5; 11:32; Luc. 3:15. El Sanedrín envió una comisión para que le hiciera preguntas, Juan 1:19-28; el rey Herodes “hizo muchas cosas y le oyó con satisfacción,” Pero su modestia era tan notable como su fidelidad. Aunque había sido honrado con la extraordinaria misión de

ser el heraldo del Mesías, no era más que una “voz,” y rindió todo lo que tenía a los pies del Salvador, Juan 1:27; 3:28-33. Se nos habla varias veces de sus “discípulos,” Mat. 9:14; Luc. 5:33; Juan 3:23-25; 4:1; y hallamos indicios posteriores de la grande extensión de su influencia, Hech. 18:25; 19:3. Tuvo buenas razones sin duda, para continuar por algún tiempo el ejercicio separado de su ministerio, en lugar de acompañar a Cristo. Perseveró, sin embargo, con fidelidad en sus trabajos por la reforma, y éstos fueron motivo de que, pasado más de un año, fuera aprisionado por Herodes Antipas. Véase Herodes, IV. Fue encerrado en el castillo de Machaerus, al este de la cabeza del Mar Muerto. Estando él en la prisión fue cuando envió dos de sus discípulos a Cristo a preguntarle: ¿“Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?” Mat. 11:3. Puede haber sido movido a enviar este mensaje por algún resto todavía adherido a su mente de las ideas que tenían los judíos en cuanto a un Mesías con poder temporal que remediaría todas sus faltas nacionales, o por una duda pasajera al ver que Cristo no hacía saber públicamente su carácter de Mesías, o por el deseo de transferir sus discípulos a Cristo, para evitar que formasen secta aparte. Compare Hech. 19:1-7. En esta ocasión fue cuando Cristo le llamó mayor que cualquier otro profeta; porque de todos los profetas del Mesías, él sólo había visto comenzar su obra a Aquel a quien todos “deseaban ver;” con todo, era menor que “el último en el reino de Dios,” por cuanto a que murió sin ver ese reino establecido con la muerte y resurrección de su Señor. Pero su trabajo en la tierra pronto concluyó. Herodes, según Josefo, temía su grande influjo sobre el pueblo, y la implacable Herodías estaba encolerizada por la estricta fidelidad del profeta hacia su marido. La danza de su hija Salomé, y el imprudente voto del insensato rey, suministraron el pretexto. Juan fue decapitado en su prisión; sus discípulos sepultaron sus restos con honor, y “fueron y se lo dijeron a Jesús,” Mat. 14:3-12. El milagro que siguió después, vers. 13-21, relatado también en Juan 6:5-14, parece fijar la fecha de su muerte muy poco antes de la pascua, vers. 4, un año antes de la muerte de Cristo.

II. El apóstol y evangelista, hijo de Zebedeo y Salomé, era natural de Betsaida en Galilea. Compare Luc. 5:10; Juan 1:44. Zebedeo y sus hijos Santiago y Juan, eran pescadores, y parece que estaban en buenas circunstancias, Mar. 1:20; 15:40; Luc. 8:3; 24:1; Juan 18:15; 19:27. En el carácter de Juan se mezclaban admirablemente la dulzura y la energía. La pintura que la Biblia hace de él, tiene un encanto especial, por resaltar en ella tanta paz, humildad, caridad y amor fraternal. Su carácter afectuoso, meditabundo y espiritual, tenía también los elementos de vigor y decisión, Luc. 9:54. Aunque amable, era firme y valeroso. El y Pedro siguieron a Cristo cuando fue aprehendido por los judíos, en tanto que los otros discípulos huyeron; y presenció la escena de la crucifixión del Salvador, que él describe como testigo ocular, Juan 19:35. Fue uno de los primeros que acudieron al sepulcro del Redentor, y después de la ascensión de su Señor proclamó osadamente el evangelio en Jerusalén, Hech. 4:13, aunque fue aprehendido, azotado y amenazado con la muerte. Se distinguió por su adhesión a su Maestro, y esto fue quizá, tanto como su ambición, o la falsa idea que tenía del reino de Cristo, lo que le indujo a solicitar un lugar a su mano derecha, Mat. 20:20-24. Se supone que era el más joven de los apóstoles. Había sido discípulo de Juan el Bautista; pero al ser dirigido a Cristo, se le adhirió en el momento, Juan 1:35-39. Por algún tiempo volvió a su oficio a orillas del mar de Galilea, pero en breve fue llamado a dejarlo todo y a acompañar al Salvador, Luc. 5:5-10. Cristo tenía particular simpatía por este cariñoso y celoso discípulo, Juan 13:23; 19:26; 20:2; 21:7. En la última cena estuvo reclinado cerca de su Maestro. Cuando Jesús estaba próximo a morir encomendó su madre a su cuidado. En unión de Pedro y de Santiago, presenció la resurrección de la hija de Jairo, la transfiguración y la agonía en el jardín. Véase Santiago. En otros acontecimientos también estuvo asociado con Pedro, Juan 20:2-8; 21:7, 20; Hech. 3:1; 4:13; 8:14. Él, con Pedro y Santiago, dieron a Pablo la bienvenida en la iglesia, y le encargaron una comisión, Hech. 9:27-51. Juan tomó parte en el primer concilio de Jerusalén, Hech. 15:6, y por muchos años siguió residiendo en esa ciudad, donde fue reconocido como una de las principales columnas de la iglesia, Gál. 2:9. Con todo, parece que no estaba allí cuando Pablo hizo su última visita, 60 A. D., y

ninguna de las epístolas hace mención de él en Éfeso, en donde pasó la mayor parte del último periodo de su vida. Después de la muerte de Pablo, sin embargo, estuvo en Éfeso dirigiendo la difusión del evangelio en el Asia Menor, en donde por muchos años ejerció su gran influencia personal y apostólica. Por el año 95 A. D., fue desterrado, probablemente por Domiciano, a la Isla de Patmos, donde tuvo las visiones descritas en el Apocalipsis. Después regresó a Éfeso, en donde vivió hasta una edad muy avanzada, en términos de que no podía ir a la asamblea de la iglesia sin ser llevado por sus discípulos. No pudiendo entonces pronunciar largos discursos, tenía la costumbre de decir en todas las reuniones, "Hijitos, amaos los unos a los otros;" y cuando se admiraban de su frecuente repetición de esta concisa exhortación, su respuesta era: "Esto es lo que el Señor os manda; y esto, si lo hacéis, es suficiente." Crisóstomo, Clemente y Eusebio refieren, que habiendo visto el anciano apóstol que un joven de esperanzas, a quien él había encomendado al cargo del pastor de un lugar cercano, se había descarriado, y había organizado una cuadrilla de ladrones, le buscó en las guaridas que tenía en las montañas, y bendiciendo Dios su intrepidez y la fidelidad de su amor, libró su alma de la muerte. Murió en Éfeso en el tercer año del reinado de Trajano, el año 100 A. D., teniendo entonces, según Epifanio, 94 años de edad. Fue sepultado cerca de aquella ciudad, y varios de los padres mencionan el hecho de que allí estaba su sepulcro.

Además del valiosísimo Evangelio y del Apocalipsis que llevan su nombre (véase Evangelio y Apocalipsis), tenemos tres epístolas de su pluma. La primera es una carta general o universal, escrita, según parece, para ir con su Evangelio, y refutar ciertos errores de los Gnósticos en cuanto a la persona de Cristo; pero también y principalmente para edificar la iglesia universal en la verdad, en la gracia, y especialmente en el santo amor. La segunda epístola se dirige a la "Señora elegida" o "la excelente Kuria," que era probablemente alguna mujer cristiana eminente por su piedad y servicios. La tercera se dirige a Gayo, el Caio latino, a quien Juan alaba por su fidelidad y hospitalidad, y lo exhorta a perseverar en todas las buenas obras. Se cree generalmente que Juan escribió su Apocalipsis y sus epístolas en Éfeso, por el año 96 o 98 A. D. Dichas piezas son los últimos libros del canon del Nuevo Testamento, a establecer el cual, él, como el último apóstol que sobrevivió, contribuyó en gran manera.

III. Apellido Marcos. Véase Marcos.

IV. Pariente de Anás, el sumo sacerdote, Hech. 4:6.

JUANA, don de Dios, mujer de Chuza, probablemente viuda, una de las mujeres fieles que sirvieron a Cristo durante su vida, y que le llevó especias a su sepulcro. Su marido Chuza había sido procurador de Herodes Antipas, Luc. 8:3; 24:1-10.

JUBAL, música, hijo de Lamec y de Ada, descendientes de Caín. Inventó la lira y la flauta de pastor, instrumentos de cuerda el uno y de viento el otro, Gén. 4:21.

JUBILEO, festividad hebrea celebrada cada 50 años, que parece tenía lugar el año que seguía a siete semanas de años, o siete veces siete años, Lev. 25:10. Su nombre de jubileo que significa sonido impetuoso o estruendo, indicaba el estrépito de trompetas que anunciaba su llegada. Durante ese año (1) ningún Hebreo sembraba o cosechaba, sino que todos suplían sus necesidades con lo que la tierra y los árboles producían espontáneamente, Lev. 25:11, 12. (2) Cada uno reasumía la posesión de su herencia, ya fuera que ésta hubiese sido vendida, hipotecada o enagenada de alguna otra manera, 25:13-34; 27:16-24.

Las casas de las ciudades amuralladas, no las de las poblaciones abiertas, estaban exceptuadas: el vendedor podía volverlas a comprar dentro del año que seguía al día de la venta, y si no lo hacía, quedaban definitivamente en poder del comprador.

Los Levitas también podían rescatar sus casas en cualquier tiempo, y tenían derecho a exigir que se les devolviesen sin pagarlas en el año del jubileo. Si un hombre dedicaba un terreno suyo a Jehová, podía rescatarlo antes del año del jubileo en los términos que hubiera estipulado; en caso contrario, el terreno quedaba dedicado para siempre. Y (3) los siervos hebreos de cualquiera especie que fueran, eran puestos en libertad con sus esposas y sus hijos, Lev. 25:39-54. Esta ley se aplicaba, según parece, a los Hebreos reducidos a la esclavitud que no habían servido durante todo su periodo regular de seis años, Exod. 21:1, 2, y no habían renunciado la manumisión, vers. 5, 6. Los primeros nueve días del año del jubileo se pasaban en fiestas; en ellos nadie trabajaba, y llevaban todos una corona en la cabeza. En el día décimo que era el de la expiación solemne, el Sanedrín mandaba que se tocaran las trompetas, y en el instante los esclavos eran declarados libres, y las tierras eran devueltas a los que eran sus propietarios por herencia. Esta ley se basaba en un principio de misericordia, y tenía por objeto impedir que los ricos oprimiesen a los pobres y se posesionaran de todas las tierras comprándolas, recibéndolas en hipoteca o usurpándolas; e impedir que las deudas se multiplicaran demasiado, y que los esclavos permanecieran con sus esposas y sus hijos en perpetua esclavitud. Servía para conservar cierto grado de igualdad entre las familias hebreas; para perpetuar la división de las tierras en conformidad con la formación primitiva de las tribus, Núm. 36, y para obtener un registro exacto de la genealogía de cada familia. Daba oportunidad para que la tierra descansara, y le proporcionaba a la gente un tiempo especial para que instruyese a la juventud, y se dedicara a la lectura de la ley. Se le hacía recordar también de esta manera, que Jehová era gran Dueño, y Árbitro de todo, y que su pueblo era sólo su administrador. “La tierra es mía, por que vosotros peregrinos y extranjeros sois para conmigo,” Lev. 25:23. Y este recuerdo se les presentaba constante y señaladamente; porque cada terreno que cambiaba de dueño se evaluaba según el número de años que faltaban para el Jubileo. Aunque la Biblia no contiene ninguna relación de la observancia ordinaria de dicho año del Jubileo, con todo es indudable que era debidamente guardado, 1 Rey. 21:3; Ezeq. 46:17 (en donde se le llama “el año de libertad”). Véase también las alusiones que a él se hacen en 2 Crón. 36:21; Neh. 5:3-13; Jer. 32:6-12; Ezeq. 7:12, 13. Los judíos afirman que fue observado hasta “la cautividad.” Isaías se refiere con claridad a estas fiestas peculiares e importantes, como pronósticos de la gloriosa dispensación de la gracia evangélica, Isa. 62:1,2; Luc. 4:17-21.

Véase también la noticia de una institución semejante, en la palabra Año Sabático.

JUDÁ, celebre, es lo mismo que Judas. Véase este nombre. I. El cuarto hijo de Jacob y de Lea; Rubén, Simeón y Leví eran mayores que él, e Isacar y Zabulón menores, Gén. 35:23; nacido en Mesopotamia, 1755 A. C., Gén. 29:35. Su nombre ocupa un lugar honroso en la historia de José, Gén. 37:26, 27; 43:3-10; 44:16-34; 46:28; pero deshonoroso en la de Tamar, su nuera, Gén. 38. La bendición que le otorgó el moribundo Jacob, predijo el poder superior y la prosperidad de su familia, y su continuación como jefe de la raza judía, hasta el tiempo de Cristo, Gén. 49:8-12. Se hace mención de cinco hijos de Judá, de los cuales Fares y Zara fueron los más distinguidos. Habiendo perdido Rubén su primogenitura, Judá llegó en breve a ser considerado como el jefe de los hijos de Jacob, y su tribu fue la más fuerte y numerosa. Contaba ésta 74,000 adultos en el éxodo de Egipto, cerca de 12,000 más que cualquiera otra tribu. Se puso a la cabeza en la conquista de Canaán, Jue. 1:1, 2, 8-10, 17, 18. Le tocó en suerte la parte meridional de Palestina. Véase Judea. En la frontera septentrional de su territorio estaba Jerusalén, el asiento del culto judaico; y de Judá nació David y su descendencia real, a la cual pertenecía el Salvador del Mundo.

Después de la vuelta de la Cautividad, esta tribu incorporó de algún modo en ella a toda la nación hebrea, y desde entonces los individuos de esta se llamaron solamente judíos, esto es, descendientes de Judá. Judá, cuando se la nombra en distinción de Israel, Efraín, el reino de las diez tribus, o Samaria, denota el reino de Judá y de la descendencia de David. Véase Hebreos y Reyes. Uno de los principales rasgos que hicieron notable esta tribu, es, que conservó la verdadera religión, y continuó en el templo de Jerusalén el ejercicio público del sacerdocio y las ceremonias prescritas por la ley de Moisés, en tanto que las otras tribus se abandonaron a la idolatría y al culto de los becerros de oro.

II. Varios otros hombres del nombre de Judá se mencionan en Esd. 3:9; Neh. 11:9; 12:8, 34, 36.

III. 2 Crón. 25:28, se supone que era la ciudad de David, en Jerusalén. Véase Jerusalén.

IV. Ciudad de Neftalí, cerca de Banías, Jos. 19:34.

V. Luc. 3:26, uno de los antepasados de Cristo, quizá Abiud, Mat. 1:13, y Obadías, 1 Crón. 3:21.

VI. Luc. 3:50, probablemente el Adaías mencionado en 2 Crón. 23:1.

JUDAS, I., Iscariote, o “hijo de Simón Iscariote,” esto es, hombre de Queriot (o Keriot), ciudad de Judá, Josué 15:25. Siendo uno de los doce apóstoles, puesto que nuestro Señor lo había llamado para ser su discípulo, aunque tenía conocimiento de su carácter real, Juan 6:64, 70. Judas según parece, se granjeó la plena confianza de sus compañeros en el apostolado, quienes le encargaron el cuidado de todos los presentes que se les habían hecho, y todos sus medios de subsistencia y de caridad; y cuando los doce fueron enviados a predicar y a obrar milagros, Judas debió de estar con ellos, y de recibir las mismas facultades. Sin embargo, aun en ese tiempo tenía la costumbre de apropiarse una parte del fondo común para su propio uso, Juan 12:6; y por último, selló su infamia con la entrega que por dinero hizo de nuestro Señor a los judíos. Por la insignificante suma de quince pesos (\$15) se comprometió con el Sanedrín a conducir por la noche, a quienquiera que mandasen a un lugar donde pudieran prender a Jesús sin peligro ni tumulto. Pero cuando supo el resultado, se apoderó de él un terrible remordimiento; y no logrando que los sacerdotes lo dejaran deshacer, en cuanto era posible, su obra fatal, les arrojó el precio de la sangre que había vendido, cruzó el sombrío valle de Hinom, y se ahorcó, 27:3-17. Lucas en Hech. 1:18, agrega que cayó de cabeza y reventó por medio, probablemente por haberse roto la cuerda o la rama. La escabrosa falda del cerro que se halla al sur del valle de Hinom fue tal vez el teatro de esa muerte. Véase Aceldama. De lo que los Evangelistas relatan se colige que Judas debió de salir del Cenáculo antes de que se instituyese la Cena del Señor, pues de otro modo no habría contado con el tiempo suficiente para llevar a cabo sus traidoras miras.

La profecía en cuanto a las 30 monedas de plata, citada en Mat. 27:9, como de Jeremías, se halla en Zac. 11:12, 13. Tal vez se nombra a Jeremías como si incluyese a todos los profetas, por haber sido colocado a la cabeza de ellos por los judíos; o quizá el pasaje de Zacarías se considera como comprendido en anteriores predicciones de Jeremías hechas por el mismo tenor. La confesión llena de remordimientos que hizo Judas, fue un testimonio muy notable de la inocencia sin mancha de Cristo, Mat. 27:4; y el fin espantoso que él tuvo, es una solemne amonestación con respecto a la avaricia, la hipocresía y toda clase de mala fe. Mat. 26:24; Juan 17:12; Hech. 1:25.

II. Mat. 1:2, 3, el patriarca Judas.

III. Uno de los apóstoles, llamado también Lebeo y Tadeo, Mat. 10:3; Mar. 3:18; hijo de Alfeo y de María, y hermano de Santiago el Menor. Véase Santiago II y III. Fue el autor de la epístola que lleva su nombre, Mar. 6:3; Luc. 6:16; Juan 14:22; Hech. 1:13.

IV. Un hermano de nuestro Señor, Mat. 27:56, el cual se supone por muchos, que era solamente su primo, y el mismo Judas II el apóstol. Pero los hermanos de Jesús no creyeron en él sino cuando ya estaba cercano el fin de su ministerio. Véase Santiago III.

Hegesipos refiere que dos nietos de Judas el hermano de nuestro Señor, fueron conducidos ante el emperador Domiciano y examinados. Confesaron que eran de la posteridad de David, pero dijeron que vivían modestamente del cultivo de sus 30 acres de tierra, y que Cristo no era rey terrenal sino espiritual, y el juez del postrero día. Se les dejó ir en paz.

V. Un maestro cristiano, o “profeta,” llamado también Barsabás, enviado de Jerusalén con Pablo, Barnabás y Silas para llevar la decisión del concilio a Antioco, en donde desempeñó fielmente su misión, volviendo después a Jerusalén, Hech. 15:22, 27, 32, 34.

VI. Apellidado “el Galileo,” y llamado también el “Gaulonita” por Josefo. Este nació en Gamala, ciudad de Gaulonitis, cerca de la playa sudeste del lago de Tiberias. En compañía de un tal Sadoc, 6 años A. D., intentó promover una rebelión entre los judíos, pero fue debelado por Quirino, o Cirenio, que en ese tiempo era procónsul de Siria y de Judea, Hech. 5:37.

VII. Judío de Damasco en cuya casa se alojó Pablo, Hech. 9:11. Véase Damasco.

La Epístola de Judas (Véase IV) que por conjeturas se cree que fue escrita por él, 66 A. C., es una férvida y vehemente voz de amonestación para que no se sigan a ciertos falsos maestros en sus errores y corrupciones, haciéndose así partícipes de la terrible suerte que a estos les espera. Se asemeja a la segunda epístola de Pedro. En cuanto a la cita que se hace en los vers. 14, 15, véase Enoc II.

JUDEA, la tierra de los judíos, nombre dado algunas veces a la parte meridional de la Tierra Santa, y en ocasiones, especialmente por los extranjeros, a todo el país. En la división general de Canaán entre las tribus, la parte meridional le tocó en suerte a la tribu de Judá. El territorio original de la tribu era un plano elevado, interrumpido con mucha frecuencia por collados, barrancas y valles, y que iba a perderse en hermosas llanuras y potreros en el oeste y el sur, Zac. 7:7. Era una tierra sana, agradable y fértil. Los valles producían abundantes cosechas de granos; y los cerros cortados, formando terrados, estaban bien regados y cubiertos de viñedos, Gén. 49:11, 12, y producían en abundancia olivas, higos y otros muchos frutos. Véase Canaán. Sus límites se especifican detalladamente en Jos. 15:21-63. Se extendía al principio su línea divisoria desde la desembocadura del Jordán, por el camino que sube desde Jericó, atravesaba a Jerusalén al sur del monte Moría, y seguía por el camino de Kirjat-jearim y Bet-semes a Jabne en el Mediterráneo; y desde el extremo meridional del Mar Muerto partía hacia el oeste, hasta el-Arish, “el río de Egipto.” Esta porción baja, que formaba “el país meridional,” fue poco después asignada a la tribu de Simeón, Jos. 19:1-9. La parte más grande y más importante de Judá, conocida con el nombre de “montañas de Judea,” Luc. 1:39, 65, se hallaba al sur de Jerusalén, desde las alturas que miraban al Mar Muerto hacia el oeste, hasta el Mediterráneo, comprendiendo a Hebrón, Belén y otras 36 ciudades, Jos. 15:48-60. A la verdad, en casi todas las cimas de los cerros, se ven hoy día los restos de una antigua ciudad. Hacia el oeste, esta región declinaba por una cordillera de collados menos elevados hasta confundirse en las tierras bajas o Shephe-lah, llamada en Jos. 15:33 “las llanuras,” y se extendía hasta el Mediterráneo. Era la prolongación meridional de la fértil llanura de Sarón, y el granero de Judá.

Las 42 ciudades, con sus demás poblaciones, nombradas en Jos. 15:33-46, incluían a Filistia (véase esta palabra). “El desierto de Judea” en donde Juan comenzó a predicar, y en donde Cristo fue tentado, estaba según se cree en la parte oriental de Judá, y lo formaba el declive adyacente al Mar Muerto, y que se extendía hacia Jericó, 2 Sam. 15:28. Tenía solamente 6 poblaciones, Jos. 15:61, 62, y es todavía una de las regiones más áridas y yermas de todo el país, Mat. 3:1; 4:1. “La llanura,” se refiere generalmente al terreno bajo contiguo al Jordán, 2 Sam. 2:29; 2 Rey. 25:4, 5. El territorio de la tribu tendría por término medio 45 millas de este a oeste, y 25 de norte a sur. Con la ascendencia creciente de esa tribu, el nombre de Judá llegó a aplicarse con el tiempo a un territorio más extenso, 2 Sam. 5:5; y después de la segregación de las diez tribus, el reino de Judá incluía el territorio de las tribus de Judá y Benjamín, con parte del de las de Simeón y Dan. Así era que Judá comprendía toda la porción meridional de Palestina, mientras la parte del norte era llamada Galilea, y la de en medio, Samaria. La población del reino de Judá en sus mejores tiempos, debe de haber sido grande, a juzgar por el número de soldados que tenían sus ejércitos, 1 Crón. 21:5; 2 Crón. 13:3; 14:8; 17:14-19; y su riqueza debió de haber sido considerable, si se tiene en cuenta la suma gastada en el templo, y los despojos tomados sucesivamente por sus conquistadores. Su área era como de 4,000 millas cuadradas. El reino duró desde la ascensión de Roboam al trono, 975 A. C., hasta la Cautividad, 588 A. C., 387 años. Véase Reyes. Después de la cautividad, como la mayor parte de los que volvieron eran del reino de Judá, el nombre de Judá o de Judea, se aplicó generalmente a toda la Palestina, Hag. 1:1, 14; 2:2; y este uso de la palabra nunca ha sido enteramente abolido. Cuando todo el país cayó en poder de los Romanos, la división que anteriormente se había hecho del país en Galilea, Samaria y Judea, fue adoptada de nuevo, Luc. 2:4; Juan 4:3, 4. Josefo describe a la Judea de su tiempo como limitada al norte por Samaría, al este por el Jordán; al oeste por el Mediterráneo, y al sur por el territorio de los Árabes. Esos límites incluyen probablemente una parte de Idumea. Judea con los límites que quedan aquí trazados, constituía parte del reino de Herodes el Grande, y después estuvo bajo el gobierno de su hijo Arquelao. Cuando este último fue desterrado a causa de su crueldad, Judea fue reducida a la forma de una provincia romana, anexada al proconsulado de Siria, y gobernada por procuradores, hasta que fue al fin asignada como parte de su reino a Herodes Agripa II. Durante todo ese tiempo, los límites de dicha provincia sufrieron frecuentes variaciones, con motivo de la anexación o la segregación de diferentes pueblos y ciudades.

JUDÍOS, el pueblo de Judá después de la división del reino, 2 Rey. 16:6; 25:25; Jer. 32:12; 34:9; 38:19, etc., nombre aplicado después de la cautividad a todos los Hebreos, especialmente a los que vivían en Palestina. Era un nombre empleado con frecuencia en los escritos romanos. En el Nuevo Testamento, se le pone en contraste unas veces con los gentiles o paganos, y otras con los cristianos, Rom. 1:16; 2:9; 3:11. Véase Hebreos.

JUDIT, *la alabada*, Gén. 26:34, esposa de Esaú. Véase Aholibama.

JUECES, en hebreo *Shophelim*, eran gobernantes, jefes o caudillos de Israel, durante la teocracia, desde Josué hasta Saúl. Eran diferentes de los administradores ordinarios de justicia entre los Hebreos, y a este respecto, véase Justicia. Su autoridad se parecía a la de los Dictadores romanos, y era a menudo más bien militar que judicial, si bien Elí y Samuel fueron solamente gobernantes civiles. Los Cartagineses, colonia de los Tirios, tenían así mismo gobernantes a quienes llamaban Suffeles o Sopherim, con una autoridad casi igual a la de los reyes.

La dignidad de Juez era vitalicia; pero la sucesión no era constante. Había anarquías, o interregnos, y durante ese tiempo quedaba acéfala la República. Había también largos intervalos de despotismo y opresión extranjera, y entonces gemían los Hebreos sin tener quien los librara. Aunque Dios llamó a varios de los Jueces, con todo, el pueblo generalmente escogía, pero siempre bajo la dirección divina, al

individuo que más a propósito le parecía para que lo librara de la servidumbre. No había a la verdad gobierno central: era demasiado común “que cada uno hiciera lo que mejor le parecía;” y como a menudo sucedía que la opresión que motivaba el que se procediese a elegir un juez, no se hacía sentir sobre todo Israel, el poder del que salía electo se extendía únicamente sobre aquella provincia que él había libertado. Así, por ejemplo la tierra que quedaba al este del Jordán fue la que Aod, Jefté, Elón y Jair, libertaron y gobernaron; Barac y Tola gobernaron las tribus del norte; Abdón la central, e Ibzán y Sansón las del sur. La autoridad de los Jueces era inferior en muy poco a la de los Reyes; aquellos eran jefes supremos en paz y en guerra; decidían causas con absoluta autoridad; eran guardianes de las leyes, defensores de la religión, y castigadores de los crímenes, particularmente de la idolatría. No gozaban de salario, pompa ni esplendor, ni tenían más guardias, comitiva o convoy, que los que con sus recursos propios podían proporcionarse.

La orden de Jehová de expulsar o destruir a todos los Cananeos, no fue sino imperfectamente ejecutada, y los que fueron dejados a salvo, inficionaron a los Hebreos con el veneno de su idolatría y de sus vicios. El asunto de Micaía y del Levita, y el crimen de Gabaa que condujo a una guerra de exterminio contra los Benjamitas, aunque se registra al fin del libro de los Jueces, caps. 17-21, tuvo lugar poco tiempo después de la muerte de Josué, y manifiesta cuan pronto comenzó Israel a apartarse de su Creador. Para castigarlo, Dios permitió que el pueblo de Mesopotamia y de Moab, los Cananeos, Madianitas, Amonitas y Filisteos, oprimiesen alternativamente con sus exacciones a una parte de las tribus, y algunas veces a toda la nación; pero en breve tiempo, compadecido de sus sufrimientos, le deparaba uno de los dictadores militares y civiles de que antes se ha hablado. Quince Jueces se mencionan en la Biblia, comenzando con Otoniel, como veinte años después de Josué, y continuando hasta la coronación de Saúl. La sucesión que se ha registrado de los Jueces, y de los periodos intermedios de opresión, es como sigue:

Otoniel por el año 1405 A. C. ... 40 años

Bajo Eglón. ... 18 años

Ehud, etc. ... 80 años

Bajo los Filisteos. — no se sabe.

Samgar. — no se sabe.

Bajo Jabin. ... 20 años

Débora y Barac. ... 40 años

Bajo Madián. ... 7 años

Gedeón. ... 40 años

Abimelec. ... 3 años

Tola. ... 23 años

Jair. ... 22 años

Bajo los Amonitas. ... 18 años

Jefté. ... 6 años

Ibzán. ... 7 años

Elón. ... 10 años

Abdón. ... 8 años

Bajo los Filisteos. ... 40 años

Sansón. ... 20 años

Elí. ... 40 años

Bajo los Filisteos. ... 20 años

Samuel, como ... 12 años

Saúl, el primer rey, 1095 A. C.

El tiempo transcurrido desde Otoniel hasta Saúl, según la tabla anterior, sería de cosa de 490 años, comp. Hech. 13:20; en tanto que según la cronología recibida es como de 310 años, de los cuales solamente ni fueron de opresión extranjera. Se supone que algunos de los periodos antes mencionados se cruzaron, esto es, fueron simultáneos, a lo menos en parte; pero los cronologistas no están de acuerdo en cuanto a la manera de conciliar las relaciones hechas en Jueces con otras fechas conocidas, y con 1 Rey. 6:1 y Hech. 13:20, se han propuesto, es verdad, varios métodos practicables: pero su examen exigiría más espacio que el de que se dispone en esta obra.

El libro de los Jueces, el séptimo según el orden en que se han arreglado los del Antiguo Testamento, contiene los anales de la época en que Israel fue gobernado por Jueces, y a menudo se hace referencia a dicho libro en el Nuevo Testamento, y otras partes de la Biblia. Tiene tres partes: cap. 1 a 3:6, la introductoria; caps. 3:7 a 16, la narración principal, en que se da completa la historia de seis de los Jueces, y abreviada la de los otros; cap. 17-21, el apéndice, que contiene dos narraciones aparte. El libro da cuenta de los pasos en virtud de los cuales el pueblo llegó a rechazar a Dios como su gobernante, y parece haber sido escrito antes de que David tomase a Sion, 1:21, y sin embargo, después de haberse introducido el gobierno monárquico, 17:6; 18:1; 21:25. Se ignora quien fue su autor; pero la mayor parte de los críticos lo atribuyen a Samuel, 1403 A. C. Pone de manifiesto el cuidado que Dios ejerció sobre su pueblo, mezclando su tolerancia con castigos oportunos. En cuatro ocasiones memorables el Ángel de Jehová se apareció para librar a Israel, Jos. 2:1-5; 6:11-21; 10:10-16; 13:3-23. El periodo de los Jueces fue, en lo general, de prosperidad; y a la vez que la providencia de Dios confirmó su palabra, "Si rehusáis obedecer y os rebeláis, seréis devorados por la espada," les cumplió no menos fielmente la promesa de "Si manifestáis buena voluntad y obediencia, comeréis de la grosura de la tierra."

JUEGOS, Hay pocas alusiones en la Escritura a los juegos de los niños y de los jóvenes, que sin duda se practicaban entre los Hebreos, pues en los monumentos se ve que se acostumbraban entre los Egipcios, siendo algunos de ellos inocentes, y otros no, Exod. 32:6; 2 Sam. 2:14; Sal. 19:5; Ecles. 9:11; Zac. 8:5; Mat. 11:16, 17. Los Hebreos, sin embargo, no tenían juegos nacionales, como los famosos de Grecia y de Roma. Estos fueron introducidos en Jerusalén por Jasón por el año 187 A. C.; pero en corto tiempo cayeron en desuso. Herodes el Grande construyó después un teatro y un anfiteatro, y celebraba juegos cada cinco años en Jerusalén y en Cesárea con gran desagrado de todos los judíos fieles. Con todo, Pablo sacó a menudo de los bien conocidos juegos de Grecia, muy adecuados símiles de la vida cristiana. Véase Corona. La lucha que él tuvo en Éfeso con las "bestias," 1 Cor. 15:32, fue probablemente con hombres feroces y crueles, porque él era ciudadano romano libre y, como tal no podía ser arrojado a las bestias. En 1 Cor. 9:26, 27, él dice: "De esta manera peleo, no como quien hiere el aire: antes hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado."

JUICIO, véase Justicia. En Hechos 19:38, "audiencias se hacen," quiere decir "hay cortes," y el procónsul con sus subalternos elegidos por el pueblo, administrará justicia.

Juicio es un acto del entendimiento en virtud del cual discernimos y formamos una opinión en cuanto a la naturaleza real de alguna cosa o hecho, o al verdadero carácter de alguna persona, Sal. 119:66; Prov. 13:23; Isa. 56:1. Por lo que toca a esta acepción de la palabra, debemos recordar que el juicio que Dios forma de nosotros es infaliblemente verdadero; toda clase de disfraces desaparecen ante su vista, cada alma se le descubre tal cual es, Gén. 18:25; Rom. 2:2; y se nos amonesta a que nos veamos como él nos ve, para que al fin no seamos condenados, 1 Cor. 11:31.

Se emplea a menudo en la Escritura la palabra juicio para expresar la vindicación que Dios hace de su pueblo, Sal. 37:6; 76:9, y el castigo que impone a sus enemigos, Rom. 1:32; 2:3, 5. Sus “juicios son sus leyes, las declaraciones de su voluntad, Deut, 7:12; Neh. 9:13; Sal, 119, o el condigno castigo de los transgresores, Exod. 6:6; Prov. 19:29; Ezeq. 25:11; Apoc. 16:7.

La palabra juicio se usa en Mat. 5:21, 22, para designar un juzgado, un tribunal, es a saber, el tribunal de los siete jueces, que según Josefo existía en todas las ciudades, y decidía los asuntos de poca importancia. Véase Sinagoga.

El día del Juicio, para designar el cual se usa a veces la sola palabra “juicio,” es aquel gran día al fin del mundo y de los tiempos, en que Cristo se sentará como juez de todo el universo, Hech. 17:31, y en que todos los individuos de la especie humana serán juzgados y recompensados según sus obras, ya sean éstas buenas o malas. Esta es una verdad de la revelación bien confirmada por la voz secreta de la conciencia, y por el hecho de que en todas partes se advierte gran desigualdad en la retribución que alcanza a los hombres en esta vida. Varios libros serán abiertos: el libro de la conciencia, Rom. 2:15, el de la providencia de Dios, Rom. 2:4, 5; el de la ley, y el del evangelio, Juan 12:48; Rom. 2:12, 15, y el libro de la vida, Luc. 10:20; Apoc. 3:5; 20:12, 15. Solo Dios sabe cuándo tendrá lugar y cuánto tiempo durará. Vendrá de súbito y con una majestad gloriosa, pero terrible. Presenciará la perfecta vindicación de todos los actos de Dios. La revelación de la justicia divina, de esa justicia formidable pero sin mancha, llenará al universo de asombro, y al mismo tiempo lo obligará a tributar su aprobación; pero la revelación aún más sorprendente de la bondad divina coronará al Eterno de indecible gloria. El Redentor especialmente recibirá entonces su recompensa, y será glorificado en los redimidos que se levantarán de entre los muertos a semejanza suya. Toda la humanidad será dividida en dos clases: todos los justos formarán la una, y todos los malvados la otra; todos los que aman a Dios, la una, y todos los que le aborrecen, la otra; todos los que con espíritu de penitencia creyeron en Cristo durante sus vidas, la una, y todos los que murieron impenitentes e incrédulos, la otra. Ese juicio y esa separación serán eternos; la primera clase se elevará llena de santidad y gozo, y la segunda se sumergirá en el pecado y en el dolor para siempre, Ecles. 19:9; Dan. 12:2; Mat. 10:15; 12:36; 25:31-46; 26:64; Juan 5:22; Rom. 14:10-12; 2 Tes. 1:7-10; 2 Ped. 2:9; 3:7; 1 Juan 4:17; Apoc. 20:12-15.

JULIA, mujer cristiana de Roma a quien Pablo envió saluciones, Rom. 16:15.

JULIO, centurión de la cohorte de Augusto, a quien Festo, gobernador de Judea, encargó a Pablo para que lo condujera de Cesárea a Roma. Julio tuvo grandes miramientos por Pablo. Le permitió que desembarcara en Sidón y que visitara a sus amigos; y en Malta, a fin de salvar al apóstol, se opuso a la violencia de los soldados dirigida contra los prisioneros en general, Hech. 27.

JUNCO, Dos palabras hebreas se han traducido así, una de las cuales denota la caña llamada papiro, que es una planta acuática de la familia del esparganio. Esta caña antiguamente crecía en las márgenes del Nilo, y ahora en Palestina en los alrededores del alto Jordán, y en Abysinia en terrenos pantanosos, Job 8:11, hasta una altura de diez a doce pies, Isa. 35:7. Los tallos son flexibles, y se pueden entretejer de una manera tan apretada que no cala el agua, como en la construcción de arquillas, Exod. 2:3, 5, y aun de navíos de grandes dimensiones, Isa. 18:2. Los materiales de dichos barcos eran muy comunes en Egipto. La corteza interior de esa planta, tejida y unida, proporcionaba un material para escribir, y de allí procede nuestra palabra papel. El meollo se usaba a menudo como alimento. Véase Libro.

La otra palabra, traducida también “junco” en Isa. 58:5, y “garfio” en Job 41:2, representa una planta diferente parecida a la caña, de la familia de las algas, Isa. 9:14. La expresión proverbial que se halla en Isa. 19:15, denota lo más elevado y lo más bajo del pueblo, es decir, el pueblo todo. Véase Caña.

JUNIAS, Rom. 16:7, uno de los parientes de Pablo, o tal vez sólo paisano suyo, Rom. 9:3, residente en Roma, y discípulo de Cristo antes que él.

JUNTAR, en Luc. 12:17, significa poner o depositar en lugar seguro; y esta idea se expresa por guardar en 2 Rey. 5:24.

JÚPITER, el supremo dios de los paganos griegos y romanos, se le llamaba hijo de Saturno y Ops, y se le consideraba como nacido en Creta. El carácter que se lo atribuía en la mitología pagana, era una mezcla de todo lo que es malo, obscuro y bestial en el catálogo de los crímenes humanos, si bien era siempre descrito como de un aspecto y apostura noble y respetable. Por esto fue que después de la curación milagrosa del tullido de Listra, reconociendo el populacho supersticioso que se había ejercido un poder sobrenatural, llamó a Barnabé, Júpiter, y a Pablo Mercurio, y trató de adorarlos, Hech. 14:11-13. Los Efesios se imaginaban que la imagen de madera que tenían de Diana les había sido enviada por Júpiter, Hech. 19:35. Antíoco Epífanes profanó el templo de Jerusalén sacrificando cerdos en el altar, y lo convirtió en templo de Júpiter Olímpico. Ese altar idolátrico y esa imagen, se supuso por los judíos que era la “Abominación de Desolación” de Daniel. Véase Abominación.

JURAMENTAR, poner a uno bajo juramento, obligándole así a hablar o a obrar, como si estuviera en la presencia de Dios, Jos. 6:26; 1 Sam. 14:24; Mat. 26:63; Mar. 5:7. Véase Juramento.

JURAMENTO, una solemne afirmación o promesa acompañada de una imprecación dirigida al Ser Supremo, para que castigara al que juraba si sus manifestaciones no eran verdaderas, o si sus promesas no eran cumplidas, Gén. 26:28; 2 Sam. 21:7; Neh. 10:29, 30. Se prestaba a menudo el juramento cuando se hacían declaraciones importantes, 1 Rey. 18:10; se asumía un voto, Lev. 5:4; se hacía una promesa solemne, Gén. 14:22; 24:2-4; 50:25, o se celebraba un pacto, Gén. 31:53; 1 Crón. 16:15-17. Dios ha prohibido toda clase de juramentos falsos, así como todos aquellos inútiles y que se hacen por costumbre en la conversación ordinaria; pero cuando la necesidad o la importancia de un asunto requiere un juramento, permite a los hombres que juren por su nombre, Exod. 22:11; Lev. 5:1. Jurar por un dios falso era un acto de idolatría, Jer. 5:7; 12:16. Entre los Hebreos el juramento se pedía judicialmente no sólo a los testigos, sino también a una persona acusada cuya culpa no podía probarse, para que en vista de una solemne negación, fuese puesta en libertad, Exod. 22:10, 11; Lev. 5:1; 6:2-5; Núm. 5:19-22; 1 Rey. 8:31. El juez se ponía en pie y requería a la persona a que jurara en el nombre de Dios, mencionando también uno o más de sus atributos infinitos. De esta manera nuestro Señor fue requerido por Caifás, Mat. 26:63. Jesús había permanecido en silencio durante su largo examen; entonces el sumo sacerdote, sabiendo que tenía un modo seguro de obtener una respuesta, se levantó y le dijo: “Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo.” A este con juro hecho tan solemnemente, Jesús replicó que Él era en verdad el Mesías.

Un juramento es una solemne apelación dirigida a Dios, como ser que todo lo ve, para que nos sirva de testigo de que lo que decimos es verdad, o como vengador todo poderoso para que nos castigue si lo que decimos fuere falso, Heb. 6:16. Su fuerza depende de la convicción que tengamos de que el Señor es un Dios de infinita justicia; de que él no tendrá por inocente a los que tomaren su nombre en vano; y de que la pérdida de su favor excede inconmensurablemente a todo cuanto pudiera ganarse por medio de un falso testimonio. Es un acto de culto religioso, y por ese motivo Dios exige que sea hecho en su

nombre, Deut. 10:20, e indica la manera como debe exigirse, y el deber que contrae la persona que jura, Exod. 22:11; Deut. 6:13; Sal. 15:4; 24:4. De aquí resulta que los ateos, que pretenden negar la existencia de Dios, y las personas que no creen en un estado futuro de recompensa y de castigo, no pueden prestar el juramento, si han de ser consecuentes. De sus labios un juramento no es sin una burla irreverente.

Dios mismo, según nos lo enseña la Biblia, ratificaba sus promesas con el juramento, y se conformaba así con lo que pasa entre los hombres, Gén. 26:3; Sal. 95:11; Hech. 2:30; Heb. 6:13, 16, 17. Los juramentos prohibidos en Mat. 5:34, 35; 28:16-22; Sant. 5:12, deben de referirse a las prácticas impremeditadas, ligeras y frívolas de los judíos, no a las reverentes apelaciones hechas a Dios en ocasiones propias; de otro modo, Pablo habría obrado contra el mandamiento de Cristo, Rom. 1:9; Gál. 1:20; 2 Cor. 1:23. Está obligada a prestar juramento toda persona cuyo deber le exija que declare la verdad de la manera más solemne y judicial; pero no hay duda que el juramento se exige con harta frecuencia innecesaria e irreverentemente, y se presta sin tener en cuenta la responsabilidad que así se asume. Como estamos obligados a manifestar el mayor grado posible de reverencia hacia Dios, debemos tener sumo cuidado de no jurar precipitada o irreflexivamente al hacer alguna promesa. Faltar a su cumplimiento es un perjurio, a no ser que la promesa sea contraria a la ley de la naturaleza y de Dios; en este caso no hay juramento que nos obligue: el pecado consiste en haberlo prestado. Véanse Corbán y Votos.

La siguiente era una de las fórmulas de estilo al prestar un juramento, y tal vez se hacía al tiempo de pronunciarla algún ademán significativo: "El Señor me haga eso y más todavía," esto es, el Señor me mate, como se mataba la víctima del sacrificio en tales ocasiones, Gén. 15:10, 17; Jer. 34:18, "y me castigue aún más si no hablo la verdad," Rut 1:17; 1 Sam. 3:17. Frases en el mismo sentido son las siguientes: "Vive Jehová," Jue. 8:19; "Verdad digo en Cristo, no miento," Rom. 9:1; 1 Tim. 2:7; "Dios me es testigo," Filip. 1:8. Se hace también alusión en la Biblia a varias de las acciones con que se acompañaba el juramento, tales como poner la mano bajo el muslo, Gén. 24:2; 47:29; y levantarla hacia el cielo, Gén. 14:22, 23; Deut. 32:40; Apoc. 10:5. Por esto es que la expresión "levantar la mano," significa en muchos casos "hacer un juramento," Exod. 6:8; Deut. 32:40; Sal. 106:26; Ezeq. 20:5-42.

El perjurio o el juramento falso, o toda mención profana que se haga de los nombres de Dios o de sus atributos, son pecados graves y dignos de severo castigo, Ex. 20:7; Lev. 19:12; 24:10-16; Deut. 19:16-19; Ose. 4:2, 3. En algunos casos habiendo consistido más bien en una desobediencia intencional de la voluntad de Dios que en mero olvido, ha sido seguido de muerte repentina.

JUSTICIA, un sentimiento de rectitud y equidad que gobierna nuestra conducta, y nos hace acatar debidamente todos los derechos de los demás, sus personas, bienes, carácter y todo cuanto les atañe. Tiene que ver no solamente en lo relativo a asuntos pecuniarios, sino en toda clase de relaciones que tengamos con la sociedad. Es una de las cuatro virtudes cardinales, y requiere no solo que nos abstengamos de proceder mal con los demás, hasta de pensamiento, sino que reconozcamos la fraternidad de todos los hombres, y el consiguiente derecho de estos a nuestra buena voluntad y benévolos oficios. Es injusto que no amemos a nuestro prójimo tan verdaderamente como a nosotros mismos. La justicia forma un elemento principal del carácter que aprueba la palabra de Dios; y un hombre verdaderamente justo no tiene más que "amar la misericordia y andar humildemente con Dios," para cumplir todo lo bueno, Luc. 2:25. Por lo que toca a los magistrados, gobernantes y jueces, su justicia ha de estar destituida de temor y ser imparcial, y todas las decisiones de ellos han de ser tales que no sufran censura cuando sean examinadas ante el tribunal del cielo, Deut. 1:16, 17; 2 Sam. 23:3; 2 Crón. 19:6-10. El juicio es la prerrogativa privativa de Dios, y todos los tribunales de la tierra se hallan

bajo la sombra del “gran trono blanco.” Un juicio justo es la voz de Dios; y por lo tanto uno injusto es doblemente aborrecible a sus ojos, Sal. 82.

La palabra “justo” se usa a menudo para denotar no el genio o la índole natural del hombre, sino el carácter y el estado adquiridos por la gracia, Heb. 12:23. “El justo vivirá por la fe,” Rom. 1:17; Gál. 3:11. Véase Justificación,

La Justicia de Dios es aquel atributo esencial e infinito en virtud del cual la naturaleza y los actos de Él son la perfecta personificación de la equidad, y la divinidad viene a ser el modelo y el guardián de la equidad por todo el universo, Deut. 32:4; Sal. 89:14; 97:2. La justicia de Dios no podría dejar al mundo sin leyes, ni tampoco podría dejar de vindicarlas no ejecutando las leyes que ellas imponen; y como toda la humanidad constantemente las quebranta, cada alma humana está sujeta a la condenación, y debe perecer, a no ser que sea perdonada en virtud del rescate aceptado por el Padre, la sangre de Cristo.

La administración de justicia entre los Hebreos tenía dos rasgos que la distinguían, es a saber: la sencillez y la prontitud. En los tiempos más antiguos, el patriarca de cada familia era a la vez su juez, Gén. 38:24. Después, a falta de tribunales más en forma, los ancianos de una casa, tribu o ciudad, eran sus jueces por derecho natural. En el desierto, Moisés organizó para provecho de los judíos un sistema regular de jueces, algunos de los cuales tenían jurisdicción sobre diez familias; otras sobre 50, 100 o 1,000. Dichos magistrados debían ser escogidos de entre todo el pueblo, y ser “varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad que aborrecieran la codicia,” Exod. 18:21. Compare 2 Sam. 23:3; Prov. 21:1. Los casos difíciles se pasaban a Moisés, quien a menudo solicitaba la dirección divina para decidirlos, Exod. 18:13-26; Lev. 24:12. Estos jueces eran tal vez “los príncipes de la congregación,” y “los jefes de las familias y tribus” de quienes se nos habla después, Núm. 27:3; 1 Crón. 4:38. Tenían sucesores en la época de Josué, Jos. 24:1. En la tierra de Canaán se nombraban magistrados locales para cada ciudad o población, y estos eran aleccionados y auxiliados en el desempeño de su encargo por los sacerdotes, por estar todos enteramente bajo la teocracia, el gobierno de Jehová, el supremo juez de Israel, Deut. 16: 18; 17:8-10; 19:17; 21:1-6. Sus tribunales comunes los establecían en la puerta de la ciudad, como el lugar más público y conveniente para ello, Deut. 21:9; 22:15; 25:7; y en el mismo sitio se ratificaban los contratos, Rut 4:1, 9; Jer. 32:7-15. Débora, la profetiza, juzgaba a Israel debajo de una palma, Jue. 4:5. Samuel estableció un tribunal de circuito, en el sentido genuino de esta palabra, 1 Sam. 7:16; 8:1; y entre los reyes, Josafat dictó las providencias conducentes para la recta administración de justicia, 2 Crón. 19.

Los reyes mismos eran jueces supremos, con facultades casi omnímodas, 1 Sam. 22:16; 2 Sam. 4:9, 10; 1 Rey. 22:26. Estaban sin embargo obligados a ver que la justicia se administrase en todas partes, y tenían que ser accesibles a todos los que hubieran sufrido algún agravio. Las Escrituras contienen muchas quejas de la mala administración de los jueces, de cohechos y de perjurios, 1 Sam. 8:3; 1 Rey. 21:8-14; Isa. 1:23; 10:1; Miq. 3:11; 7:3.

No había entre los judíos un gremio que correspondiese exactamente a nuestros abogados. El acusador y el acusado comparecían lado a lado ante el juez, con sus testigos, y cada uno defendía su propia causa. Al acusador se le llama en varios lugares, Satanás, esto es, el adversario, Sal. 109:6; Zac. 3:1-3. Nadie podía ser condenado sin tener en contra el testimonio de dos testigos por lo menos acordes, Núm. 35:30; y cuando faltaba ese testimonio el acusado estaba obligado a hacer juramento de su inocencia, Exod. 22:11; Heb. 6:16. La sentencia del juez era ejecutada en el momento; y en ciertos casos los testigos lanzaban la primera piedra, Deut. 17:5, 7; 25; Jos. 7:24; 1 Sam. 22:18; 1 Rey. 2:24; Prov. 16:14. Esa espantosa celeridad caracteriza todavía la administración de justicia en el Oriente. El empleo de la

tortura como medio de obtener pruebas fidedignas, se menciona solamente una vez, y entonces recurrió a él la autoridad de Roma, Hechos 22:24. Véase Sanedrín y Sinagoga.

JUSTIFICACIÓN, el acto de la voluntad divina en virtud del cual el hombre es tratado como si fuera inocente; o sea la absolución del hombre de las consecuencias de sus culpas ante el tribunal de Dios. Es el acto opuesto a la condenación, y significa absolución y vindicación, Deut. 25:1; Sal. 143:2; Prov. 17:15. Se usa este término en tal sentido 40 veces en el Antiguo Testamento, y a menudo en el Nuevo, como en Luc. 18:14. “La justificación por la fe” significa que una persona, con motivo de una fe viva y verdadera en Cristo, manifestada por medio de las buenas obras, es librada de la condenación que merecía por sus pecados; esto es, que sus pecados le son perdonados, y ella es considerada y tratada como si fuera inocente y santa. Esto, además de la remisión de los pecados y del castigo a ellos consiguiente, incluye la restitución y el eterno goce del favor de Dios.

Nosotros obtenemos la justificación por la fe en Cristo. Sin embargo, ni esta, ni otro hecho alguno de los nuestros, como obra, puede servir en manera alguna de fundamento para la justificación. Al absolvernos ante de su tribunal, Dios no tiene en cuenta nuestras obras, en su conjunto o en parte, sino la obra expiatoria y los méritos de Cristo, Efes. 1:7; Col. 1:14; Apoc. 5:9. El Salvador fue tratado como pecador, para que nosotros pudiésemos ser tratados como justos. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús,” Rom. 8:1-4; desde el momento en que creemos, nuestra justificación es tan perfecta, como lo es el valer infinito de nuestro Redentor. La validez de aquella no depende del grado de certidumbre que de ser salvo tengamos, ni de la inmaculada santidad de nuestra vida. Es cierto que la santificación, o sea el crecimiento progresivo en la santidad, comienza simultáneamente con la justificación, y debe al fin alcanzar la misma perfección. Con todo, es importante distinguir entre las dos, y observar que, aun cuando la santidad del creyente llegara a ser tan perfecta como la de un ángel, no podría por eso participar de los méritos expiatorios de Cristo en términos que le diera a él el derecho de ser admitido en el cielo.

La verdadera justificación en virtud del gratuito don del Salvador, es el más poderoso incentivo para una vida santa. Va seguida de la adopción, la paz de conciencia, y los frutos del Espíritu Santo en esta vida; y de la santificación final, la absolución en el día del juicio, y la admisión al cielo, Rom. 3: 20-31; 5; 10:4-10; Gál. 2:16-21; Efes. 2:4-10.

JUSTO, I., sobrenombre de José, que se llamaba Barsabás, Hech. 1:23. Véase Barsabás.

II. Corintio converso en cuya casa predicó Pablo, Hech. 18:7.

III. Judío converso llamado también Jesús, colaborador en Roma de Pablo y de Marcos, Col. 4:11.

JUTA, *inclinado*, ciudad levítica en las montañas de Judá, Jos. 15:55; 21:16, la moderna Yutta, cinco millas al sur de Hebrón. Se conjetura que esta es la ciudad de Judá, Luc. 1:39, en donde María visitó a Elisabet, y donde nació Juan el Bautista.